OBRAS COMPLETAS

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL

III

JUNTA DEL HOMENAJE A MELLA
MAYOR, 37. — MADRID

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL

IDEARIO

II



ADMINISTRACIÓN

EDITORIAL VOLUNTAD
Gaztambide, 3
MADRID

CASA SUBIRANA
Puertaferrisa, 14
BARCELONA

1931

NIHIL OBSTAT
El Censor: Dr. Alfonso M.ª Ribó Bulbena, Canónigo
Barcelona, 25 de abril de 1931
IMPRÍMASE
† MANUEL, Obispo de Barcelona
Por mandato de Su Sría. Ilma.,
Dr. Ramón Baucells Serra, Canciller-Secretario

PRINTED IN SPAIN

31738. — Imprenta Subirana. — Barcelona

PRÓLOGO



R. Marín Lázaro

PRÓLOGO

El recuerdo de las grandes solemnidades católicas de España, en que Mella solía ocupar la tribuna a la hora culminante de la asamblea, trae a nuestra imaginación aquella figura netamente castiza, cuyos ojos resplandecían con la clarividencia del genio y cuya voz, tomando pretexto de las circunstancias del caso, se remontaba en vuelo majestuoso a la región serena de los principios para luchar a brazo partido con los conceptos universales, para ahuyentar con los fulgores de su dialéctica las obscuridades de la duda y vencer con los destellos de su palabra los nubarrones de la impiedad; mientras el público, embelesado en las maravillas de sus concepciones sublimes, prendido en las redes de su argumentación férrea y absorto en las bellezas y exquisiteces de su palabra mágica, iba recogiendo las flores y los laureles de aquel magnífico triunfo de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal,

de la lógica sobre la falacia, que los católicos veíamos en cada uno de los discursos de Don Juan Vázquez de Mella.

Embriagadora es la gloria de verse al frente del pueblo y sentirse el conductor de masas que frenéticas le aclaman como el oráculo de un partido. Pero es mayor todavía la grandeza de levantarse por encima de las parcialidades y convertir la propia voz en eco vibrante de las palpitaciones del alma nacional.

Y porque ésta fué la excelsitud de Mella en el período más importante de su vida; porque escuchamos en sus acentos los católicos españoles la voz misma de nuestras grandezas pretéritas desenterradas de sus tumbas al conjuro de su palabra, para darse cita y alentarnos en las horas de la persecución impía y antipatriótica; porque vimos en la luz de sus enseñanzas el reflejo vivo de las doctrinas de la Iglesia aplicadas al remedio de los males presentes, es por lo que vamos a considerar a Mella como el verbo de la España católica en las horas críticas de las convulsiones nacionales.

En Don Juan Vázquez de Mella resplandecen

las tres características que dan relieve inconfundible a la personalidad de los grandes hombres: una concepción sintética de la doctrina capaz de resolver los magnos problemas sociales; una oportunidad histórica para extraer del fondo perenne de la doctrina las verdades más adecuadas a los tiempos presentes; una previsión del porvenir, como si la hora actual no fuese más que el yunque donde nosotros mismos forjamos las angustias o las prosperidades futuras.

Propio es del genio tener una visión de la realidad más elevada que el común de los mortales, reducir a unidad suprema las facetas parciales de la verdadera ciencia y sentir la solidaridad indestructible de los varios aspectos de la vida.

Mella vino al palenque de las luchas sociales, cuando el particularismo científico había roto la unidad del saber humano y cada ciencia luchaba estérilmente por encontrar dentro de sí misma los primeros principios que habían de servir de cimiento a su edificio. Esa autonomía salvaje de cada ciencia precipitó en el materialismo a las ciencias experimentales, porque con el escalpelo de su investigación no habían encontrado a Dios,

ni al alma inmortal; convirtió la economía en la ciencia pura de la riqueza, sin advertir que, una vez emancipada de la ley moral, el hombre llegaría a ser una máquina más destinada a la producción y su trabajo una mercancía como las otras sujeta a la dura ley de la oferta y la demanda; rebajó la majestad de la ciencia política al mero empirismo de mantener un orden material bajo cuyas apariencias podían encubrirse las mayores hediondeces sociales; y hasta la majestad del derecho quedó reducida al mero arte de las coexistencias individuales, sin un contenido positivo que impusiera la mutua ayuda para conducir a los hombres hacia sus destinos eternos.

Rota la unida espiritual de Europa por la Reforma Protestante, emancipada la ciencia de la Religión por obra nefanda de los Enciclopedistas de la Revolución Francesa, y dominado el mundo intelectual por la más tremenda de las herejías, por el laicismo *destructor y anárquico, amontonáronse por todas partes tantos escombros y ruinas de la doctrina fundamental mezclados con esporádicos y aislados descubrimientos científicos, que vino a ser la suprema necesidad de la hora*

presente la reconstrucción de la enciclopedia científica cristiana.

Era pues indispensable que, si no bajo la envoltura externa de una Suma Teológica *como la de Santo Tomás de Aquino, al menos en su substancia, fuese reconocido que todos los aspectos parciales del saber humano no son sino ramas diversas del árbol de la* ciencia única, *la cual, asentada sobre el tronco de la filosofía, por las raíces que ahondan hasta las entrañas de la razón y penetran hasta las profundidades de la fe, se nutre con la savia de las razones primeras y últimas, lo objetivo, lo universal, lo absoluto; se ensancha luego en indagaciones históricas que ponen de relieve las verdades contingentes y las leyes relativas de la vida; florece en los gigantescos progresos de las disciplinas físico-naturales que vienen como a servir de sustento y apoyo al mundo del espíritu; y fructifica al cabo en las ciencias morales y políticas que deparan al hombre la paz y el bienestar social, presagio de la eterna bienaventuranza.*

A esta colosal empresa de la reconstrucción de la unidad científica aplicó su genial empeño

el gran luminar del siglo XIX, *el faro puesto por Dios en la tierra para alumbrar con luz sobrehumana el tránsito del siglo* XIX *al* XX, *el Papa León XIII. El mismo reconstruyó con sus propias manos las líneas maestras de la Enciclopedia Cristiana en la Encíclica* Aeterni Patris *que fundamenta la ciencia sobre el cultivo de la filosofía escolástica, en la Encíclica* Arcanum divinae *que asienta la Sociedad sobre la organización cristiana de la familia, en la Encíclica* Immortale Dei *que expone el prototipo de la constitución cristiana de los Estados, y en la* Rerum Novarum *donde pide la reorganización corporativa del pueblo en clases hermanadas por la caridad cristiana, como principio y fundamento para reorganizar la sociedad carcomida por el individualismo contemporáneo y preparar la solución de la cuestión social.*

Y cuando la apertura de los archivos pontificios descubre nuevos horizontes a las investigaciones históricas; y la fundación del Observatorio astronómico del Vaticano enaltece la ciencia; y la ampliación de la Biblioteca y de los museos arqueológicos del Pontífice difunde el ansia del

saber; y la protección de León XIII al cultivo de las mismas ciencias naturales divulga que toda verdad, por humilde que sea, canta la gloria de Dios, porque no es sino destello y reflejo de la sabiduría infinita; el ejemplo del Papa cunde por todo el Continente; *y a la reconstrucción de la* Enciclopedia Cristiana *se aplican la* Leogessellschaft, *de Austria, llamada así en homenaje a León XIII; la* Goerresgessllschaft, *de Alemania, así denominada en recuerdo de Goerres, el gran despertador de la conciencia católica germánica en los albores del siglo* XIX; *el Instituto Católico de París, la célebre Universidad de Lovaina, y los grandes sociólogos católicos contemporáneos, entre los cuales descuellan Costa-Rossetti, Cathrein y el príncipe de las grandes síntesis católicas, el insuperable Toniolo.*

¿Faltará en España, la hija predilecta de la Iglesia, el hombre llamado por la Providencia Divina a llevar a cabo los designios pontificios? Ese hombre providencial fué Don Juan Vázquez de Mella, forjado por la diestra del Altísimo para asociar a España a la grande obra de la reconstrucción científica cristiana. ¿Qué importa que

venga al estadio de la lucha cargado con el polvo y las cicatrices de un partido político? En la hora crítica sacudirá toda reliquia de la parcialidad, para ser la voz de la nación católica y hasta el verbo de la raza. Como Apóstol de la Buena Nueva necesitaba el estudio y la preparación de un benedictino; pero, al desvelo y a las horas consumidas en la soledad del gabinete para formarse como un filósofo y hasta para escalar las cumbres de la teología, había de añadir el hábito de vivir a la intemperie, de penetrar en todos los ambientes, de comunicarse con todos. — En su campechanía llevaba el salvoconducto para dejar caer en broma o en serio hasta en los oídos más recalcitrantes las enseñanzas de la verdad. En las atléticas fuerzas de su gigantesco entendimiento encontraba el cetro que le daba señorío soberano en toda contienda intelectual. Y aquel ropaje maravilloso de su elocuencia avasalladora, nunca superada en el curso de la lengua española, le deparaba la luz, los colores, la música, el arte con que prendía al pie de su tribuna los más variados auditorios, acercándolos, con atractivo irresistible, al ideal supremo de todas sus peroraciones, al Norte inva-

riable de todos sus discursos, a saber: que dondequiera que se tome una partícula de la materia, por ascensión forzosa hay que llegar al Creador, del cual recibe su existencia, su conservación y su ley; que donde se descubra una verdad, por aislada que parezca, está reverberando la Verdad infinita; y que no hay concepto ni idea integrante de la verdadera civilización que no clame por la existencia de Dios y por la verdad de toda la doctrina católica, de modo tal que, quien niega una sola de las afirmaciones de la Iglesia, de consecuencia en consecuencia ha de venir a negar la libertad, el orden, la paz y el progreso de los pueblos.

Pero en otras partes la reconstrucción sintética de la ciencia había de buscarse en conceptos venidos de fuera, mientras que en España bastaba sondear las profundidades del alma nacional, para ver surgir como por encanto la unidad de la Enciclopedia Cristiana; porque fuimos el pueblo teológico por excelencia, donde más alto rayó el entendimiento humano en el conocimiento de la ciencia de Dios, y donde más arraigó en el corazón de las masas que se deleitaron en las escenas

de los autos sacramentales. *Por eso, entre aquellas elucubraciones de los teólogos y estas expansiones populares de la literatura eucarística, corre el gran río de la nación española como reflejo, como derivación y como fruto del pensamiento teológico. Teólogos fueron nuestros metafísicos, teólogos nuestros juristas, teólogos nuestros literatos, teólogos nuestros políticos; y cuando la grandeza humana hizo gravitar sobre la corona de nuestros reyes el peso de dos mundos, en las leyes de España, en las Cortes del Reino y hasta en los campos de batalla de Nápoles y del Milanesado, en las llanuras de Flandes y de Alemania, en las ondas del Atlántico y en las selvas de América, la lengua española no parece sino el eco majestuoso de las enseñanzas de los teólogos salmanticenses, esparcidas por todo el mundo para arrodillarlo a los pies de Cristo.*

De aquí que en Mella formaran una sola pieza su dominio de la síntesis científica y su ensimismamiento con el alma nacional; de aquí que, para rendir Mella homenaje a Menéndez Pelayo, lejos de estudiar ninguno de los aspectos de aquel gran polígrafo, gloria de España y de la Iglesia, hubiera

de considerarlo como el enlace de la tradición con el progreso de nuestra patria en todas las manifestaciones del entendimiento humano, como la confluencia de todos los arroyos del saber nacional y todas las inspiraciones del arte que habían pasado por la Península; y que compendiase al fin su vida en aquella sublime escena de los umbrales de su muerte, cuando, recibidos los santos sacramentos, su hermano Enrique acerca a los labios de Don Marcelino el mismo Crucifijo que había besado su madre al tiempo de expirar, y entonces el alma entera de Menéndez Pelayo asoma a sus ojos anhelando que, tras el beso a Cristo, se rompan los cendales de la carne que impiden ver a Dios cara a cara y contemplar toda su infinita grandeza, mientras el Redentor estampa otro beso en el rostro del moribundo, que es el beso mismo de Dios sobre la Ciencia Española.

Si habla Mella de la guerra europea, como en su célebre discurso pronunciado el día 31 de mayo de 1915 en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, se ve cómo, por encima de los accidentes que la presentan cual mera rivalidad económica entre las naciones, ha de remontarse a los grandes hori-

zontes de la historia, para contemplar cómo el Imperio Persa, que había conservado la virilidad de la pureza, va a caer sobre los corrompidos dominios de la Asiria, sorprendiendo a Babilonia en plena orgía y adueñándose de los cuatro imperios orientales demarcados entre el Eufrates y el Indo; cómo la férrea Esparta se levanta y domina más tarde a la sensual, a la intelectual y artística Atenas; cómo la Beocia, más ruda que Esparta, prevalece después sobre Esparta y sobre Atenas; cómo Macedonia, más tosca que las anteriores, impera luego sobre todos los territorios helénicos; cómo al fin la supremacía se trasplanta de Grecia a Roma, dueña y señora del mundo. Y cuando ve que la unidad material de ésta sirve de asiento a otra unidad espiritual más alta, exclama: «Es que hay algo más excelso e invisible que esos motivos y pretextos puramente materiales; porque en esos lagos humanos, cuyas ondas se rizan, hay una brisa que mueve y levanta la olas: es el soplo de Dios que agita las aguas».

Y en todo aquel discurso del Teatro de la Zarzuela grandilocuente y majestuoso, en que se escucha la acompasada marcha de los pueblos por

los campos de batalla, se perciben los ecos de las palabras de Bossuet en su Discurso sobre la Historia Universal *y se lee con caracteres indelebles la gran ley providencial de los humanos acontecimientos:* los hombres marchan, Dios los conduce.

Nunca podré olvidar la impresión que en mi alma produjo el primer discurso que oí a Mella en el año 1900 sobre los principios fundamentales del Derecho Público Cristiano.

Partiendo de la idea de Dios, principio y fin de todas las cosas, expuso cómo el Creador del universo, a la vez que le asignaba su fin, marcaba el camino para conseguirlo. Este camino no es otro que la llamada ley eterna, *o sea la misma razón y voluntad divina que manda conservar el orden natural y prohibe su violación, ley suprema de todo lo existente, que mantiene a los astros en sus órbitas, al mar en su lecho, a los ríos en su cauce, al hombre en la observancia de lo justo; ley que, cumplida de un modo necesario en la materia inerte, en el mundo vegetal y hasta en el reino animal, va siendo poco a poco conocida por el hombre en el descubrimiento de esas leyes lla-*

madas naturales, como la de la gravitación universal, reflejos parciales del foco infinito de luz con que la sabiduría de Dios puso orden en la creación entera; pero ley también que, impuesta al hombre para que la cumpla voluntariamente, respeta la libertad humana, cual si la omnipotencia divina se detuviese en los umbrales del humano arbitrio; ley por último que, grabada en lo profundo de nuestra conciencia, constituye la ley natural, *principio de toda rectitud, fuente de toda justicia, como que es el eco de la voz de Dios repercutiendo en la intimidad de nuestras almas para conducirnos hacia nuestro destino eterno.*

Esta ley eterna, impuesta de una manera necesaria al mundo inferior y acatada por el hombre de un modo libre, es el eje supremo en cuyo derredor gira todo el universo; porque el orden de la naturaleza *no es sino la colocación de cada cosa en el lugar que le asignó la voluntad divina; el* orden moral *no es sino la aceptación libre y espontánea de la misma ley en cuanto deslinda lo honesto; y el* orden jurídico *resulta del libre juego de los derechos y deberes emanados de la ley eterna; los cuales, deparándonos en la presente*

vida una pacífica convivencia social, allanan el camino que ha de conducirnos hacia la Bienaventuranza sin fin.

Asentado el orden universal sobre el cumplimiento de esa ley eterna en sus varias manifestaciones, todo poder, cualquiera que sea su especie, no es sino una chispa desprendida de la omnipotencia divina, para hacer efectiva aquella ley. Y el Soberano en su trono, el Pontífice en la Iglesia, el padre en la familia y hasta el maestro en su taller, todos son partícipes, aunque de muy diversa manera, de aquel soberano poder que Dios mismo conserva sobre la creación entera. Así queda consagrado el ejercicio legítimo de toda autoridad, a la vez que es santificada la obediencia, convirtiéndola de yugo servil en sumisión voluntaria que dignifica al obediente.

A la luz de estas enseñanzas ya no puede llamarse Majestad a la pompa que rodea a los soberanos o al brillo externo que fascina al vulgo. Eso es el reflejo de la majestad y no la majestad misma. La verdadera majestad es la imagen de la grandeza de Dios en el soberano. Y la obediencia ya no es el yugo servil acatado forzosamente por

la imposición del más fuerte, sino el obsequio racional tributado por la dignidad humana a quien resplandece con los destellos de la autoridad divina en su frente.

De este modo el poder público cristiano viene a ser el intérprete de aquella ley natural, y ha de recoger la inspiración de ella para desarrollarla en las leyes positivas y para robustecerla con sanciones que garanticen su cumplimiento. Lejos, pues, de considerarse el Soberano a sí mismo como el creador omnipotente de las instituciones sociales, ha de proceder como mero conservador de ellas, respetando su propia ley constitutiva. Entonces mirará a la sociedad, no como un montón de individuos enlazados entre sí por la sumisión a un poder único, sino como un cuerpo orgánico donde cada hombre vive unido al Estado a través de la familia, del municipio y de las clases sociales, que son como los nervios, los músculos y hasta el armazón esquelético del cuerpo social; entonces comprenderá que este cuerpo de la patria ha de estar vivificado por la savia espiritual de las cuatro virtudes cardinales de la prudencia, la templanza, la fortaleza y sobre todo la justicia,

que, si exige la igualdad entre lo que se da y lo que se recibe en los contratos, liga también tanto al soberano como a los súbditos con deberes sagrados para con la patria y sobre todo exige más de quien más tiene y favorece con mayores auxilios a quien más necesita. De este modo a la lucha materialista por la existencia, que concede el triunfo al más fuerte, se sustituye una jerarquía espiritual y cristiana en que las clases más humildes atraen más la asistencia y las caricias de los poderes públicos.

Sublime democracia cristiana en donde, cualquiera que sea la participación del pueblo en la vida pública, ora contribuya éste con su voz y con su voto a marcar los derroteros de la vida nacional, como parece más justo, según el adagio Vox populi vox Dei, *ora permanezca apartado de tal o cual intervención política, en vez del vaho embriagador producido por las masas demagógicas, revolucionarias e impías, se percibe el suave perfume de la caridad cristiana, se contempla la espléndida floración de las instituciones sociales que como en la Edad Media fortalecen al débil, asisten al desvalido y enriquecen al pobre, y se*

alcanza la grandeza de la patria que, robustecida en su interior por la feliz convergencia de todas las fuerzas sociales hacia el bien público, se prepara a cumplir más allá de las fronteras la misión providencial que Dios señaló a España, cuando la forjó en el incesante trabajo de ocho siglos sobre el yunque de la fe.

He aquí una síntesis de los principios del Derecho Público Cristiano tal como los concebía Mella. Pero, en las vicisitudes de la historia, las épocas de febril actividad vienen en pos de los grandes florecimientos científicos y de las singulares exaltaciones del espíritu. Al siglo de la Suma Teológica de Santo Tomás y de los arrobamientos místicos de San Francisco de Asís, sucede la exuberancia de la vida social del siglo XIV, cuyos albores marcan el apogeo de la civilización cristiana. Así, al siglo XIX y a los principios del XX, en que una cadena de pensadores católicos, Balmes, Donoso Cortés, Ceferino González, Menéndez Pelayo, Mella, marca los jalones de la reconstrucción científica del saber cristiano en nuestra patria, sucede la época presente, que ha de ser la de las grandes afirmaciones, sobre las

cuales se asiente la futura reconstrucción del nuevo edificio social.

¿Quién sabe si en los planes del Altísimo el arreglo feliz de la Cuestión Romana, que corona con el triunfo del Pontificado la gloriosa perseverancia de cinco Papas, no habrá de ser la primera de las reconstrucciones sociales y el prototipo de todas ellas, para que, a ejemplo suyo, siempre y en todas partes reivindiquemos los católicos la santa independencia de la Iglesia y la concordia entre ambas Potestades sobre el sincero reconocimiento de los sacrosantos derechos de la Religión?

En España se acerca por momentos la hora de la reconstrucción social. Sobre las ruínas y los escombros esparcidos por el suelo resonarán las palabras de Mella, para darles nueva vida y realizar con ellos los grandes ideales que su mente soñó. Sea esa voz majestuosa, grandilocuente y sublime, salida de la tumba de Mella, el grito que congregue a unirse a las derechas españolas para salvar a la Religión y a la Patria.

RAFAEL MARÍN LÁZARO,
De la Academia de Ciencias Morales y Políticas

FILOSOFÍA

FILOSOFÍA

I

EL P. ZEFERINO Y LA FILOSOFÍA CRISTIANA

Después de terrible y pertinaz dolencia, atormentado por el dolor el cuerpo y fortalecida por el sacrificio el alma, bajó ayer al sepulcro la materia perecedera y entró en la eternidad el espíritu inmortal del gran filósofo contemporáneo, orgullo de nuestra generación y muestra de que aún no está agotada la savia poderosa del genio ibero.

Balmes..., Donoso Cortés..., Fr. Zeferino González..., los tres pensadores españoles de la presente centuria que han dado la vuelta al mundo, no están desprendidos de las cadenas de los siglos, ni han vaciado sus altas concepciones fuera del cauce tradicional de nuestra raza. El

alma nacional les dió los resplandores de su mente y los amores de su voluntad.

Pensaron y sintieron como nuestros antepasados y nuestros mayores. Y en esta tierra bendita, formada por la Iglesia y para la Iglesia, no arraiga ni florece sistema de doctrina que la fe no alumbre con sus rayos ni la gracia bañe con sus celestes rocíos.

Por eso, fuera de Prisciliano, que era un eco y no una voz, un discípulo y no un maestro del gnosticismo, España no ha producido un heresiarca. Imitadores o plagiarios serviles de una impiedad exótica, todos los pensadores que se apartan del espíritu español degradan su inteligencia, y, como si una fuerza inexorable les atajase el vuelo, no llegan en los dominios del error a la grandeza satánica del mal, y, constreñidos por el carácter de nuestro pueblo, vense obligados a morir en los linderos de la medianía. Así el autor de la *Filosofía fundamental,* el del *Ensayo* y el de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás,* reflejan en conjunto, a pesar de todos los matices diferentes de su pensamiento, la misma filosofía cristiana que iluminó un día

la frente de Lulio y Vives, Suárez y Fox Morcillo, Sepúlveda y Toledo, aquella misma que, teniendo cuerpo aristotélico, elevaciones platónicas y forma substancial católica, es, mirada en la gigantesca síntesis de sus principios, la misma que apellidó Leibnitz *Filosofía perenne* del género humano, que tiene soberana representación en el Angel de las Escuelas.

Porque Santo Tomás de Aquino se destaca en medio de las maravillas del arte y de la ciencia del más ideal de los siglos cristianos, el décimotercio, como la columna llameante que alumbraba a los israelitas al través del desierto, mostrando a los ojos absortos de las generaciones, que van apareciendo en la historia, la cumbre luminosa del pensamiento humano, recibiendo en sus colosales *Summas* todos los esfuerzos del genio y todas aquellas radiantes alboradas, adonde llega la razón apoyada por la fe, para entrever, postrada humildemente, los divinos misterios en el mundo que se abre donde termina el entendimiento finito sus divisiones y continúa la voluntad transformada en sus amores.

El P. Zeferino, al vestir el hábito glorioso de

Santo Domingo de Guzmán, de San Vicente Ferrer y Fr. Luis de Granada, se declaró ardiente discípulo del sublime escolar de Monte Casino y Nápoles, el incomparable doctor de Colonia y París, y, alimentando su robusta inteligencia con aquellos selectos manjares prodigados en las obras de Santo Tomás, propios para nutrir las almas privilegiadas, emprendió la ascensión por la áspera montaña del saber, trepando con ánimo sereno y planta firme por su vertiente escarpada, apoyándose en el método inductivo que sube del hecho a la ley que, por universal, no cabe ya en los dominios de la experiencia, y en el deductivo, que, por identidad, baja desde los principios a las conclusiones por los peldaños del silogismo, ley de la razón, para ir afirmando, como pilares de la humana ciencia, la múltiple variedad de las facultades vegetativas, sensitivas y racionales, reducidas a la unidad de un principio de vida, forma sustancial de nuestro organismo, sustancia incompleta, simple, como lo revela la percepción interna de la variedad de sus funciones y las conexiones y conflictos entre ellas; espiritual, por la inmaterialidad del objeto

comprendido; subsistente e inmortal, no sólo por sus aspiraciones infinitas, sino por lo imposible de toda disolución y corrupción en lo que excluye partes; y subiendo ya a esta cumbre y abarcando con mirada serena las profundidades del alma, señalando en la *especie inteligible*, labrada sobre la imagen de la fantasía por el entendimiento *agente*, el *origen de las ideas*, a contar desde la *innata in fieri*, como llama a la de ser el P. Zeferino, estudia su valor ontológico, analiza las propiedades trascendentales del ente y las supremas categorías de las cosas, y, cerrando la puerta a todos los panteísmos y positivismos, de la contingencia, finitud y mudanza de los seres, va por el principio de contradicción y de razón suficiente a la demostración científica de Dios, el ser *a se*, *acto puro*, sin mezcla de imperfección alguna, primer motor y causa primera y fin último de todas las cosas, creador, conservador, providencia y ley eterna de todas ellas, que en relación de absoluta dependencia, a Dios como causa y en la finalidad que los endereza a él como medios, forma en los seres libres la ley moral y jurídica, fundamento de todos los deberes y derechos,

base de la autoridad y expresión de la justicia, verdadera alma de las sociedades, que sólo en la unidad superior del fin último hallan la fórmula para subordinar el fin temporal del individuo al del Estado y el de éste al supremo del hombre, evitando individualismos dislocadores y socialismos absorbentes, imperando así vencedor y radiante el orden cristiano, grabado en la filosofía de Santo Tomás y de su discípulo como un reflejo de los cielos trazado por Dios sobre el entendimiento de los hombres.

Tal es, en fórmula abreviadísima, la síntesis de las afirmaciones capitales de ese sistema, que ha cobijado bajo las arcadas del más grandioso edificio que ha contemplado la Historia, porque tiene por pilar la evidencia y por clave la fe, a los entendimientos más excelsos y a los corazones más ardientes, a los que forman como la estirpe espiritual del linaje humano.

...Que mirada en conjunto la filosofía escolástica en sus tres ramas principales, como complemento o deducción, no queda fuera de su manto verdad alguna que en los dominios de la más alta ciencia haya conquistado la razón.

Por eso Santo Tomás, que es sublime representante de esa escuela, tiene legiones inacabables de discípulos. Y sólo en esta tierra en que acaba de brillar el P. Zeferino, y en el marco de su Orden y en los límites de una centuria resplandecieron nombres tan ilustres como los de Torquemada y Montenegro, Victoria y los dos Sotos, Fr. Diego de Deza y Melchor Cano, Granada y Báñez, que no en vano llevaba Santo Tomás de Aquino el hábito de nuestro Domingo de Guzmán y la generosa sangre española de los reyes aragoneses, ni dió el Papa Juan II como lema a la *Orden de la verdad* el expresivo *Lucere et ardere*.

¡Contraste singular el de la alteza de esta filosofía, la muchedumbre de sus discípulos y la permanencia de la escuela, con esas efímeras filosofías que fabrican la pasión y el sofisma con los despojos del vicio y los harapos de la gentilidad recogidos por manos sectarias en los panteones del paganismo! Mientras ella, asentada sobre la roca granítica de la verdad, permanece acrecentando su brillo, esas doctrinas que la fantasía levanta y la razón destruye, pasan y mueren como

las hojas amarillentas arrastradas por los vientos otoñales. El *nóumeno* de Kant, el *yo* de Fitche, la *idea ser* de Hegel, el *absoluto* de Scheling, los *tres infinitos* relativos y la *esencia una y entera* de Krausse, *lo inconsciente* de Harmann, la *voluntad* fatal de Schopenhauer, las *móneras antagónicas* de Haekel, la *evolución* sin fuente ni desagüe de Spencer, y hasta los delirios de la escuela jónica resucitados por los materialistas plebeyos que infestan los anfiteatros y la baja literatura, más que concepciones filosóficas parecen cuadros disolventes que un mago burlador hace pasar ante los entendimientos endiosados por la hinchada pedantería racionalista, a fin de ridiculizar a la razón ultrajándola con el desfile siniestro de sus pesadillas y descarríos.

En ese cuadro de podredumbre intelectual destácase noble y gallarda la figura del insigne autor de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás,* de la *Filosofía elemental,* de los *Estudios religiosos y sociales, La Biblia y la Ciencia* y tantos discursos y monografías que encierran el vasto sistema de la filosofía cristiana, depurada de aquellas imperfecciones con que la expuso Ráu-

lica en obra muy parecida a la primera del gran filósofo español, y la crítica profunda y certera de todas las doctrinas separadas del cauce tradicional en la notable *Historia de la Filosofía,* que una vida prematuramente cortada no ha podido ampliar con la *Historia de la Filosofía escolástica,* para la que tantos materiales había reunido y que deja sin terminar entre sus manuscritos.

El P. Zeferino había visto la luz en las montañas asturianas, la tierra privilegiada donde se inician las grandes restauraciones.

Que no sólo empieza allí la Reconquista y la guerra de la Independencia con alianza formal, sino que, en este mismo siglo, un asturiano ilustre, Jovellanos, a pesar de rendir a las preocupaciones de su tiempo exagerado tributo en trabajos económicos, inicia, en los apéndices a la memoria de la Junta central, la restauración de nuestra Constitución histórica y la de la política tradicionalista; y el insigne jesuíta P. Cuevas empieza a restaurar la escolástica y escribe primero que nadie una historia de la filosofía española, precediendo los *Ensayos* de mi inolvidable

maestro Laverde y la *Ciencia española* de su egregio discípulo Menéndez Pelayo.

Aquella aptitud para los estudios especulativos que el P. Feijóo señalaba como una de las cualidades de los entendimientos asturianos, brilla en alto grado en el insigne dominico, que, desde las aulas de Ocaña y las cátedras de Manila, sube en triunfo a la Sede cordobesa, y más tarde a la Hispalense de San Isidoro y San Leandro y a la Primada de Toledo, para terminar después en la celda de la calle de la Pasión, cubierto el cuerpo, desgastado por el estudio y las crueldades de una dolencia tenaz, con el hábito blanco y negro que le vistió durante medio siglo, a contar desde los trece años, en que entró como novicio en aquella iglesia de Ocaña, donde ha querido que ahora descansen sus despojos.

Atenazado con todos los martirios de una lenta y desoladora agonía, el filósofo cristiano, que no reclina la cabeza en la triste «almohada de la duda», sino en el amoroso regazo de la fe, alza los ojos empañados ya por el velo de la muerte hacia las regiones de la eterna luz; y él, que con intuición poderosa recibió sin deslum-

brarse el esplendor de la evidencia allí donde otros contemplan la verdad entre las penumbras de la ignorancia, al acercarse aquel momento supremo en que se rompen las ligaduras terrenales, presintiendo las maravillas de la visión beatífica, mira la dulce imagen de la Virgen sin mancilla que parece extenderle los brazos y mostrarle el Crucifijo como diciéndole: Ahí, cárdeno, atormentado, goteando sangre, espera las lágrimas de la ternura y recoge los últimos ayes de sufrimiento el que es compendio de todos los dolores, y, con las manos desgarradas y los labios mojados en hiel, murmura estas palabras, que llegan a los corazones como aura divina de esperanza y de amor: ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida!

(Artículo de *El Correo Español*, publicado el 30 de noviembre de 1894).

II

Balmes

La misión histórica de Vich. — Balmes y la filosofía escolástica. — Balmes y Kant. — La obra del gran filósofo catalán

...Y al querer improvisar a un tiempo pensamiento y palabra y dirigirme a una ciudad tan ilustre, reviven en mi memoria los recuerdos de aquella edad gótica que, en el siglo VII, hizo de España el primer pueblo culto de Occidente, porque en ella se encendió la antorcha de la ciencia isidoriana, que brilla todavía alumbrando a los pensadores mozárabes bajo la irrupción musulmana, como el fuego griego debajo de las aguas, y que en el siglo X, recogida y protegida contra vientos adversos en la vieja Ausetania, cuando parecía que el mundo vacilaba con los terrores del milenario, con las guerras locales y los estremecimientos que producía la dolorosa gesta-

ción de la jerarquía feudal, que empezaba a salir para poner orden en el caos de los pueblos y las razas, que se empujaban unos a otros sobre los miembros descuartizados del imperio; cuando resonaban los gritos salvajes de los invasores normandos en las costas y se iba a sentir el clamoreo triunfante de los soldados de Almazán por todo el suelo peninsular, un Obispo de Vich tomó en sus manos la antorcha, y, desde su escuela palatina, la levantó tan alta que, llevando su luz a la mente de su discípulo, llegó con Silvestre II a brillar en la Cátedra de San Pedro, como si quisiese volver la lumbre a su foco para desvanecer las sombras de la ignorancia, extendidas por el horizonte de Europa *(Entusiastas aplausos)*.

Y como si fuera esa la misión histórica de vuestra ciudad, muchos siglos más tarde, cuando, después de una revolución que sacudió como un huracán los pueblos europeos, acabando de arrancarlos de su asiento, y la reacción pagana, inaugurada oficialmente con la Diosa Razón sobre el altar de Nuestra Señora de París, empezaba a dar sus frutos venenosos, renovando, en un

siglo de desquiciamientos sociales y de trastornos políticos, las filosofías panteístas y materialistas, que habían quedado sepultadas entre los escombros de un mundo muerto al otro lado del Calvario; del suelo fecundo de la Ausetania surge un genio que, abarcando, con una mirada sintética, la sociedad próxima a derrumbarse, a los dos ejércitos que van a reñir la última batalla sobre sus ruinas, comprende que es necesario descubrir al enemigo, atacarlo en la base de operaciones de sus principios, y desenterrar las armas abandonadas, y restaurarlas, y forjar otras para ir tomando posiciones, y encontrarse apercibidos el día de los grandes combates. Y como la política y la sociología son ciencias derivadas que dependen de la filosofía, pórtico de las ciencias y escala de la teología, que a todas las ilumina, allí acudió el gran Balmes a fortalecer su espíritu, ascendiendo a las cumbres de los principios, que es desde donde se dominan únicamente las cuestiones y donde se adquiere la agilidad intelectual suficiente para caer a plomo sobre las dificultades y perforarlas con el acero de la lógica hasta que quede en el suelo, deshecho

el sofisma, y brote claro y abundante el raudal de la verdad conquistada.

Balmes fué el verdadero iniciador de la restauración de la filosofía escolástica, aunque se separase de ella en algunos puntos por influencias de la escuela escocesa, cuyas tendencias experimentalistas, conformes con una fase de su espíritu, recogió, — pero combatiendo su espiritualismo mutilado y su enemistad a la Metafísica, — lanzándolas como armas de polémica contra el idealismo de las escuelas alemanas que ponían nuevamente en disputa la realidad de las cosas. El dió al lenguaje filosófico aquella sencillez ingenua que cuadra también a la verdad y que huye, en cuanto es posible, del tecnicismo, que cuando no es necesario es pedantesco, y aquella precisión que encierra en fórmulas ceñidas las razones, y aquella claridad trasparente que parece poner cristales delante de las ideas primeras para que hasta el vulgo las vea; cualidades inestimables, señores, más necesarias en la filosofía que en las demás ciencias humanas, por lo mismo que es la más elevada y abstracta, y que desgraciadamente no han sabido seguir siempre todos los

pensadores católicos posteriores, impidiendo que sus obras ejerciesen todo el bien que de otra manera hubieran hecho.

Me enorgullece, señores, el haber empezado a deletrear los grandes problemas filosóficos sobre los libros de Balmes; la *Filosofía elemental*, no por incompleta menos admirable, fué la primera que yo estudié hasta llegar a saberla casi de memoria. Y su *Filosofía fundamental*, serie de estudios monográficos sobre las más elevadas cuestiones, donde se analizan con extraordinaria penetración todas las categorías ontológicas, era seguramente el conjunto de sillares dispuestos con fuerza ciclópea para levantar un edificio gigantesco, de que da una idea la explicación sintética del orden moral con la que cierra la obra, y a la que había llegado por inducción en los primeros capítulos de la Etica, pero que no conocemos en toda la extensión y que tenemos que adivinar por algunos trozos de los materiales ordenados, porque se llevó el plano, con su gloriosa juventud, al sepulcro.

Y asistí al duelo a muerte entablado en la primera parte de la *Filosofía fundamental* entre

Kant — que había recogido sus armas en las ruinas de las escuelas escépticas de Grecia, esgrimiéndolas con la rudeza de los hijos de las hordas que asaltaron a Roma — y Balmes que había recogido las suyas en la armería de Santo Tomás, la primera del mundo, porque había heredado el yunque en que las forjó Aristóteles y había recibido el temple sobrenatural en el Jordán de la Grecia; y seguí con vivo interés las peripecias de la lucha, y vi el relampagueo de las espadas chocando con furia en el umbral de la Filosofía para ganar la entrada, resolviendo sobre el cadáver del error inicial el llamado problema crítico en que cierra el problema del conocimiento y de la certeza, puente levadizo que, si se pisa bien, sirve para penetrar con planta segura en el alcázar real de la verdad, y que, si se parte o se extravía la dirección, sólo sirve para caer en el fondo del abismo, y estrellar, contra las rocas en que asienta la fortaleza, hasta la esperanza de volver a verla *(Aplausos)*.

Balmes demolió, con una crítica implacable, la de Kant; señaló todas sus contradicciones, y probó cómo era imposible negar la legitimidad

de la razón con la razón misma, la correspondencia entre las sensaciones y sus objetos, y cómo no era posible negar la realidad objetiva de las ideas sin ser expulsado de la ciencia y verse precisado a no poder demostrar nada, sin afirmar siquiera como cierta la propia duda, porque es ya una afirmación, y, si no corresponde a nada, es afirmar el absurdo.

Es verdad que el subjetivismo cartesiano — semilla del de Kant, dominante a la sazón en el eclecticismo francés y en la escuela escocesa, sin quererlo, tributario de David Hume, uno de los precursores de Kant — influyó algo, aunque menos de lo que se ha dicho, en las demostraciones del gran pensador; pero bastan breves observaciones, que casi todas se encuentran dispersas en algunas partes de sus obras, para que la argumentación sea invencible; que si Balmes hubiera podido desarrollar su obra y realizar sus proyectos ahondando más en el principio de la causalidad, — como a pesar de tantos trabajos posteriores, y algunos notables, hay todavía que hacerlo, por no haber meditado bien quizá algunas páginas del gran Suárez, — seguramente,

señores, que ningún filósofo hubiera podido superar el vigor dialéctico de sus demostraciones, completadas en cierta manera por vuestro insigne Comellas Cluet, que también dejó su obra comenzada en dos libros soberbios que indican todo lo que iba a ser el edificio por las proporciones del pórtico trazado en la *Introducción a la Filosofía* y en la *Demostración de la armonía entre la Ciencia y la Fe*, contra los supuestos conflictos fantaseados por un sectario.

El talento fecundísimo de Balmes fué el que bosquejó en el *Criterio* una psicología individual con el estudio científico de los caracteres para que fuese el complemento de la psicología específica (ya que en la realidad no se da el hombre abstracto separado, sino el concreto) y una lógica práctica, popular y científica; al mismo tiempo que no se limita al estudio aislado de las leyes del raciocinio, sino que tiene muy en cuenta el examen de los sentimientos y de las pasiones que en él influyen, completando la dialéctica intelectiva con la del corazón, que, unas veces movido y otras motor, tiene de tal manera la suya que sin ella es inexplicable la vida. Y después de los

esfuerzos de tantos ilustres pensadores, el *Criterio* sigue siendo un libro único de que todos podemos y debemos vanagloriarnos, no sólo como catalanes, sino como españoles y latinos, y que si se estudiara en todas las escuelas o Universidades, como la asignatura del sentido común, pronto levantaría el nivel intelectual y fortaleza... *(Prolongados aplausos)*.

Y su obra magna el *Protestantismo comparado con el Catolicismo* — en que hace el paralelo y confronta las dos opuestas civilizaciones que se reparten el dominio de la historia: la pagana apoyada en la fuerza, que sucumbe ante la fuerza natural de la cristiana, y el protestantismo, que trata de restaurar la primera al sublevarse contra la segunda — es un admirable ensayo de la historia social comparada de las doctrinas e instituciones, y cuyo vasto plan y brillante desarrollo, a pesar de existir hoy tantos elementos reunidos y que él no podía alcanzar en su tiempo, no ha sido por nadie superado. Allí se ve demostrado con hechos que el talento destaca y la erudición continúa la influencia prodigiosa de la Iglesia en todos los órdenes de la vida, trasfor-

mando todas las instituciones, desde los derechos de la personalidad humana y las bases sociales, hasta la libertad, el Poder y el Estado, señalando sus límites y aniquilando el cesarismo al separar las dos potestades de un solo sujeto, para que no puedan tiranizar, a un tiempo, los cuerpos y las almas; y en páginas memorables, nos hizo asistir a la abolición de la esclavitud, pedestal del mundo pagano, por la Iglesia, y trazó todos los grandes jalones de la política cristiana; siendo tal obra, según la opinión de un hombre ilustre y uno de los pocos sabios de veras que nos quedan, Menéndez Pelayo, el primer libro español del siglo XIX *(Aplausos)*.

Balmes, político y vidente

Pero Balmes, señores, no era sólo filósofo, sociólogo y apologista, sino político eminente, que no sólo formuló los principios, sino que juzgó los hechos con tal clarividencia, que verdaderamente pasma la lectura de páginas escritas a más de medio siglo de distancia, cuando se las compara con la realidad presente y se ve cómo se han

cumplido las que pudiéramos llamar predicciones proféticas de aquel entendimiento extraordinario.

No hay una contienda, no hay una lucha, que no haya sido prevista en *La Civilización*, en *La Sociedad* y en *El Pensamiento*. Todo cuanto había de suceder en la sociedad española, más aún, en la sociedad peninsular, digo mal, en la sociedad latina, mejor todavía, en la sociedad europea, que es como decir que en el mundo todo, ha pasado, como una serie de cuadros disolventes, ante la mente del gran pensador, que nos ha ido mostrando con su pluma lo que ha sucedido y está sucediendo, y aun pudiéramos decir lo que se presiente y se acerca, a juzgar por los ruidos subterráneos que se perciben, y como el anuncio de una sociedad que se desmorona en los embates de las olas del fuego de la revolución que circulan debajo de su suelo, haciendo temblar sus cimientos y abriendo grietas que son cráteres para abrasar la superficie *(Grandes aplausos)*.

Aquella grande inteligencia comprendió que terminaría pronto el reino de los eclecticismos filosóficos y doctrinarismos políticos, precisamente en la época de su apogeo, cuando imperaban en

la ciencia y en la política; y él, que terminó su gloriosa vida, segada en flor antes de concluir la mitad del siglo XIX, no vaciló en decir, denunciando la perversidad de esas escuelas, que habría tiempos peores que los de la revolución material; porque él vió que, después de las negaciones sangrientas que trajo la Revolución francesa, y cuando permanecía obscurecida la antigua política por la herrumbre que había echado sobre ella un siglo de decadencia, como fué el siglo XVIII, formado por el absolutismo regalista, retoño del árbol protestante, era necesario impedir que los doctrinarios, aprovechando la coyuntura que les ofrecía la confusión y el cansancio, fuesen apoderándose de los elementos puros y formasen con ellos amalgamas eclécticas, que empiezan captando entre principios opuestos y conductas contrarias absurdas alianzas, y concluyen, cuando no comienzan, por establecer un contrato entre la conciencia y el estómago *(Risas y aplausos)*.

Por eso Balmes, conociendo los resultados maléficos que tales amalgamas habían de producir, emprende una hábil campaña para des-

lindar bien los campos y separar sistemas opuestos, que con equívocos se quería hacer pasar por idénticos.

Es verdad que compartió con él la gloria en la empresa el primer orador del siglo XIX, el gran Donoso Cortés, que lanzó las más violentas diatribas a la política doctrinaria en que su genio había pernoctado algún tiempo; pero el entendimiento analítico y estratégico de Balmes había visto que lo mejor era, no sólo atacarla, sino presentar enfrente de ella, ordenado y organizado, un sistema de principios que fuese el contrarresto de los suyos, y el ideal hacia el que dirigiesen la vista los supervivientes del antiguo régimen, el núcleo incontaminado, que persistía, y aquellos pesimistas que, aterrados todavía por las catástrofes pasadas y temerosos de la futura, no encontraban sitio para poner la esperanza.

Así, al hacer en *El Pensamiento de la Nación,* los comentarios de algunos artículos de la Constitución de 1837, que no fué más que una mala reproducción de la de 1812, no sólo hacía el análisis del sistema parlamentario, desgarrándolo y poniendo al descubierto las contradicciones y

peligros con el escalpelo de su crítica, sino que afirmaba las bases de una política tradicionalista. Por eso quiere restaurar, frente a las instituciones que aparecían, aquellas otras crecidas al amparo de la Iglesia en la Historia, y, ya libres de la herrumbre que la maldad de los hombres había acumulado sobre ellas y de las persecuciones con que trataban de cubrirlas los sectarios como con un velo fúnebre que impidiese a la multitud ver su realidad y su grandeza, se organizasen en el sistema que indica al redactar un célebre Manifiesto del Conde de Montemolín, a quien sirvió con amor, porque veía en él la personificación de sus principios.

Y es que Balmes, sacerdote virtuosísimo que pasó la vida luchando por la Iglesia en el campo filosófico y en las altas esferas científicas, era también un combatiente en el campo político, porque sabía muy bien, por las lecciones del pasado y de las que ya entonces daban los hechos, que hasta que la acción política dejara de introducirse en la Iglesia, ésta no podría dejar de intervenir en la política.

La política como doctrina es parte del derecho

natural, que lo es de la moral; y la Iglesia, que es maestra de moral natural y sobrenatural porque conserva la primera y define la segunda, no puede quedar relegada al Santuario, dejando que doctrinas opuestas a la suya se apoderen de una sociedad que ella ha organizado y redimido de la servidumbre, restaurando la personalidad humana que en la Cruz tiene las ejecutorias de su libertad y de su dignidad y no en ninguna otra parte *(Ruidosos y prolongados aplausos)*.

Cómo entienden nuestros adversarios la intransigencia y la tolerancia

Pero ¿es que Balmes, al restaurar los antiguos principios, al adivinar el fracaso de la escuela doctrinaria y ecléctica, al lanzar sus anatemas, atenuados algunas veces, en forma de glosa y comentario, era un espíritu retrógrado, como ahora se dice, amante de la reacción, que sólo quería vivir en el pasado y que estaba en una oposición constante a la marcha y al progreso de la ciencia? ¡Si él solo ha hecho más por la cultura de España y por su nombre, haciendo que sus libros pasasen

en triunfo las fronteras, que todos los que hablan contra la reacción, practicándola, y en favor de su cultura desconociéndola! Profesó la intransigencia rígida de los principios que profesan siempre los que los sostienen, — dígase lo que se quiera en esta época en que se habla de tolerancia hasta por los que quieren imponer a los demás su negación o su duda, — y eso no le impidió ser un apóstol en el orden práctico, que pasó por la vida repartiendo la limosna del bien y de la verdad entre los hombres *(Aplausos)*.

Resulta sarcástico hablar de intransigencia y de tolerancia ahora que los secuaces de las escuelas radicales y los de las escuelas doctrinarias creen lanzarnos la suprema injuria llamándonos intransigentes a los que no cedemos en un ápice de los principios en el orden doctrinal y en su aplicación a la conducta de la vida. Es muy cómoda esta protesta contra la intolerancia y la intransigencia; pero pedid al que la lanza que reflexione sobre lo que esas palabras expresan y se examine a sí mismo, y veréis cómo él es tan intransigente y tan intolerante como nosotros. ¿Y sabéis por qué? Por las razones que indicaba Balmes,

y por otras muchas que se pueden aducir, cuando defendía la intransigencia en las páginas de *El Protestantismo*. Yo hice la apología completa de la intransigencia en otra parte; pero me bastará recordar que ésta es una ley del espíritu humano que afirman con su conducta todas las escuelas. En prueba de ello, decid al adversario que invoca la tolerancia: «Tú me llamas intransigente; pues bien, transige tú; haz el sacrificio de tu secta en aras de mi fe»; y veréis cómo os pide que hagáis el sacrificio de vuestra fe en aras de su secta, aceptando, entre otras cosas, una libertad que sólo sirve para combatirla a ella. Y es que la intransigencia es un atributo de la certeza, es decir, de la adhesión firme del entendimiento a una verdad. Pedid que transija la duda, con tal que no sea en la afirmación de sí misma; pero no pidáis que transija la certeza, porque se negaría a sí propia al intentarlo *(Grandes aplausos)*.

Creer una verdad, y permitir que sea hollada y escarnecida, reconociendo en los demás el derecho de negarla, ¿qué otra cosa puede significar sino una grande hipocresía o una cobardía tan grande, o porque no se tiene fe en lo que se afir-

ma, o porque no se tiene el valor de defenderlo?

Por eso, señores, Balmes, que afirmó la intransigencia de las doctrinas, fué un dechado de nobleza, de hidalguía y de caridad con las personas. Y yo, que quiero defender ante vosotros los principios fundamentales de su política, quiero también inspirarme en su conducta *(Aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro Principal de Vich, el día 10 de mayo de 1903).

III

Santo Tomás de Aquino

Hoy celebra la Iglesia la fiesta de uno de los Santos más esclarecidos y de uno de los genios más ilustres con que se enorgullecen los anales de su historia.

El hijo de los condes Landulfo y Teodora, lo mismo en Roca-Seca que en Nápoles, en Roma, en Monte Casino, en París y Fossa-Nova, dió muestras de su virtud y de aquella inteligencia poderosa que la meditación y el estudio enriquecieron con raudales de vastísima ciencia.

En el siglo XIII, el más excelso de los siglos cristianos, brilló el genio esplendoroso del Angel de las Escuelas, cuando alumbraban la política, la ciencia, el derecho y el arte de la cristiandad hombres como Inocencio III, Alberto Magno, Alfonso el Sabio y el Dante.

La *Summa Theologica* pasará siempre a la posteridad como soberbio alcázar de la verdad católica.

El método inductivo y deductivo, no exagerados ni separados violenta ni arbitrariamente, sino unidos al principio común de donde parten; su aplicación al estudio de la naturaleza humana y la investigación, partiendo de los hechos como materia del axioma de causalidad como forma y norma de las facultades del hombre; la demostración de la unidad del principio vital sobre la variedad y diferencia de acciones, la esencia y propiedades de ese principio, la unión esencial y substancial del alma con el cuerpo, que tiene por término propio el compuesto humano, el cual encuentra su origen, no en la evolución de la materia y de la fuerza, ni en la manifestación del absoluto panteísta, sino en la acción creadora del

ser que tiene en su esencia la razón de su existencia, y que, por lo tanto, es infinito, teniendo todas las perfecciones sin mezcla de imperfección alguna, y que no puede ordenarse a nada que no sea El mismo ni proponerse otro fin último que su increado ser, siendo, por consiguiente, destino supremo del hombre y centro donde convergen las tendencias de todas las cosas que, jerárquicamente subordinadas, forman la vasta escala del Universo, que El sacó de la nada con su poder, y conserva y dirige con providencia sapientísima, y donde, aunque pálida y confusamente, descubre nuestra razón la huella de su grandeza y los reflejos de su hermosura.

Dios, causa primera, fin último de todas las cosas; el hombre, compuesto de cuerpo y alma o forma substancial, y el mundo, conjunto de los seres finitos que en el infinito tienen la razón de su existencia y sus obras: tales son las conclusiones de la vasta enciclopedia filosófica de Santo Tomás de Aquino.

El origen y fin divinos del derecho; la subordinación del Estado a la Iglesia por razón de la supremacía de origen, naturaleza y fin de la po-

testad espiritual sobre la temporal; la forma monárquica representativa como la más perfecta de las formas de Gobierno, y, por lo tanto, la negación de todo liberalismo y parlamentarismo, puede decirse que son las afirmaciones en que se compendia la política de Santo Tomás, desarrolladas en las cuestiones de la *Summa* y en sus admirables páginas del tratado *De Regimine Principum*, comenzado por el Angel de las Escuelas y concluído por su discípulo Tolomeo de Lucca.

Las falsas libertades modernas están condenadas anticipadamente por Santo Tomás, sin que las libre de sus argumentos la apelación a los hechos e hipótesis sociales del catolicismo liberal, porque el Angélico Doctor, que condena todos los cesarismos, no admite de ninguna manera que el Estado tenga facultad para fijar por sí mismo el límite y la aplicación de sus deberes religiosos, y por lo tanto, el grado y medida en que ha de tolerar el error y el mal, cosa que sólo a la Iglesia corresponde, siendo poderes rebeldes a la ley divina, y, por consiguiente, ilegítimos los que se adornan con tales atribuciones, que no son otra cosa que prerrogativas usurpadas a

la Esposa de Cristo, única que puede reivindicarlas como propias.

En estos tiempos en que el escepticismo seca en los corazones la fuente del entusiasmo y enerva las inteligencias y mata las virilidades y energías del carácter, es necesario propagar y difundir la sublime filosofía escolástica representada principalmente por Santo Tomás, Escoto y Suárez, caudillos de las legiones de pensadores cristianos que, a pesar de las diferencias secundarias, afirman y sostienen el magnífico organismo de la ciencia cristiana, que bien puede considerarse como la filosofía perenne de que hablaba Leibnitz.

El absurdo panteísmo de las escuelas germánicas; el oprobioso monismo positivista en que han venido a parar, por natural consecuencia, las falsas teodiceas racionalistas y los espíritus incompletos y contradictorios del eclecticismo, todas esas filosofías nacidas al calor de la rebeldía de Lutero y de la revuelta cartesiana, condensadas en la mente de Kant, que abre con sus críticas abismos temerosos a la razón y puertas a la impiedad, están ya minadas por sus propios ab-

surdos, y no podrán resistir por mucho tiempo los golpes de la lógica que les asestan de continuo los ilustres filósofos católicos, que renuevan en todas partes la ciencia del Angel de Aquino, dirigidos y alentados por el Gran Pontífice que ocupa la Silla de San Pedro.

A este resultado contribuirá seguramente la gloriosísima Orden de Santo Domingo de Guzmán, en cuyas filas militó Santo Tomás de Aquino, y que dentro de ella, en este siglo, aun tiene discípulos como Lacordaire, Zigliara y Zeferino González.

(Artículo de *El Correo Español*, publicado el 7 de marzo de 1891).

IV

El amor a la patria en los libros de Menéndez y Pelayo. — Nuestras creaciones filosóficas y literarias

Menéndez y Pelayo, que buscaba la unidad en todo, que amaba la verdad y tenía sed de belleza, como amaba tanto la tradición española, y resumía en su alma todos los arroyos del saber

nacional y todas las inspiraciones del arte que había pasado por la Península, sentía un amor a España, que sale y relampaguea en todas las páginas de sus libros. ¿Quién como él ha cantado esa grande España que evocaba aquí en términos tan elocuentes el padre Zacarías Martínez? Y la verdad es que hoy, cuando se han sentido tantas veces las injurias y las afrentas de una generación, demostrada incapaz de comprender las grandezas pasadas y que, para cohonestar las vilezas presentes, suele lanzar con injurias a los tiempos pasados y a sus antecesores sombras para no verlos como acusadores de lo que ella está realizando *(Grandes aplausos)*, ¿quién en estos tiempos no ha de sentir que el ánimo se deleita, que el corazón se recrea, que el entendimiento parece que se dilata, con las grandes esperanzas que infunden las páginas del inmortal polígrafo en que se canta a la madre España? Hoy, después de catástrofes, de desventuras como han empañado muchas veces la bandera nacional, se siente el ánimo regocijado al volver los ojos atrás, no para maldecir, que eso es obra de hijos ingratos y espúreos, a los padres gloriosos, sino para

enorgullecerse de ellos e imitarlos *(Muy bien, muy bien)*. Así aquella España gloriosísima realizó, como Menéndez y Pelayo nos ha manifestado, muchas veces empresas tales, que ellas solas repartidas bastarían para hacer la gloria de muchos pueblos. Nosotros creamos en el orden literario un teatro superior al teatro griego; nosotros creamos el drama caballeresco y el drama teológico de los Autos Sacramentales; antes que nadie rompimos las unidades clásicas de la escena y creamos el drama de costumbres y hasta la comedia moderna, y una literatura picaresca que con su realismo singular se ha anticipado a las escuelas modernas sin confundirse con ellas; tuvimos unos místicos como no los ha tenido ningún otro pueblo, porque el carácter psicológico que los distingue hace que sean superiores a los místicos alemanes; engendramos en el orden intelectual filósofos de la potencia de Suárez, que siglo y medio antes de Kant refutaba a Kant al tratar de los universales *(Muy bien, muy bien. Grandes aplausos)*; a gigantes como Luis Vives, sembrador de sistemas y crítico de las corrupciones de la lógica, que quería restaurar los textos

helénicos; nosotros teníamos jóvenes precoces, que apenas se concibe cómo podían juntar en su entendimiento tantas luces y esplendores como Fox-Morcillo, el cual armonizaba a Platón con Aristóteles, y hasta precedimos a Descartes con Gómez Pereira, y a los agnósticos con Sánchez, y renovamos la teología con Melchor Cano, y, al mismo tiempo, realizamos en el orden material hazañas que asombran y deslumbran.

V

COLONIZANDO A EUROPA. — LAS TRES GRANDES TEORÍAS

¡Si casi colonizamos a Europa! Porque Bélgica y Holanda eran provincias nuestras, y lo eran la Borgoña y el Franco Condado, y un feudo nuestro Italia, y un lago español el Mediterráneo, y un general de nuestros tercios Austria; y, lo mismo en la vertiente de los Apeninos y los Alpes que en las cumbres de los Andes, nuestra enseña gloriosa pudo ondear triunfante, porque Dios, para premiar la fe de España, hizo que diésemos el espectáculo que no ha dado nadie

en la historia, al que llamaré un milagro político hereditario, porque ni Aníbal, ni César, ni Alejandro, ni Napoleón tuvieron sucesores, pero nosotros hemos tenido dos trilogías de soberanos que no se han conocido en el mundo. Un día, Colón depositó un mundo en el manto de los Reyes Católicos; y cuando a la muerte de doña Isabel tuvo que plegarse el manto, lo cogió el sayal del gran Cisneros *(Estruendosa ovación)*.

¡Isabel la Católica, Don Fernando y Cisneros! Y cuando el fraile dejó caer de su hábito el mundo, lo recogió, para enaltecerlo todavía más, en su manto imperial, el gran Carlos V; y entonces fué, señores, cuando, no sólo lo engrandeció, sino que, cuando ya abatido el león, fatigado, iba a dormir a los pies de aquella Virgen de Guadalupe (cuyo templo con colores tales nos pintaba el señor Pidal, y que había paseado en triunfo por las selvas americanas Hernán Cortés), al dejar el mundo, lo recogieron en los brazos sus hijos Felipe II y don Juan de Austria, y de tal manera lo levantaron y lo estrecharon contra su pecho, que las palpitaciones de su corazón marcaron el curso de la Historia; y fué entonces cuando el

sol, cautivo en nuestra Corona, parecía el ósculo con que Dios agradecido besaba la frente de España *(Gran ovación)*.

La redención y la grandeza de España rebasando los límites de la epopeya

Entonces, por primera vez, se confundieron en una la Historia y la Epopeya. Los errores que apuntaba el señor Pidal, de los que daba una explicación artística admirable en su discurso de ingreso del señor Menéndez y Pelayo en la Academia de la Historia, quizá hayan nacido al contemplar el cuadro de España en el siglo XVI; porque allí la Poesía, la Historia y la Epopeya se identificaron de tal manera que es muy difícil distinguirlas. Sí; y la prueba está en que todos los grandes hechos de la Historia han tenido su epopeya: la ha tenido la catástrofe del Paraíso y la ha cantado Milton; la ha tenido el pueblo helénico, y la ha cantado Homero; la ha tenido el pueblo romano, y la cantó Virgilio; las han tenido, simbólicamente al menos, el cielo y el infierno, y las cantó Dante; las han tenido las Cruzadas, y las cantó Tasso; las han tenido las

empresas lusitanas, que eran una parrte de nuestra nacionalidad, y las cantó Camoens.

Dos hechos hay que no han tenido epopeya: la Redención, porque todas las tentativas, como las de Klostop y Ojeda, eran demasiado grandes para otros asuntos, pero eran demasiado pequeñas para El, que lo abarca todo *(Muy bien, muy bien. Grandes aplausos)*.

La Redención no tuvo epopeya, y la grandeza española del siglo XVI tampoco la tuvo.

¡Ah! Si nos fijamos en todos aquellos hombres, reyes, guerreros, descubridores, sabios, artistas..., parece que forman selvas; nosotros los vemos aislados, y ellos estaban juntos; y para abarcarlos entonces era necesario mirarlos desde el cielo *(Muy bien, muy bien)*.

Pero os diré más: esa epopeya fué tan granre, que sólo podrían cantarla el cielo y el infierno; el cielo, para premiarla con un mundo; y el infierno, con un rugido de impotencia, que, aun estando decadentes, todavía la persigue como si temiera que volviéramos a ser grandes *(Aplausos prolongados)*.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Princesa en junio de 1912).

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

I

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN

Saludo a la concurrencia

Señores: Al subir por primera vez a este sitial, dos sentimientos dominan mi espíritu; uno de gratitud y de pesadumbre el otro. El de gratitud para vosotros, los jóvenes valerosos, que deseáis poseer la cultura verdadera; y el de pesadumbre para mí, por la grandeza de esta cátedra, la magnitud de esta empresa, aparte el estorbo que me ocasionan mis múltiples ocupaciones y la imposibilidad material en que me ponen a menudo mis enfermedades. Por todas estas causas, yo no podré venir aquí con aquella frecuencia que la explicación de estas lecciones supone, pero sí enviaré escrita mi conferencia para que algún amigo de esta casa os la dé a conocer.

Por otra parte, un júbilo grande, que se ha posesionado de mí, se sobrepone a esa pesadumbre; y es el júbilo que me produce la creación de esta Academia Universitaria Católica; con más aquel que me daré yo al estudiar la Historia de la Civilización que, como es natural, lleva incluída la de la Barbarie.

Es, por otra parte, una empresa de gigante acometer el estudio que me propongo hacer; porque, con la Historia de la Civilización, no podrían una legión de titanes, pues ella es como una cordillera de plomo, que aplastaría al osado que intentara dominarla.

Pero no podéis negar la grandeza que representa el hecho de acometer el estudio de las leyes generales de la Historia de la Civilización en todas las naciones; y tras esa grandeza me oculto yo, para que así no se vea mi pequeñez, y sí sólo la magnitud de la empresa.

Modo de surgir las Universidades

Esta concurrencia que aquí veo, me entusiasma y cerciora en mi idea de que las instituciones

de verdadera trascendencia para la vida social no se crean ni fabrican *a priori*; que aquellas instituciones de eficacia verdadera se manifiestan, no se crean.

Así sucedió con las inmortales Universidades de cultura europea, esos vagidos de la ciencia, esos grandes monumentos del saber de los pasados siglos, en que, no existiendo recintos capaces de contenerlos, tenían que poner las cátedras en la plaza pública.

De ese modo poco aparente, de esa manera pobre y humilde, empezamos nosotros en esta Academia; reuniéndose un día varios jóvenes generosos, y llevando a cabo su propósito, comienza a funcionar la Universidad libre. ¡Ah! ¡La Universidad libre! esto es otra prueba de mi regocijo.

Porque la enseñanza debe ser libre; pocos días ha, nuestro Obispo lo manifestaba en el Senado, combatiendo así el monopolio docente del Estado. ¡Del Estado libre! Notad, señores, la contradicción: ese Estado, que comienza asegurando no conocer nada, que nada sabe de los grandes problemas que al hombre y a la sociedad se re-

fieren; él, que no admite ningún principio fijo, ni religioso, ni moral, ni jurídico, él, se convierte en pedagogo, monopoliza la enseñanza y no consiente que nadie comparta con él esa tarea.

Quiénes son los maestros

Los maestros por derecho natural y por derecho divino, son los padres y la Iglesia; los primeros, por prescripción de la naturaleza; la segunda, por concesión de su divino Fundador, cuando la dijo: *Docete omnes gentes*. ¡Esos son, pues, los dos únicos que tienen la misión de enseñar!

Aquí, en este centro, profesamos la doctrina de que la escuela debe ser una prolongación de la familia, y la Universidad continuación de la escuela; y que al Estado no le queda otra misión que fomentarla, cuando la sociedad no puede, por sus propios medios, desenvolverla.

No tiemblo por el porvenir de esta escuela, fundada sobre tan legítimas bases.

El jacobinismo francés llega en sus absurdos a negar la facultad de enseñar a los padres, pero es para así llevar a los hijos a que les eduquen en

las sectas, a fin de contar con soldados con que seguir combatiendo a la Iglesia de Dios.

Centros de enseñanza

Pero es inútil que el anticlericalismo quiera vencernos, porque no necesitamos de centros ni de liceos; nos bastan las plazas públicas para sembrar nuestras doctrinas, del mismo modo que a Dios le bastó la nube y el Sinaí, cuando nos dió el Decálogo, regla de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad; del mismo modo que Cristo no necesitó centros docentes, para dejarnos en el Sermón de la Montaña la expresión más viva de la caridad cristiana; del mismo modo que no necesitó más que el Calvario para anegar al mundo de amor *(Aplausos)*.

Señores: una sola vez desarrolló Jesús su doctrina en el templo, y fué para disputar con los doctores *(Grandes aplausos)*.

. . . .

Refutación del positivismo

Pero es ciencia la Historia que, aunque así se llama (experimental), poco tiene que experimentar; a nada queda reducida, a poco que se descubra la corteza.

Aseguran ellos, los partidarios de esa doctrina, que no hay más método que el experimental; pero, como esto no es un axioma, cabe preguntarles: ¿cómo lo probáis? Para ello tienen que valerse de método no experimental, contradiciéndose en el principio *(Aplausos)*.

¡Refutad el sistema contrario, que admite lo vuestro y lo completa y complementa; que, al hacerlo, usaréis un método que no es el vuestro y os negaréis a vosotros mismos! *(Grandes aplausos)*.

Les queda, pues, como razón, el porque sí. Pero esto no es fundamento científico.

¡La fuerza y la materia!, dos universales. ¿Cómo queréis sacar de ahí la materia en concreto? *(Aplausos)*.

Pero hay también que combatirles en su principio: si no hay más método que el experimental, la Religión, la Metafísica, lo suprasensible, no constituyen ciencia. ¡Ah! Es que a esta conclusión, era a la que deseaban llegar. Es que no otra cosa desean sino negar lo sobrenatural. Mas el castillo ellos se lo fraguaron, la consecuencia cae sobre ellos mismos; porque si la ciencia es una sucesión de fenómenos, como todo tránsito supone pasar del no ser al ser, ¿existe o no una causa productora de ese paso?

Y en entrambos casos quedan presos en el principio de contradicción.

Queda todo reducido, pues, en último término, a una creación sin creador; ¡a la nada convertida en ser que produce algo! *(Aplausos)*.

No puede haber cambio sin algo que cambie. Si el mundo es una serie de fenómenos, caemos en el absurdo si no admitimos el Creador. Quedarían esos fenómenos convertidos en sombras; más aún, en sombras de sombras.

Pasan, esos partidarios de la teoría que combatimos, de la potencia al acto; se quedan con hechos que son fantasmas; ¡ni aun se les puede

comparar con la película de un cinematógrafo, pues no tienen ninguna realidad!

¡La nada queriendo ser! *(Aplausos)*.

Sucesión de las teorías experimentalistas

Del experimentalismo, de esa cadena, mejor diré, de esos anillos sueltos de hechos, vino a pararse al fenomenismo; de ahí se pasó al idealismo; del idealismo al subjetivismo, y hoy al socialismo, que viene a ser algo así como afirmarse a sí mismo; ni eso, porque sería preciso conocerse a sí mismo, y al objeto externo; queda, pues, sin nombre, ¡es la hipocresía de la nada!

Así fué como llegamos del experimentalismo al neokantismo, la escuela más inútil que se conoce.

Al hablar de la Historia, tenemos que hablar de esta doctrina.

La escuela kantiana

Kant afirma que el conocimiento sensitivo de lo universal viene de dentro, y lo singular de fue-

ra. Toda su doctrina es una arbitrariedad, pues la razón humana no empieza por la intuición, sino que su primera función es discursiva.

Un grande apuro es el en que se encuentra esa escuela, al afirmar que nada sabe de nada y al llamarse ciencia; pues ¿qué clase de ciencia es esa que no sabe explicar los conceptos y las cosas, cuando es lo único que tienen que explicar las ciencias? *(Aplausos)*.

Kant no cree en la razón, pero cree en los resultados de su crítica. Que el hombre es la medida de las cosas. ¡Curiosa proposición!

En esto se parece a Copérnico; que si éste puso el centro del sistema planetario en el Sol, cuando creían que estaba en la Tierra, Kant puso todo el centro social en sí mismo. ¡Con otro Copérnico como él nos disolvemos como sociedad! *(Aplausos)*.

No comprendió nunca Kant el principio de causalidad; no creyó en la existencia de Dios. Su supuesto, del que partía en sus investigaciones científicas, era el subjetivismo del espíritu.

Los agentes de la Historia

Señores: los agentes de la Historia son Dios y el hombre. Kant no conocía la ciencia que criticó, y como a él les pasa a todos esos que siguen su escuela, por no venir a navegar por las clarísimas aguas de la cristiana.

Leibnitz hablaba de la filosofía perenne; y ésta es la cristiana, que en la Edad Media se mantenía firme, pero escueta como una roca; que más tarde se alzó como un palacio de hermosura deslumbrante, y que hoy puede enriquecerse y modelarse más aún.

En la filosofía cabe progreso

Creo que la dialéctica aristotélica puede reformarse. Están en un error esos escritores católicos que creen que la filosofía y aun la teología están acabadas. ¡No, ni lo estarán nunca, por ser copia de un arquitecto eterno!

Si Santo Tomás viviera hoy, escribiría una nueva *Summa,* más vasta, más amplia, más com-

prensiva que la del siglo XIII; que no es la ciencia católica una laguna de aguas fijas, que se desborda con una gota más.

¿Qué es el universo mundo sino una sombra? ¿Cómo hemos de comprender nada de él sin remontarnos a la causa? Y ésta, ¿cuándo la conoceremos? Ni un solo átomo, reflejo de la omnipotencia del Creador, abarcaremos completamente, pues todo es copia de un arquetipo eterno. Para ello será preciso disponer, en este mundo, de la ciencia; la visión nos está reservada para el cielo *(Grandes aplausos).*

Cabe, pues, un progreso inmenso y nunca agotado de la ciencia católica. Pues el progreso se reduce a descubrir verdades no conocidas, a deducir nuevas consecuencias, a relacionarlas de manera nueva; y estas operaciones no están agotadas ni lo estarán nunca.

Podremos invitar a los librepensadores a rebatir esas nuestras manifestaciones; a ellos, que están ligados por una cadena que les ahoga; la del dogma.

Valladar para la libertad de enseñanza

Por desgracia, hace años que la cátedra no tiene esa ligadura, y estamos tocando las consecuencias, la pobreza y ruindad de nuestras disquisiciones científicas. ¡Aun dentro del error mismo, no han adquirido aquella grandeza o novedad que las hicieran capaces de pasar la frontera! *(Aplausos)*.

¡Niegan a Dios y están condenados a esterilidad! Me hacen el efecto de una mosca que se quejara de falta de libertad en la Catedral de Toledo! *(Risas y aplausos)*.

En cambio, señores, los grandes atletas del espíritu pasan por ahí, pasan por nuestras cátedras. Desde Cristo acá, en su Iglesia bendita; desde Cristo atrás, por los patriarcas y profetas, hasta la Creación.

Lumbreras católicas

Balmes ya dejó dicho que la Religión es la Filosofía de la Historia.

Y no es discutible que la escuela católica tiene cuanto de grande tiene la ciencia. Secchi — no dirá nadie que era obscurantista estudiando al sol, — Pasteur, a quien vi en Misa, con su devocionario, como si a través de él descubriera los grandes arcanos científicos y pareciendo la estatua orante de la ciencia... *(Grandes aplausos y bravos y vivas)*.

De Maistre, que profetizó que del escaso y superficial estudio se va al materialismo; pero que, el día de la plenitud, la Iglesia y la verdad adquirirían un nuevo brillo en el mundo.

Por ese camino vamos. El ciclo del error va recorrido y vuelve a su primer punto de partida.

Todos debemos ir por ese emprendido camino.

Acción de la Iglesia en el mundo

¡Ah, negar a la Iglesia su acción sobre el mundo, es desconocer la Historia! A la caída del Imperio romano, con los restos que quedaron, con la avalancha bárbara y con los elementos in-

dígenas, la Iglesia, a manera de misteriosa abrazadera, constituyó las naciones.

Esos espíritus superficiales no comprenden la importancia de esa acción. No consideran que la Iglesia tomaba sus miembros de esos elementos componentes, entre los que aun quedaban la cloaca pagana y la muchedumbre bárbara. ¡ Y sin embargo, en pocos siglos, del V al XI, transforma al mundo!

¡Los que antes eran guerreros bárbaros son ahora los cruzados, esos caballeros andantes de la virtud y del honor, pasmo de la Historia! *(Aplausos).*

Y sobre todo, la unidad moral que consiguió hacer, presidió al mundo. Con su Decálogo, con su Símbolo y con su Sermón de la Montaña, unió las almas, los entendimientos y los corazones, posesionándose de todos, ocupándolo y mejorándolo todo al descender de la altura en que estaba con su unidad espiritual.

Entonces alzáronse de la cloaca los miasmas y surgió la protesta.

El protestantismo

Este es el intérprete de la Religión; la crítica precediendo a la fe. El hombre, constituyéndose en centro y haciendo a Dios objeto de su crítica. Planteóse el litigio entre un intérprete no adecuado y la cosa interpretada, dejando mal parada la autoridad religiosa, y consiguiendo hacer fuente de discordia en esas verdades.

Se proclamó luego la revolución religiosa con la autonomía de la razón, llegando, en los siglos XVII y XVIII, a establecerse las relaciones del orden natural con el sobrenatural, planteando el problema del materialismo entre la razón humana y Dios, viniendo a parar en la negación de Dios, puesto que no admitían la dependencia de El.

Se procedió luego a querer explicar el Universo por la evolución, sancionando que lo menos produce lo más; engendrando mineralmente la vida.

Por último, se llegó a este término increíble: el hombre es sucesión de las demás especies;

entre el hombre y las bestias no hay diferencia. ¡El bestialismo como consecuencia de haber hecho al hombre Pontífice y Dios!

. . . .

Los videntes de la Historia

Laínez anunció la revolución del siglo XVIII y del XIX cuando vió el predominio de las doctrinas filosóficas, hijas de la Protesta.

Donoso Cortés previó que un Bonaparte concluiría con la revuelta francesa del cuarenta y ocho, y luego, cuando vió la realización de la unidad italiana, anunció la otra unidad del Rhin y la conclusión de la francesa.

Relaciones entre los hechos y la Historia

Tienen, además, los hechos, una relación de dependencia y otra de contrariedad, que ayuda a explicar la Historia. Así la lucha en los siglos XVI y XVII entre la Protesta y la Iglesia, explica y es como la premisa de los posteriores hechos que todos estamos tocando.

Ahora bien; como todo eso es mucho para un solo curso, se tendrá que abreviar y resumir; además, muchos días no podré venir, y enviaré la conferencia escrita, que tiene, por otra parte, la ventaja de poder precisar mejor conceptos e ideas, a veces rebeldes a la manifestación de la palabra.

Resumen

En resumen: ya que no pude asistir el día de la inauguración, como era mi deseo, hoy aprovecho esta ocasión para dirigiros un saludo, el más entusiasta, que os anime a seguir en vuestros trabajos.

Y aunque yo no necesito hacer profesión de fe, porque toda mi vida la he dedicado a defender la Iglesia católica, conste que, por encima de todo interés, por encima de todos los conceptos, someto mi inteligencia y mi voluntad a la Iglesia católica en toda su integridad; y si algo hubiera, que creo que no, en mis doctrinas, que no ya contradijera, sino que se apartara de la Iglesia, será indeliberado, y, desde ahora para siempre, lo doy por no dicho.

En estos tiempos del modernismo, que es la herejía más sutil, más perversa, que es la síntesis de todas las herejías; que se desliza por el Crucifijo para llegar a introducirse en la llaga sacratísima y morder allí... *(Aplausos atronadores)*; en estos tiempos, digo, afirmo resueltamente que la Religión es objetiva, pues es relación del hombre con Dios; que tiene un órgano de interpretación infalible, y que una prueba de su divinidad y de su infalibilidad está en los años que lleva luchando con sus enemigos, sin perder ni variar. Todas las instituciones humanas tienen modificaciones, sufren cambios; ella sola se mantiene enhiesta y tranquila, aguantando impávida y serena los ataques de los nuevos picapedreros de la religión, sin conseguir sojuzgar ese fuerte inexpugnable donde habita la divinidad.

Y lo mismo en el orden social que en el político, todos se juntan, todos aúnan sus esfuerzos para combatirla, no consiguiendo sino hacer patente cómo desisten de sus mutuas discordias cuando se trata de luchar con la Iglesia. Y mientras tanto ella, viviendo tranquila en su espléndido aislamiento en la Historia. Por eso es ella

la verdadera poseedora de la verdad. ¡La unidad imponiéndose a sus enemigos, que sólo la tienen cuando se trata de combatirla!

Hace dos mil años que no lo consiguen; por eso, cuando mi lengua quede muda, cuando ya no pueda esgrimir la pluma, mi última mirada será para el Crucifijo, expresión del amor y de la fe *(Ovación indescriptible)*.

(De una conferencia (muy extractada) que pronunció en la «Academia Universitaria Católica», el día 13 de noviembre de 1908).

II

La secularización y el bestialismo

Señores: El estado de mis nervios impone reposo a mi lengua, pero el deseo de corresponder a vuestra bondad pone movimiento a mi pluma.

Debiera empezar hoy estudiando el concepto de la Civilización, investigando sus leyes y caracteres, el origen y el fin de la sociedad, y después,

como la ascensión de lo imperfecto a lo perfecto, guiada por un orden preestablecido, fijar en sucesivas conferencias la idea del Progreso, medio necesario para que la civilización se alcance; analizar la idea de la evolución enroscada todavía, como la serpiente paradisíaca, al árbol de la ciencia contemporánea; partir sus anillos con la espada de la dialéctica y el martillo ensangrentado de la pasión, para mostraros, finalmente, los muros de las dos ciudades que se reparten los dominios de la Historia: una, iluminada con los resplandores celestes del ideal cristiano; otra, con las llamas de todas las pasiones, como saliendo de un cráter del infierno para tomar posesión del mundo después de abrazar la Cruz.

Así aparecerían, de un lado, las sociedades modeladas según el Símbolo, el Decálogo y el Sermón de la Montaña, y, del otro, los que los desconocen o los niegan; el naturalismo pagano, que adulteraba con el panteísmo y el dualismo oriental y el politeísmo occidental el depósito de las verdades religiosas primitivas, conservadas en la Sinagoga, que fué la Iglesia antigua; y el neopaganismo apóstata, fraguado por la Protesta, el

Enciclopedismo, la Revolución, el Racionalismo y el Positivismo de la Edad Contemporánea, que llega a esta consecuencia, que hubiera sublevado a los mismos pueblos paganos asentados en las tinieblas del error, pero no de la impiedad, que ignoraban pero no odiaban a Jesucristo: romper toda relación con la divinidad, negándola y declarándola inaccesible a la razón y a la voluntad humana, es decir, arrancando toda idea religiosa, primero del Estado, después de la sociedad, y, por último, del individuo, secularizando la vida entera, desde el nacimiento hasta la muerte, para que, en vez de la oración, del reconocimiento y del amor, se levante de ese mar muerto de la conciencia humana el vaho de una inmunda blasfemia que provoca la ira del Cielo como en las ciudades degradadas de Pentápolis.

Entonces os mostraría, con la claridad de la evidencia, que la negación de los deberes religiosos individuales y sociales supone la negación de Dios, que no existe si no tienen con él relación de dependencia y de finalidad los hombres.

La negación de Dios supone el monismo panteísta para explicar el origen y la variedad de

los seres. El monismo implica, como desarrollo fatal de un todo único y absoluto, o la evolución de la materia y de la fuerza primitivas, el determinismo, que niega la libertad, reduciéndola a un consiguiente necesario y antecedentes inevitables, o la adaptación forzosa a un medio irresistible, la negación de la libertad, la del orden moral y la de la persona humana; aún más, la negación de la libertad arguye la de la inteligencia, porque el que no puede elegir, es porque no puede deliberar; el que no puede deliberar, no puede juzgar; y el que no juzga, no piensa; y como el ser que es libre y no piensa, pero se mueve y siente, es un mal, la lógica, juntando el primero y el último eslabón del epiquerema, después de haber mostrado todos los intermedios que los enlazaban, deducirá esta conclusión que los cierra: secularizar equivale a animalizar. No se puede renegar de la Religión sin asesinar la razón. Si el ateo no fuera el supremo ignorante, sabría que no puede blasfemar sin escupirse.

La Religión, por el conocimiento de lo suprasensible y de lo sobrenatural que supone, y por la práctica de los deberes que ligan al ser finito

con el infinito, comprende todas las diferencias psicológicas que separan al hombre del animal. Por eso la negación parcial o completa de la Religión conduce a esta oprobiosa consecuencia: el hombre es un animal perfeccionado, y el animal un hombre imperfecto; entre los dos hay diferencias de estado, pero no de naturaleza. Es decir, que la impiedad reniega de los dogmas religiosos para establecer éste en que se encierra ella misma: el bestialismo, la identidad del animal y el hombre.

Esta es la razón de que la historia de todos los sistemas filosóficos y de todas las ideas religiosas que han pasado por el entendimiento de los hombres, llegue en último extremo a esta disyuntiva inexorable: o Teología o Zoología. No hay término medio. Hacia Dios o hacia el polvo. Volar o arrastrarse.

Y como ya os he indicado en la primera conferencia, que entre toda la inmensa variedad de hechos que abarca la Historia hay uno en que convergen, porque es el primero de los hechos sociales: la naturaleza humana; es imposible que el concepto que de ella se tenga no influya

en los demás y que las leyes de conjunto estén en oposición con las leyes psicológicas y morales del hombre; porque no puede tener el todo propiedades contrarias a las esenciales de sus partes.

Así esa misma ley que lleva al hombre, según la doctrina que le dirija, a las elevaciones de lo sobrenatural o a las degradaciones de la bestia, imperará sobre los pueblos, que, según reine Epicuro o Jesucristo, irán hacia un muladar o hacia un Edén. En otras lecciones, partiendo de los conceptos primeros, lo demostraré filosóficamente: hoy quiero alterar el orden y ofreceros la demostración *a posteriori*, en una visión sintética de la Historia mirada desde una sola ley y que pueda considerarse como un capítulo de Filosofía de la Historia.

Las dos unidades

Dos unidades gobiernan al mundo, por presencia o por ausencia, por armonía o por lucha: la unidad religiosa o moral, que es interna, y la unidad de la fuerza, que es externa. El origen

de la unidad interna y de sus formas, sus alteraciones por la culpa, el perfeccionamiento por su autor, la ruptura por el orgullo, el castigo por las consecuencias de la ruptura, y la restauración después del castigo, forman la historia del espíritu humano, porque todo lo que no es ella por ella se explica.

La unidad de la fuerza, unas veces sometida a la unidad interna, otras sublevada y otras dominante y queriendo sujetar por fuera lo que se ha roto por dentro, y acabando siempre por disolverse en la impotencia, es la Historia de todas las Revoluciones y de todas las tiranías, la caricatura del error, queriendo reproducir con sus sombras el edificio de la verdad, no haciendo otra cosa que marcar mejor sus contornos.

. . . .

Los tres capítulos de la Historia

La Historia no tiene más que tres capítulos: la unidad interna en sus distintas categorías de conocimiento y de práctica, la anarquía en sus diferentes grados y formas de disolución, y la

unidad externa en sus diferentes clases de opresión. Pero la unidad moral, que existe al principio, que adulterada y combatida existe siempre en el medio, brilla también al final; la Historia, como el hombre, viene de Dios y va a Dios, y El tiene el centro, que es el Calvario, quedando a los lados de esa cadena de hechos la libertad humana, para torcer los anillos y romperlos, y sustituir los de oro por los de hierro, pero sin lograr nunca cortar el hilo invisible que los enlaza y que fué anudado en la Encarnación del Verbo, que juntó sin confusión y unió sin separación lo finito y lo infinito, asumiendo la Humanidad en compendio eminente todo lo creado en la Divinidad que es su causa.

La persona de Cristo es el centro universal. Toda la Historia va hacia la Cruz o de espaldas a la Cruz; pero a la Cruz hay que mirar siempre para fijar su dirección y las cumbres a que llega y los abismos en que cae.

. . . .

La ley de las invasiones. — Castigo de las civilizaciones corrompidas

Los cuatro imperios orientales demarcados entre el Éufrates y el Indo, que adoraban el vicio en el culto de Militta, se invaden mutuamente, derribando los más sanos a los más corrompidos, que caen bajo la espada vencedora entre llamas y meretrices, como el primer imperio asirio, y en una inmensa orgía como el de Babilonia, hasta que el de Persia, el más viril, los reúne a todos bajo el cetro de Ciro, y, presa a su vez de la molicie oriental, no tarda en caer amortajado en la púrpura de Alejandro; y cuando el triunfador muere desvanecido con los vapores orgiásticos de Babilonia, sus generales se reparten las piezas de su armadura, porque no hay ninguno capaz de soportarla entera, y, con una anarquía de ambiciones impotentes donde no hay más unidad que la infamia, facilitará el paso de las legiones de Roma para que acampen sobre sus despojos.

En Grecia, Atenas, artista y sensual, cae bajo

el doble cetro de la férrea Esparta; y cuando Esparta se rebaja con la influencia enervante y seductora de Atenas, la domina la ruda Beocia; y cuando el genio que acaudilla la fuerza de Beocia la deja huérfana de unidad, Macedonia, que la posee y que es más inculta aún que Beocia, pero que se conserva más sana que todos los demás Estados helénicos que apenas la quieren reconocer como de la propia raza, los avasalla a todos con poco esfuerzo y sin que se oigan más protestas que los lamentos de un tribuno, que se encarga, sin pretenderlo, de pronunciar la oración fúnebre.

Cuando la púrpura macedónica, extendida desde Atenas hasta Babilonia, sirve de dosel al cadáver de Alejandro, que tiene los funerales sangrientos que él había predicho, y la corona dejada al más digno no encuentra cabeza que ceñir, Roma, que tiene todavía más de la sencilla rusticidad primitiva que de la cultura helénica, emplazada por la Providencia, acude a la cita, y Grecia y Asia caen arrodilladas a sus pies.

Pero llega una época en que el altivo patriciado romano y la plebe elevada a su altura sobre

el pedestal común de los esclavos, se embriaga con los perfumes de Oriente, duerme en los pensiles de Grecia, abandona los arreos militares y se pasa la vida entre Venus y Baco, bañando el cuerpo fatigado en las termas y el alma epicúrea en la sangre de los circos.

El último triunvirato había acabado ya con la degradación de Antonio en el lecho de Cleopatra, donde más que en Accio tuvo digna cuna aquel Imperio, que, con pocas excepciones, pareció una procesión de lobos vadeando ríos de sangre. En sus márgenes celebraron festines capaces de arruinar un reino los Lúculos y Heliogábalos, mientras debajo de sus plantas gemían la virtud en las catacumbas y la libertad en las ergástulas, hasta que, llena la copa de las abominaciones, como en las ciudades de Pentápolis, a un soplo de Dios irritado se estremecieron las selvas de Germania, y dieron a luz un ejército de tribus bárbaras que subió sin fatigarse los Alpes blandiendo la lanza que atravesó el pecho de Roma.

Cuando cayó en el suelo su cadáver, tembló el mundo. Providencialmente había sido partido antes el cuerpo en dos mitades, para evitar que,

si caían juntos, les sirviese Europa entera de ataúd.

. . . .

La Revolución Francesa

Francia la llamó (a la revolución) con un clamor tan fuerte que parece que Sodoma y Grecia y Roma, decadentes, se habían juntado para prestarle sus acentos. Y llegó como una noche funeral que borró del cielo el sol y de las almas la virtud; y cuando empezó a amanecer el orden, el mundo vió con espanto sobre un mar de sangre una isla de esqueletos y de escombros, sirviendo de pedestal al cesto de la guillotina, que había suspendido su tarea porque no tenía más cabezas ilustres que segar.

Allí estaba la de Luis XVI, que representaba la autoridad; la de Andrés Chenier, el arte; la de María Antonieta, el amor martirizado; la de la princesa Isabel, la virtud; la de Lavoisier, la ciencia; y, elevada en una pica, la de Lamballe, que representaba la hermosura; y también estaban allí las de los verdugos, que, no teniendo ya

a quien matar, se degollaron unos a otros, los moderados y los jacobinos. Sólo faltaba una cabeza, que debió aparecer en la escena al representarse la tragedia y que la muerte se llevó demasiado pronto, la de Voltaire, el viejo sin ancianidad, que tenía en el cesto fúnebre su puesto para hacerse a sí mismo su última mueca.

La revolución no se ahogó en la sangre del clero, de la nobleza, del pueblo, de la monarquía, ni de sí misma; se ocultó un poco, afrentada con el asombro de los demás; pero después asomó la cabeza ensangrentada y ganó a nado la orilla del Poder y en el Estado fijó su domicilio público, sin abandonar los secretos que ama tanto. Unas veces tomando la forma de Nerón y de Herodes, y otras la de Pilatos y Juliano, se ha extendido por el mundo y ha penetrado como un aire viciado en los pulmones de Europa. Antes podían señalarse los focos de infección y demarcarlos; hoy está envenenada la atmósfera. ¿Cómo podrá sanearse?, con una cosa cuyo solo nombre produce convulsiones a la impiedad: ¡con incienso!

¿Le quemará Europa en el altar, postrándose

de rodillas ante la unidad religiosa y moral personificada en Cristo? Es más fácil que queme el altar y que se adore a sí propia. Hoy los Estados son ídolos con culto interno, porque se adoran a sí mismos.

. . . .

¿Se querrá contestar con la unidad de la fuerza pública? ¡Pero si está variando de sitio! El servicio obligatorio de una supuesta democracia providencialmente estúpida, coloca las armas en las manos de la muchedumbre sublevada para que fusile mejor a una sociedad que vacila sobre los sillares quebrantados de sus cimientos. Que lo oiga bien esa burguesía escéptica, médula del régimen parlamentario, que ha propagado la impiedad y ha roto la unidad moral del pueblo, creyendo que, al envilecer su alma, iba a cabalgar cómodamente sobre su cuerpo, manejándole con las riendas del Poder y alimentándole con los despojos de su riqueza, que antes fué de la Iglesia y de los pobres... ¡que lo oiga bien! La huelga de los soldados será la última huelga. Entonces el orden material, sin lazos con el Cielo, rodará, como un alud que desploma la tormenta,

desde la cima del Estado hasta las llanuras sociales, aplastando todo lo que defendía. Una nube de ceniza pasará por el horizonte girando en largos torbellinos, semejantes a los pliegues del manto de la muerte; las llamas, asomándose entre los escombros, señalarán el camino que va recorriendo el exterminio acompañado de rugidos y lamentos, y, al extinguirse las últimas hogueras como cirios apagados en charco de sangre, vendrá la noche, la terrible noche, extendiendo sus crespones sobre cementerios habitados por el silencio y que fueron espléndidas ciudades; y allá en el confín de las sombras, como una línea siniestra, centelleará satisfecha la roja pupila de Luzbel.

. . . .

El peligro amarillo

¿Y dónde estará esa barbarie, providencialmente dispuesta para marcar con el hierro la frente de un mundo apóstata que reemplazó la Cruz con el signo de la Bestia? Allá en Oriente, la tierra de los prodigios, fuente primera de las

invasiones germánicas y musulmanas, hay un pueblo al que Europa comunicó su cultura externa, pero no la civilización interior, la fe y la moral que a ella le falta y que se ha puesto ya en movimiento hacia Occidente. Un día su cultura y sus armas se extenderán por la inmensa China, siglos y siglos amurallada, como si esperase la orden de romper su propio cerco y entrar en la historia general con la suya solitaria, larga y monótona como sus torres de porcelana.

Y entonces el pueblo, dotado de admirable aptitud para las artes mecánicas, que funde su vida privada en la pública, y la pública en una vaga idea religiosa que no tiene fuerza para levantarle de la materia, hacia la que gravita su alma utilitaria, cruel y sanguinaria hasta haber secado el sentimiento de la maternidad, estableciendo el asesinato legal de los hijos para impedir con una economía malthusiana el crecimiento de la población, se agitará como un Océano; y si el Mikado y el hijo del cielo se funden en una persona, no se necesitará más que un Gengis-Kan que surja de la estepa, un Tamerlán con cañones de tiro rápido que dé la orden de avanzar,

y 400 millones de seres humanos, sacudidos por una corriente eléctrica que los haga despertar de la inercia del opio, atraídos por el colosal botín de una civilización espléndida deshecha, el mar de la raza amarilla empezará a lanzar sus olas; y si la muralla eslava, muy quebrantada con los explosivos nihilistas, se rompe o es empujada sobre el castillo germánico, se desatará una corriente asoladora, ante la cual parecerá un arroyo la que atravesó el Imperio romano y crujirá sobre sus cimientos Europa anegada.

La obra que empezaron los bárbaros de dentro, la completarán entonces los bárbaros de fuera. Chocarán hasta deshacerse las clases y los pueblos, y parecerá que las cordilleras se levantan de sus asientos de granito para tomar parte en el combate. La civilización está entre dos peligros: el peligro social y el peligro amarillo. ¿Sabrá evitar los dos? Yo creo que no evitará ninguno.

. . . .

Dos unidades

Esta es la explicación sobrenatural y teológica de por qué la ley histórica de compensación entre la civilización y la barbarie se cumple rigurosamente.

Y esa ley, que es un capítulo de la verdadera Filosofía de la Historia (que completa está todavía por escribir), tiene su fundamento en otra ley sociológica de que no es más que la expresión sucesiva al través de los siglos, y que, como todas las de su estirpe, tiene sus raíces en la Psicología y en la Teología.

No hay sociedad sin unidad, y no hay más que dos unidades que puedan ligar a los hombres : la interna y la externa, la moral y la física ; porque a los hombres sólo se les une por los cuerpos o por las almas, si no se les junta por los dos lados a un tiempo. Si no existe la unidad moral, tiene que existir la unidad física ; porque, si no existe ninguna, los hombres están dispersos. Hasta para estar en guerra necesitan unirse los unos contra los otros.

La unidad externa puede coexistir con la interna cuando cumple su deber de ser su sierva ; pero, si quiere ser señora, la unidad interna muere, porque es una reina que sólo puede vivir en el trono.

No hay más unidad interna que la que liga a los hombres por sus facultades superiores, por el entendimiento y la voluntad, o determinándolas más, y, en lo que se refiere a sus acciones, por la conciencia y el corazón. Ligarlos por las facultades inferiores sensitivas y vegetativas de la vida orgánica, sería el vano propósito de formar sociedades animales con seres racionales, sin tener en cuenta que la inteligencia disminuye el instinto y la libertad hace imposible su rigidez inmutable.

No hay más manera de ligar la conciencia y el corazón que por medio de una creencia y de una moral, de un Símbolo y un Decálogo. Pero si la creencia y la moral son dependientes de la razón individual que las custodia y las intrepreta, la razón individual es independiente del Símbolo y del Decálogo, porque son ellos los que dependen de la razón.

El conocimiento y la interpretación serán variables con la capacidad, la cultura y la rectitud de los intérpretes, y entonces surgirán creencias e interpretaciones opuestas que, tratando de prevalecer las unas sobre las otras, producirán la lucha; y como no es posible incomunicar el entendimiento y la voluntad, ni partir de un tajo la persona humana para que estén quietos los cuerpos mientras están en guerra los espíritus, las ideas se convertirán en hecho y estallará la discordia; pero como la ley de la unidad interna es esencial, perseguirá a los que la niegan, y, para proclamar su verdad sin quererlo, los fragmentos del error que se reconozcan semejantes se agruparán en sectas y se condensarán en partidos antitéticos, que se excluirán unos a otros en nombre de sus Símbolos y de sus Decálogos.

La guerra será el hecho común que terminará, o por la victoria de la agrupación más fuerte, que, olvidándose de su libre examen, impondrá su creencia y su interpretación, o por un armisticio seguro de paz precaria.

Lo primero será la unidad de la coacción externa de la fuerza sustituyendo a la moral inter-

na; y lo segundo, como es un pacto entre creencias, dejará como residuo la indiferencia, el escepticismo, que acabará con todas las creencias. La duda ocupará el lugar de la fe, la corrupción el de la moral, y la barbarie interna surgirá.

La unidad de la fuerza externa imponiendo una creencia después de afirmar que la razón individual es su único intérprete, es contradictoria; y como la fuerza, separada de la ley moral, no tiene más ley que el interés, y el suyo no es el de los que oprimen, la guerra social terminará después de haber salido de la guerra religiosa y concluirá por perecer a manos de la barbarie.

Esto que la razón demuestra *a priori*, el Protestantismo y la Revolución, que es su consecuencia, lo han demostrado *a posteriori*, de tal manera, que cada miembro del raciocinio puede colocarse a la cabeza de un cuadro histórico.

Luego hay que renunciar a la unidad interna y proclamar el imperio de la fuerza, que es el de la guerra primero y el de la barbarie después, o hay que confesar que la unidad de creencias y ley moral, de Símbolo y de Decálogo, exige un custodio y un intérprete colocado por encima de

las variaciones de la razón individual en una autoridad que sea inmutable como la cosa interpretada, e infalible, para que de sus decisiones se ausente la duda.

¿Habrá necesidad de dar el nombre a esa augusta y sublime fuerza de unidad social?

¡Siempre que las pasiones callan y se piensa hacia arriba, se llega a la Iglesia Católica!

(Fragmentos de un discurso leído por el Sr. Martínez Kleiser en la «Academia Universitaria Católica», el 26 de noviembre de 1908).

FRANCISCANISMO

FRANCISCANISMO

San Francisco en España. — El espíritu franciscano es un injerto sobrenatural en España. — Las grandes empresas franciscanas. — Lulio, Colón y Cisneros.

San Francisco viene a España, porque la que ama tanto a la Iglesia, tiene que ser amada por él. La que sostenía las cruzadas de Occidente, más venturosas que las de Oriente, no puede dejar de recibir el aliento del que se llamó el segundo Cristo, el Cristo de la Edad Media; y San Francisco de Asís llega al suelo español y penetra por Navarra en el momento que la Religión heroica estaba todavía agitada por la gloria militar, porque han venido polvorientos y victoriosos de las Navas los escuadrones de Sancho el Fuerte. Llega en el momento en que está asegurada para siempre, con la confederación de los

Reyes peninsulares, la reconquista de Occidente; en que sólo falta que un terciario franciscano vaya a bañar su espada, teñida en sangre agarena, en las orillas del Guadalquivir, para preparar la conquista de Granada; llega cuando la Cruzada nacional ha pasado victoriosa por el Muradal y las colinas de las Navas, y viene el sencillo, humilde, ignorado, cubierto con mísero sayal, peregrino y apóstol a un tiempo; y los cruzados triunfantes no advierten que llega con él solo una cruzada más grande que la suya, cruzada espiritual, dirigida por un hombre, que camina a Compostela, la Jerusalén de Occidente, y penetra por el maravilloso Pórtico de la Gloria y va a postrarse ante el sepulcro del Apóstol para aumentar su obra y dilatar su apostolado.

Antes le había precedido su hermano Santo Domingo de Guzmán, el glorioso descendiente del Conde de Traba, que pudo hablar y albergarse con sus deudos, magnates y grandes, aunque muy pequeños ante la majestad de sus virtudes; pero San Francisco, que no conoce a nadie, habla con el pobre carbonero Cotolay, y se alberga en su choza, y le muestra el tesoro con

que levanta templo y convento, que será asilo de la virtud y relicario de amor patrio, y recorre el centro de España, Cataluña y Provenza y Palestina, porque quiere recorrer el mundo y abrasarle en las llamas de su amor *(Aplausos)*.

El amor franciscano es un injerto sobrenatural en el alma española. Por eso, desde San Francisco, parece que se multiplican todas las energías de nuestra raza, y por eso todas las grandes empresas llevan el sello franciscano. Aquel aventurero del ideal, aquella especie de glorioso Don Quijote de la Apologética y de la Teología, que se llamaba Raimundo Lulio, que, después de una vida agitada, cambia de objeto en sus amores, y, tomando armas unas veces de la Teología y Filosofía árabe, y otras de las Escuelas, y principalmente de su soberano ingenio y de la chispa que saltó a su corazón, del corazón de San Francisco, emprendió la cruzada maravillosa con el intento de fundar una Teología natural en que la razón sirva de preámbulo y explicación a las verdades más obscuras de la fe, que hoy mismo suministra, con los fundamentos de sus doctrinas, medios a la dialéctica cristiana para que pueda romper los

anillos de la serpiente evolucionista, enroscada, como la paradisíaca, al árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, en la sociedad moderna *(Grandes aplausos)*.

Y cuando España completó su obra, cuando, no cabiendo ya en el solar peninsular y mereciendo, por haber salvado a Europa de la barbarie musulmana y disponerse a librarla del fatalismo protestante de la predestinación necesaria que iba a empezar, el galardón supremo de la fe con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, ¿quién dirige las carabelas marcando con sus estelas un rumbo que cambia la Historia?

En el Pórtico de la Rábida, dos franciscanos, Frey Juan Pérez y Frey Antonio de Marchena, hablan una tarde a la puesta del sol con un Terciario Franciscano. ¡Hora memorable en la Historia en que aquel humilde Pórtico del convento se convirtió en el Pórtico de un Nuevo Mundo, por donde Europa va a América conducida por los hermanos de esta Orden! *(Grandes aplausos)*.

Y cuando, iluminados por constelaciones que no habían visto nunca los ojos europeos, y cuan-

do las ondas de mares, nunca surcados, levantan las gloriosas carabelas y las velas internas se agitan con el aura perfumada de un Nuevo Mundo, mirad bien y veréis que las cuerdas de esas carabelas son una prolongación del cordón franciscano que lleva el que las dirige *(Estrepitosos aplausos)*.

Queremos ir a Africa, cuyas costas nos invitan para que cerremos lo que entonces era un lago español: el Mediterráneo. Y ¿quién es el que a costa de su peculio sostiene la expedición, y conquista a Orán, y desde su mula dirige el asalto? No lleva más faja ni banda sobre el pecho que el cordón franciscano. El gran Cisneros, aquel humilde abad de Salceda, que ignoraba que había nacido emperador, él llevó en su sayal de franciscano el mundo que recibió de los Reyes Católicos y que traspasó, aumentado, al manto imperial de Carlos V; aquel que se dirigía a los nobles con fiereza, y con altivez, que hoy parece desusada, a los Reyes *(Aplausos)*. El más grande político de nuestra raza, el que dió el impulso a todas las grandes empresas políticas y religiosas; el que, como si presintiera la obra de desfi-

guración protestante, en lo que es la ejecutoria de la humanidad, en la Biblia, ideaba aquella portentosa *Políglota Complutense* momentos antes de que falsificara, con su traición, Lutero, la Sagrada Escritura. El gran Cisneros, el político mayor y más excelso que ha producido España; el gran conquistador y el gran descubridor del Nuevo Mundo, están enlazados por el cordón franciscano *(Aplausos)*.

CÓMO EL CORDÓN FRANCISCANO CEÑIRÁ Y SALVARÁ AL MUNDO.

Por eso el espíritu franciscano, que es de amor, salvará al mundo.

Ved la coincidencia: un Terciario ilustre que se llamaba León XIII, salió al encuentro del socialismo con una Encíclica famosa que mereció ser calificada por un gran economista, individualista y liberal, como el beso que daba Jesucristo a los pobres. Por eso yo creo que, aun cuando las olas de la impiedad avancen, no hemos de perder la esperanza. La Iglesia había domeñado

y sujetado las pasiones y las había encauzado, poniendo sobre ellas el deber y extendiendo en el mundo la caridad; y la revolución, que no es más que la reacción pagana contra Cristo, ha desatado esas pasiones, que se han convertido en un río de odio que con sus aguas negras, salpicadas de espumas sangrientas, va socavando los cimientos de las naciones, apartando las clases y los partidos y yendo a precipitarse en no sé qué abismos tenebrosos en donde parecen querer arrastrar hogares, tronos y altares *(Aplausos)*.

Pero cuando esas aguas lleguen a convertirse, por un diluvio de errores, en un océano, aquellos que en las horas de la negación impía y de las vacilaciones cobardes no hemos negado a Cristo; aquellos que le hemos confesado públicamente, en presencia de los poderes que le abandonan o que reniegan de él, tenemos derecho a esperar, porque, por mucho que suban esas olas, sobre la más alta estará siempre la nave que dirige aquel Piloto divino que sabe serenar los cielos y andar sobre las olas *(Estrepitosos aplausos)*.

Y cuando, después de la noche funeral que se acerca, venga el gran día; cuando las conse-

cuencias del mal se encarguen de ajusticiar a las premisas del error; cuando después del castigo llegue la hora de la misericordia, ¡ah!, yo tengo la firme creencia, la esperanza completa de que esa democracia y esa fraternidad divina que predicó San Francisco, llegue a imperar en el mundo; pero será cuando el cordón franciscano, el mejor conductor de la caridad, ciña el planeta como un Ecuador, y el Serafín de Asís se sirva de él para levantar la tierra y suspenderla de los brazos de la Cruz, para que la humanidad se abrace arrepentida al cuerpo ensangrentado de Cristo, y la diestra se desclave como en el cuadro de Murillo, y la oprima contra su pecho, a fin de que apacigüe, en la herida que abrió la lanza, la sed de los eternos amores *(Grandes y prolongados aplausos. Indescriptible ovación)*.

(Del discurso pronunciado en el templo de San Francisco el Grande, de Madrid, en mayo de 1914).

IGLESIA

IGLESIA

I

La Iglesia y la razón

Me decía S. S. que yo atribuía a la Iglesia demasiado poder, pues hay muchísimas cosas que en el orden moral se pueden alcanzar. ¿No sabe S. S. que la Iglesia ha condenado siempre las doctrinas llamadas impropiamente tradicionalistas y que debieran llamarse *revelacionistas*, porque su error no se refería a la tradición, que era el canal, sino a la revelación primitiva, que era la fuente, y cuyo concepto exageraban hasta hacer depender de la palabra externa el pensamiento?

¿No sabe S. S. que la Iglesia ha combatido aquellas doctrinas que menoscaban los derechos de la razón humana, que negaban lo que se ha lla-

mado el prólogo del Evangelio, las verdades psicológicas y filosóficas, que sirven de pórtico a la Teología?

S. S. sabe que todos aquellos que han negado estos derechos de la razón humana, como Bonald y Bautain, han combatido esos derechos en obsequio de la fe, porque creían erróneamente que la fe se sostenía mejor negando aquellos derechos; y por eso la Iglesia los ha combatido; porque la Iglesia combate el racionalismo cuando trata de exagerar los fueros de la razón, pero combate también el revelacionismo que los niega.

Sin los fundamentos psicológicos que la razón demuestra; sin las pruebas de la Teodicea cristiana, ¿cómo se había de levantar el edificio de la Apologética católica? Si ha examinado S. S. — que no lo dudo — algún libro de Teología o de Apologética, habrá visto, con sólo fijarse en las proposiciones fundamentales, que primero establece el problema *crítico* de la certeza; después afirma el problema *psicológico*, y, resuelto éste y el *cosmológico* con la Teodicea racional, trata de la *necesidad de la revelación*, y demuestra su necesidad *moral* y su *posibilidad*, y su *existencia*

como un hecho. Todas las bases que establece son racionales, lo mismo que las de la Etica; y si se negara la razón, habríamos quitado el principio fundamental para conducir a la aceptación de las verdades de la fe a los que la niegan o la ignoran.

Por consiguiente, a mí no me puede argumentar S. S. con el desconocimiento de esos derechos de la razón, porque procuro ejercitarlos en todos los órdenes de la vida, y nunca, en ninguna indagación científica, he tenido que tropezar con las murallas del dogma. Cuantas veces los filósofos impíos protestan contra las murallas del dogma, allí donde Santo Tomás de Aquino y San Agustín podían desplegar las alas del genio; donde no tropezaban Suárez y Vives ni aun Descartes; donde una legión de sabios fundadores de ciencias pudieron desarrollar toda la fuerza de su espíritu; donde tantos pensadores modernos ilustres lo han hecho, hay muchos que creen que van a quedar sin poder allí agitarse ni moverse, porque van a encontrar en cada momento los muros graníticos del dogma. Eso me parece a mí que es lo mismo que si se quejara

un gorrión de estar prisionero en la atmósfera, o una mosca de estar prisionera entre los muros de una catedral gótica. Hay allí amplitud suficiente para moverse sin obstáculos; de tal manera, que pudo un filósofo católico contemporáneo expresar gráficamente la relación del progreso y de la fe diciendo que en el mar del dogma católico podía navegarse como lo hacen las naves que cruzan por el Océano, sin tropezarse unas con otras, por muchos que sean los círculos que describan sobre las ondas.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el 3 de marzo de 1906).

II

CÓMO CONSTRUYÓ LA IGLESIA LAS NACIONES. — LOS TRES ELEMENTOS: EL ROMANO, EL BÁRBARO Y EL INDÍGENA. — INFLUENCIA SOBRE CADA UNO DE ELLOS.

Hace tiempo que yo había formulado esta síntesis histórica que había recogido laboriosa-

mente, estudiando las páginas y los anales de los pueblos europeos: las naciones no son las soberanías políticas independientes que forman los Estados oficiales, que se pueden constituir después de una batalla, o que se pueden constituir por los náufragos sobre una isla desierta; sino las unidades morales que enlazan simultánea y sucesivamente a muchas generaciones hasta infundirles un alma colectiva, sellada con un carácter común que se descubre en todas las manifestaciones de la vida. Y cuando quería saber quién era el arquitecto de esos edificios europeos, llegaba a esta conclusión: que la nación la había formado la Iglesia con argamasa germánica, con sillares rotos de Roma y con maderas indígenas sobre el ara del altar y poniéndola por plano su propia jerarquía *(Aplausos)*. Así se construyó España, así se construyeron todas las naciones europeas, que en esta hora, más que en acrecentamiento, están en disolución, porque van perdiendo lo que quedaba de la unidad que enlazó todos esos elementos. A la caída del Imperio romano, en medio de la polvareda de las ruinas producidas por los bárbaros, tres cosas quedaron

en pie y en lucha : el elemento que representaba Roma, que era el predominante ; el de los pueblos indígenas, tan vario, y el elemento bárbaro, que así puede llamarse para comprender todos los pueblos invasores que no estaban comprendidos únicamente en el germano, que cayeron sobre los despojos del Imperio. Estos tres elementos tenían caracteres contrapuestos, contradictorios ; formaban una verdadera antítesis ; había necesidad de una unidad que los enlazase. El elemento romano representaba el poder inmenso que Roma había ejercido y aún ejercía, sobre todo en los pueblos que después se llamaron latinos ; pero su poder no nacía de la sangre, que era poca en el Lacio y que estaba de diferente manera compuesta en esos mismos pueblos que ahora se llaman latinos ; su poder provenía de la lengua y de la legislación ; era una influencia jurídica y una influencia filológica. El elemento bárbaro tenía también un carácter universal, porque, merced a la invasión, a la conquista y al reparto de tierras, nació el sistema feudal, en el cual se vaciaron directa e indirectamente todas las instituciones, hasta el punto de que aquellas regiones

o aquellos Estados, como los escandinavos, donde no hubo invasión, ni conquista, ni reparto de tierras, sufrieron la misma influencia y tuvieron instituciones similares a las que se fueron dibujando sobre los miembros deshechos de Roma, cuando empezó a clarear la noche de la barbarie. El elemento indígena era un grupo de variedad, de divergencia, de oposición y de contraste. ¿Quién unirá esos tres elementos? La Iglesia ejerció una decisiva influencia sobre cada uno de ellos, primero, y, después, sobre todos juntos, para enlazarlos en una gran unidad.

El elemento romano, en cuanto a la lengua y al derecho, fué salvado por la Iglesia ; la lengua latina, base de las neolatinas y romances, hubiera desaparecido entre los aullidos de la barbarie, si la Iglesia católica, al inclinarse sobre Roma moribunda, no la hubiera recibido, como un ósculo en sus labios *(Aplausos)*. Ella la conservó en el más grande de sus ritos ; ella la conservó en las obras de todos los Padres occidentales y de sus grandes Doctores escolásticos, en las actas de sus Concilios, en la traducción más autorizada y común de la Biblia, y hasta en los restos de la

misma literatura clásica, salvada en los monasterios por los monjes que fueron copiando los manuscritos de la antigüedad a la luz tenue de la lámpara del santuario *(Aplausos)*.

El Derecho hubiera también desaparecido, lo mismo que hubiera perecido la lengua, si un emperador católico, a pesar del medio adverso, al mismo tiempo que levantaba Santa Sofía, no hubiese coleccionado los textos legales, salvándolos para siempre; y aun ese emperador no hubiera consumado su obra sin las escuelas fundadas por los hijos de la Iglesia en Rávena y en Bolonia, acrecentada con el descubrirmiento de Amalfi. La Iglesia perfeccionó el Derecho romano ciñendo la propiedad egoísta con los deberes morales, afirmando la unidad e indisolubilidad de la familia y borrando las grandes manchas que lo afeaban: los césares y los esclavos.

De este modo, la Iglesia, que salvó la lengua latina y salvó el Derecho de Roma, tenía una base para ejercer una influencia predominante en el Estado. Pero la Iglesia transformó las gentes bárbaras, que no habían podido arribar al concepto de Nación ni al de Estado, porque no

habían logrado sobrepasar el concepto de tribu, haciendo penetrar en ella su jerarquía y poniéndoles delante de los ojos aquel gran ideal, aquel alcázar de oro que describe en páginas memorables un escritor positivista como Taine.

En el fondo del elemento indígena puso una ley moral que le sirvió de trabazón, que hizo desaparecer antagonismos de los grupos étnicos rivales, que engendró nuevas costumbres y borró las opuestas a la virtud, y logró que, en vez de semirrazas originarias, llegasen a concluir por ser psicológicas, porque se distinguen por las cualidades del alma, más bien que por los atributos del cuerpo.

(De la Conferencia dada en el Teatro Principal, de Burgos, el 25 de julio de 1921).

III

Síntesis de los derechos de la Iglesia

¿Cuáles son los «derechos de la Iglesia» que hay que «reconquistar? Se habla de ellos vagamente, pero no se los enumera en concreto mos-

trando su enlace lógico. Señores: los derechos de la Iglesia, como los de todas las sociedades y los de todas las personas, son medios para alcanzar su fin y toman de él su fundamento objetivo. Y como el fin de la Iglesia se identifica con el fin supremo del hombre elevado al orden sobrenatural, la sociedad constituída para conducir a él, tiene que ser «completa» o perfecta; esto es, de tal naturaleza, que tenga en sí todos los medios necesarios para cumplir su destino y que no necesite depender de otra sociedad para alcanzarlo; porque, si dependiera de la otra, en la misma medida en que dependiese, dependería su fin, y ya no sería último ni supremo, y no sería Iglesia una entidad subordinada a otras sociedades cuyo fin propio no saliera de los linderos del tiempo. Por eso tiene todos los derechos propios de las sociedades completas, y, por lo tanto, la facultad de ejercer plenamente las funciones esenciales de la soberanía, y así «legisla, juzga y ejecuta».

Pero, como tiene un fin espiritual y sobrenatural, que no tienen como propio las demás sociedades, conforme a ese fin tiene, por decirlo así, otra categoría de derechos privativos y sin los

cuales estarían en contradicción su naturaleza y su destino, por ser inadecuados y encontrarse rota la correspondencia entre los dos. Y como las relaciones de la Iglesia pueden ser «interiores o exteriores», de aquí la división que han hecho algunos tratadistas en derechos «internos», esto es, los que se refieren a sus súbditos, y «externos», es decir, los que se refieren a las sociedades civiles y a los Estados, sean o no católicos.

El derecho «autárquico», o a regir su vida íntima, es el primero de los internos y que de una manera eminente comprende todos los de su especie; porque supone el derecho de «magisterio» que comprende los de definir el dogma y la moral, enseñar la doctrina religiosa y vigilar por su pureza, condenando las doctrinas contrarias; el derecho «sacramental» y el «litúrgico» para administrar los sacramentos, como comunicadora de la vida sobrenatural, y para regular el culto interno y externo; el derecho «jerárquico», que los anteriores suponen, de establecer su doble jerarquía de orden y de jurisdicción para el gobierno del pueblo fiel, de donde se deduce el de escoger y designar sus ministros y regular la prác-

tica de los consejos evangélicos aprobando y fundando Ordenes y Congregaciones religiosas; el derecho de «comunicación» entre los miembros de la jerarquía con los fieles y del Jerarca Supremo con todos; el derecho de «cristianizar» o evangelizar el mundo, esto es, de propagarse y establecerse en todas partes, que existe, aunque les salga el mal con el martirio al encuentro, porque la Iglesia es, como la Redención, universal, y destinada a cobijar bajo su manto la tierra; y, finalmente, el derecho «económico», o sea el de propiedad sobre los bienes temporales, que exige como medios el ejercicio de todos esos derechos fundamentales internos, desde el sustento de los ministros hasta las necesidades del culto y la defensa y la difusión de la doctrina. Negad cualquiera de estos derechos, y, habiendo destruído un medio necesario para el fin, habréis negado a la Iglesia, porque no puede conseguirlo. ¿Qué mejor prueba de que le son esenciales?

De los derechos internos se derivan los «externos», que no son más que una consecuencia suya, aplicada a las relaciones intersociales de la Iglesia; porque, como las relaciones entre las sociedades se fijan por la relación «entre sus fines», es preciso hacer sobrenatural el fin propio del Estado, y natural el fin de la Iglesia, para que sea ella la que esté subordinada; o, lo que es lo mismo, es necesario negarla primero como Iglesia para someterla después como entidad inferior. Así es que no hay término medio: o negar el fin de la Iglesia, que es negar a la Iglesia, o reconocerlo y subordinar a él indirectamente el fin del Estado; o negar la jerarquía entre los fines sociales, que es negar a un tiempo la Iglesia y el Estado, porque es negar el orden en las causas finales, y, por lo tanto, en las actividades y en las normas, trasladando la anarquía a las causas eficientes, para que sea universal. Luego hay que caer en la heterodoxia o en el absurdo de admitir a un tiempo y sobre el mismo punto proposiciones contrarias, o es forzoso reconocer el derecho externo de «superioridad» de la Iglesia, no total y directa, sino «parcial» e «indirecta», es decir, sobre todo aquello que exige el cumplimiento de su fin supremo; pues, en lo «puramente» temporal, el Estado es independiente, o mejor dicho, la sociedad civil en la jerarquía de sus personas

colectivas, de que el Estado en su sentido estricto es sólo la más grande. El derecho de superioridad implica el de «cooperación» o protección, es decir, la facultad de reclamar el auxilio de los medios materiales que pide el cumplimiento del fin y que, si la Iglesia no tiene de un modo actual, tiene de un modo virtual, puesto que la subordinación no es sólo «negativa», para no contrariar, sino «positiva», para favorecer; siendo además «mutuo» el auxilio, pues la Iglesia presta la inmensa cooperación moral a cambio de la material que subsidiariamente recibe. La superioridad, consecuencia del fin, y la cooperación, consecuencia de la superioridad, comprenden el derecho de «inmunidad», que pone fuera de la jurisdicción civil a las cosas y personas sagradas, porque no es justo, como lo reconocieron los mismos Estados paganos, que lo que está dedicado inmediatamente a Dios, esté en igual condición jurídica que lo que esté destinado inmediatamente al hombre.

Pero estos derechos suponen uno previo y sin el cual no pueden existir: el derecho de «independencia», que es inherente a la Iglesia, en

cuanto es reino, es decir, en cuanto es sociedad completa y en cuanto es religión. Sin los derechos de superioridad y los consiguientes de cooperación y de inmunidad, la Iglesia puede existir en las naciones, conservando el ejercicio de varios derechos internos, aunque esté perseguida o nada más que tolerada por el Estado, como lo demuestra en la Historia el ejemplo de muchos poderes heterodoxos; pero con el de independencia, negado radicalmente, sólo puede existir en las Catacumbas y en el Circo.

La Iglesia, señores, es la más vasta unidad religiosa, moral y jurídica que se ha conocido en el mundo, concretada en una sociedad perfecta que tiene por su naturaleza carácter internacional, y que subsiste perpetuamente con la integridad de sus derechos augustos, aunque muchas veces el vicio y la impiedad, que son las dos formas del mal entre los hombres, levanten barreras a su ejercicio y nieguen algunos cuando no pueden negarlos todos. Y porque es unidad jurídica intangible, no se puede negar uno sólo de sus derechos sin que todos se resientan. Pero como es el orden divino manifestado socialmente entre

los hombres, es una sociedad jerárquica y sus derechos están escalonados lo mismo que sus miembros y según la categoría de los medios, que son como radios que convergen en el fin, que es su centro. Y así, en el orden jerárquico de los derechos externos, el primero es el de independencia, que es el de «libertad» ; porque si no existe independencia, no existe superioridad, pues no se reconoce la primacía a quien no se le reconoce ni siquiera la igualdad ; si no existe independencia, no existe inmunidad, que no es más que un efecto de la independencia ; y no existe la cooperación, porque ni reconoce el deber del auxilio quien no tolera en el que lo reclama ni aun el derecho de vivir sin recibirlo. Por eso, señores, el derecho de «independencia» y «libertad» es el «primero de los derechos externos» de la Iglesia, la garantía de sus derechos internos como religión y como culto, y el atributo de su soberanía como sociedad completa. Esta es la razón de que dondequiera que ese derecho esté negado, aunque no sea radicalmente, no existan los demás derechos externos, o que estén mutilados y sujetos a continua amenaza, y que se encuentren violados los

derechos internos, como el de propiedad, el de enseñar y vigilar las doctrinas, el del ejercicio público del culto, y sufra asedios cesaristas el de libre comunicación y el mismo magisterio dogmático.

Luego es necesario, imperioso, empezar la reconquista de los derechos de la Iglesia por el de su «independencia» y «libertad», que es condición precisa de todos los demás ; y, por lo tanto, es preciso lograr dos cosas : la autonomía económica, para que ella forme, con lo que es suyo, su propio presupuesto y no le reciba de un Estado hostil que regatee, como si pusiera límites a una merced, lo que ya es merma de una indemnización sagrada ; y la autonomía administrativa, para designar todos sus miembros sin patronatos que puedan llegar a cercenarla.

(Trozos de un discurso publicado en *El Pensamiento Español,* el 16 octubre 1919).

IV

La nueva estrategia y la nueva táctica para la restauración católica.

Pero ¿cómo se restaura el espíritu católico que anima las tradiciones? ¿Cómo se restauran las creencias católicas que eran centro del espíritu tradicional, y se las difunde por todos los miembros de nuestra sociedad, devolviendo la vida a los que están yertos, aumentando la energía de los que aun no han sucumbido, llevándolas hasta la cima del Poder para que recobren en el Estado su imperio? No se puede contestar a esta pregunta sin examinar la última parte, por cierto importantísima, de la fórmula de la unión de los católicos, que se refiere al procedimiento y la conducta para la reconquista de la tesis perdida.

Los medios legales y pacíficos, la evolución prudente, es lo que se preconiza como el mejor método de restauración católica. Y a este proce-

dimiento se le considera de tal modo importante, que discrepar de la regla de conducta que él señala, es romper abiertamente con la fórmula de unión; por lo cual bien puede decirse que, más que procedimiento, es uno de sus principios capitales.

¿Y cuáles son los fundamentos en que se apoya? Un error de estrategia y una nueva táctica opuesta a todas las que se han conocido en la historia de las luchas políticas y militares. El error de estrategia es, precisamente en lo que se refiere a la conducta, la causa principal del estado de la Iglesia en España y de la situación de los católicos españoles. ¿Y en qué consiste ese error de estrategia? Consiste, señores, en que estamos siempre a la defensiva y no tomamos la ofensiva nunca. Todo se reduce a parar los golpes fuertes, a resistir cuando nos atacan mucho, y mientras tanto a descansar de la inercia, esperando descuidados la nueva acometida. Aun los momentos heroicos de las luchas cruentas a que debemos todo lo poco que conservamos, tuvieron más su origen en las agresiones de los adversarios que en las iniciativas propias. Y no hay que

decir lo que ha sucedido en los largos períodos de paz material y de lucha moral. Esta es la razón, señores, de que nuestra historia contemporánea resulte una serie de treguas y armisticios que suelen acabar en pactos que llevan aparejada una infamante servidumbre.

La guerra exclusivamente defensiva, lo mismo en las luchas guerreras que en las campañas sociales y en las batallas de doctrinas, sólo se acepta, como lo prueban los tratadistas militares y los maestros de la controversia (porque al fin la Estrategia y la Táctica no son más que una dialéctica de la acción), como una triste necesidad de los débiles, que resisten retrocediendo para que el avance excesivo del enemigo haga vulnerables sus líneas prolongadas, y pueda trocarse en vigoroso ataque lo que empezó en defensiva calculada. Y cuando no es así, por fuerte que sea el ejército que limita sus empresas a resistir la violencia, no conseguirá otra cosa que pactar con la muerte y abdicar hasta de la esperanza de la victoria. El ofensor concentra libremente sus fuerzas sobre un solo punto y obliga al defensor a abandonar parte de sus dominios por acudir a

los más amenazados; y aunque el ataque sea simulado, tiene que fraccionar las huestes para defender, sin fácil comunicación, puntos diversos y a un tiempo. Si por acaso la victoria corona su esfuerzo, hace de los laureles una almohada donde reposa tranquilo, hasta que le obliga a despertar, sobresaltado, una nueva agresión del enemigo, repuesto ya del desastre que le proporciona su desmayo. Y si, como sucede casi siempre, es la derrota la compañera de la defensa exclusiva, pronto encuentra el agresor un nuevo auxilio, ¡el de la discordia de sus enemigos!, y los que no tomaron la iniciativa y atacaron cuando eran fuertes, la toman osadamente unos contra otros cuando son débiles. Entonces empieza el desaliento a cundir en sus filas y comienzan las transacciones con el adversario, proponiéndole un *modus vivendi* en el que entre como primera concesión la dignidad y el territorio perdidos. Y los que no se resignan a ser muzárabes degenerados dentro del Califato revolucionario, al encontrarse rodeados de enemigos por todas partes, con el adversario enfrente y sus auxiliares a la espalda, dan principio a las grandes disputas sobre quié-

nes son los mejores soldados y los más expertos caudillos. ¡Extraña discusión! En los tiempos de combate los mejores son... los que combaten mejor *(Entusiastas y prolongados aplausos)*.

Señores: con esa estrategia se puede hacer el recuento de todas las batallas que se han perdido, pero no es posible empezar la lista con una sola que se haya ganado *(Muy bien)*.

Durante todo el siglo XIX no hay en España una sola década en que no haya perdido algo la fortaleza de la fe. Un día cae una almena, otro se ciega un foso, más tarde se derrumba una torre, después se cuartea un muro; y no está toda en el suelo, porque ha habido quienes acometieron por fuera al adversario. ¿Y todavía habrá quien defienda semejante estrategia, que no es más que la teoría de la derrota? La sabiduría popular la condenó en uno de sus gráficos apotegmas: «El que pega primero pega dos veces»; pero los católicos españoles repetimos filosóficamente la súplica del general griego: «Pega, pero escucha». Y la Revolución, que no es en sus distintas formas más que la fuerza impía, pega pero no escucha; y si escucha, es para llamarnos

¡provocadores! — como el lobo de la fábula al cordero que bebía más abajo — y después pega otra vez. Que nunca la prudencia de la carne y la audacia se han encontrado frente a frente, sin que la audacia haya dejado de poner su pie sobre la cerviz de la prudencia. ¡Y, sin embargo, no aprendemos! La ley del escarmiento parece que no rige para los católicos españoles *(Grandes aplausos)*.

¿Y cuál es la táctica correlativa de esa estrategia melindrosa? La nueva táctica es obra de tratadistas reflexivos y pacientes, inmunes de todo ardimiento imprudente. Junta en admirable síntesis una dulzura humanitaria que la aparta con desdén de la fuerza y con horror de la sangre, y una astucia sutil y penetrante que deja atrás la tan conocida de la serpiente. De este prodigio psicológico ha salido una teoría tan original, que está llamada a cambiar todos los métodos de combate. Ella es la que ha resuelto el extraño problema de hacer la guerra sin la guerra y de ganar batallas sin librarlas. Hasta ahora se había creído que los tratados eran posteriores a las batallas, y que la guerra era anterior a la paz.

¡Error profundo, señores! La paz debe preceder a la guerra, y así se consigue que no llegue nunca su turno a la guerra, y que sea la paz perpetua. El procedimiento, para ser adecuado al principio, tiene que ser opuesto a las antiguas preocupaciones militares. Al tradicional *si vis pacem, para bellum,* se opone este axioma también tradicional y de indudable evidencia: «cuando uno no quiere, dos no riñen». Pero ¿cómo se evita que riñan los enemigos con nosotros? De un modo muy sencillo, pasándonos a su campo *(Risas)*. ¿Y os parece que eso resulta una traición? Todo lo contrario. En la nueva táctica, los católicos se deben pasar al campamento enemigo con armas y bagajes; pero para rendirle cuando llegue la ocasión, andando el tiempo. Pero ¿cómo? si acepta la bandera y la organización del ejército enemigo, aún más, si forma en sus filas. ¿Que eso es una traición a la bandera que se abandona? No, no; se acepta la bandera y la organización, pero con toda suerte de reservas mentales y morales, y además con segunda intención *(Risas)*. El objetivo es siempre el triunfo de la tesis católica: los puntos de etapa que hay que

recorrer son los siguientes: primero, introducción en el campamento y reconocimiento del enemigo; segundo, incorporación en las filas del cuerpo de ejército de procedimientos más suaves, del más cauteloso y menos terrorista, formando en su ala derecha; tercero, hacer valer el refuerzo para reclamar puestos en la jerarquía, hasta seguir poco a poco a los grados más altos y llegar a tomar parte en la dirección. Y ¿cómo se consigue? Se espera, porque las grandes empresas requieren la madurez del tiempo. Y si el ejército enemigo, al ver despejado el campo de adversarios, y llevando a los vencidos entre sus huestes para vigilarlos mejor, se lanza contra los últimos baluartes para tomar posesión definitiva de todo el territorio, ¿qué hace el ala derecha del cuerpo de ejército menos terrorista? Influir, trabajar para que no se verifique el avance; y si se verifica, procurar que sea de la manera menos violenta, y de todos modos caminar entre las huestes enemigas con heroica resignación y siempre con los ojos fijos en las estrellas del ideal, esperando que llegue el día pacífico y legal del desquite *(Risas)*.

Y ¿cómo llega ese día lejano? Ascendiendo en la jerarquía, apoderándose de los altos cargos hasta lograr la dirección por lo menos en la mitad del ejército... ¿Y entonces se da una batalla contra la otra mitad? No, eso sería peligroso, porque sería jugar en una aventura las conquistas obtenidas con tan porfiados y lentos esfuerzos. Lo que entonces se hace es ir reclutando elementos y fuerzas en la sociedad, nutriendo las filas con los recursos que ofrece la participación en el Poder; es decir, que se suspende la conquista política de arriba y se empieza la conquista social de abajo, hasta estrechar las fronteras del ejército francamente revolucionario, reduciéndole a la impotencia. En este momento supremo no hay ya necesidad de ocultar con velos constitucionales el sol del ideal, la estrella de la tesis; entonces se descubre resueltamente, y, al resonar de las trompetas católicas, caen al suelo los muros de la ciudad anticristiana *(Risas)*.

Pero, ¡señores!, un plan tan largo, tan profundo, tan sutil, tan prudente, concienzudo y laborioso, tendrá por fuerza que realizarse con extraordinario sigilo y por medios tan recónditos y

ocultos, que sean a los ojos de los enemigos arcano impenetrable. Y como los hijos de las tinieblas son más avisados que los hijos de la luz, ¿será posible engañarlos con esta táctica tan refinada? Porque si lo advirtieran ellos, que son astutos, darían buena cuenta de esa táctica del fraude piadoso, convertido en procedimiento de combate, y es muy probable que gritaran indignados: ¡Hipócritas, habéis vestido nuestro uniforme para traicionarnos; no sois los antiguos y resueltos enemigos de antes, porque aquéllos peleaban frente a frente, y no sois de los nuestros, puesto que queréis rendirnos; hay que arrojaros de todas partes por fariseos! Pero eso, señores, es una dificultad pueril para la nueva táctica. Eso no sucederá, y no hay necesidad alguna de sigilos, de secretos y de arcanos. La nueva táctica no tiene nada oculto, ni siquiera la segunda intención *(Risas)*.

Aunque os asombre, empieza por comunicar a tambor batiente todo el plan al adversario, y, cabalmente, su éxito consiste en pregonarlo; que se congreguen las gentes por todos los ámbitos del antiguo teatro de la guerra; que se acerquen

al campamento revolucionario y depositen allí las viejas espadas; que se desciñan las mohosas armaduras y se vistan la nueva librea y pidan puesto en las filas, diciendo: venimos aquí, abandonando nuestra bandera, a militar bajo la vuestra; aceptamos vuestra organización, vuestras leyes, vuestras conquistas; formamos en el ala de uno de los cuerpos de vuestro ejército, pero advertimos noblemente una cosa: que toda esta aceptación de bandera, de leyes, de organización y hasta de uniforme y de armas, es provisional, circunstancial, porque nuestro propósito es apoderarnos de los parques y de los fuertes y de la dirección, y formar el Estado mayor para acabar con vosotros y con vuestras leyes y con vuestra organización, no respetando más que los parques y los fuertes y el territorio, porque no son vuestros.

¿Y creéis, señores, que ante tales manifestaciones acabará ahí la táctica del fraude piadoso con una carcajada de los adversarios, o con un copo de las sencillas fuerzas que pasan a ingresar en su ejército, o con un motín y un combate a la entrada del campamento enemigo? Pues nada

de eso; los adversarios se sonríen, se dan por enterados de la segunda intención y del dolo y del fraude piadoso, y, lejos de enojarse ni preparar las armas para el combate, abren los brazos, agasajan a la futura ala derecha, y hasta los cuerpos más terroristas aplauden el espíritu amplio, la política abierta y patriótica de las nuevas huestes *(Risas)*.

¿No es verdad, señores, que todo esto es admirable, estupendo y prodigioso? Van a engañar piadosamente, pero, al engañar, lo anuncian, lo repiten en el momento del ingreso; y los que van a ser engañados, los que serán vencidos y vendidos en su día, celebran con luminarias y regocijos la derrota futura, que se ha introducido como una sierpe en su seno.

El ánimo, sobrecogido de sorpresa ante tan inauditos contrastes, se pregunta lleno de zozobra: pero ¿quién engaña a quién? O los nuevos tácticos engañan a los que no quieren ceder ni continuar con la estrategia de la defensiva perpetua, sino apercibirse para el asalto de las fortalezas enemigas y aplastar a la fuerza con la fuerza, — o los enemigos complacientes y solícitos, que se

hinchen de júbilo con el refuerzo engañoso, engañan a los nuevos tácticos que se le proporcionan, — o son los nuevos tácticos los que se engañan a sí mismos, creyendo engañar a los demás, y hasta pensando prestar un servicio a la buena causa, aunque sea por ministerio de un fraude piadoso.

No caben más extremos, ni es posible lo que los dialécticos llaman la retorsión en este trilema, porque no hay términos medios entre los miembros de la disyuntiva. No se puede aceptar el primer extremo y creer que los nuevos tácticos quieren engañar pérfidamente a los católicos intransigentes y resueltos, siquiera por razones de caridad y porque no se puede dudar de los ingenuos propósitos de algunos santos varones; no se puede aceptar el segundo y suponer que tenemos por enemigos a sencillas codornices, porque esto es ignorar absolutamente la psicología y la historia de nuestros adversarios; luego hay que aceptar el último extremo y creer que no hay otros engañados que esa pía legión de Macabeos incruentos *(Grandes risas y frenéticos aplausos)*.

Pero esta táctica, que ni es defensiva ni ofensiva, ni siquiera inofensiva... *(Nuevas risas)*, porque es útil para los adversarios y dañosa para los que no lo son, tiene además el inconveniente de que es mala y no es nueva y por ensayar, pues hace siglos que ha sido pasada por el tamiz de la experiencia; y la táctica mozárabe y muladí de los que se resignaron a vivir y a mezclarse con los dominadores musulmanes, acatando las instituciones y entrando en la legalidad sarracena, y no empleando otros medios que los pacíficos y legales que ella autorizaba, con lo que consiguieron ser sepultados por las alas sucesivas de la barbarie africana que atravesaron, rugiendo, el Estrecho, o esperar a que los rescataran los intransigentes de las montañas, los que no acataron las instituciones enemigas, ni entraron en su legalidad, ni se resignaron a la estrategia de la defensa, sino que tomaron resueltamente la ofensiva, y restauraron esta Patria de que nos enorgullecemos, que a la táctica ofensiva se debe, y que, por no saber seguirla e imitar la de los mozárabes y la de los muladíes, vamos perdiendo *(¡Bravo, bravo!)*.

V

Los medios legales y pacíficos

¡Que se deben emplear los medios legales y pacíficos! ¿Quién lo duda? Pero ¿acaso esos medios son suficientes, no ya para restaurar la tesis católica, sino para mejorar de un modo estable la suerte y poder poner en peligro al adversario? ¿cuándo se ha hecho una revolución católica, es decir una restauración de la verdad dentro de la ley enemiga y contra el poder que la ha establecido y que la mantiene violando los derechos de la Iglesia?

Señores, las instituciones humanas sucumben en la historia cuando niegan el principio a que deben la existencia, o degeneran los que las personifican hasta hacerse indignos de representarlas. Y eso sólo sucede cuando no combaten contra sus adversarios y se consumen en la inercia; pero cuando nacen en la lucha, y por la lucha y la violencia logran imponerse, y en la contienda viven, no se apaga en ellas el instinto de conservación, ni las ataca la manía del suicidio hasta el punto de dar a los adversarios armas a propósito para que las derriben y les den la muerte. Creer que el liberalismo radical o doctrinario, prudente o audaz, que es, como hecho, la secularización del Estado y la continua secularización de la sociedad, es tan generoso que, olvidándose de su historia y de los esfuerzos que ha tenido que hacer para realizar lo que llama sus conquistas, va a entregar a sus adversarios las armas y los medios que necesitan para que puedan vencerle y suplantarle en el mando, me parece una aberración que sólo puede ser explicada en uno de estos supuestos: o en el de la ignorancia inverosímil de la historia contemporánea y de la naturaleza del derecho nuevo, — o en el de una perfidia a la que no la importa sacrificar la verdad y sus defensores a cambio de un interés precario y mezquino, — o una de esas confusiones que se apoderan de algunas almas en vísperas de las catástrofes y que las anegan en un escepticismo práctico y que llegan a acogerse, empujadas por el miedo, a un recurso de momento para vivir al día.

Los que obedecen al primer motivo están incapacitados para la lucha, y no deben hablar de la unión para realizarla, porque empiezan por desconocer la naturaleza, la historia y los propósitos del adversario. Obedecer al segundo motivo implicaría la traición de reunir a los católicos que, conforme al espíritu tradicional, no ceden, ni transigen, ni consideran definitiva la obra revolucionaria, para entregarlos a los poderes liberales, haciéndolos formar en las filas de sus enemigos y diciéndoles : ahí los tenéis, eran vuestros adversarios dispuestos siempre a amargar vuestros triunfos y derribar vuestro poder ; os los entregamos en rehenes ; formad con ellos parte de vuestras milicias, y, en cambio del servicio, mejoradnos a nosotros de suerte. La perfidia en este supuesto, que sólo como uno de los extremos de la disyuntiva se puede discutir en una hipótesis imaginaria, sería la indignidad puesta al nivel de una torpeza que creería contar demasiado con el candor de los entregados y la gratitud de los vencedores libres de un enemigo enojoso. Y el tercer supuesto, el que obedece a un escepticismo práctico, incurre en la contradicción de creer, por un

lado, en la verdad religiosa que se profesa en el orden privado, y, por otro, de dudar de ella en el orden público, al suponer la perpetuidad de la obra revolucionaria y encerrarse en un pesimismo sombrío. Sin tener en cuenta, señores, que, aunque la catástrofe social, término de la revolución, sea hipotéticamente inevitable dada la magnitud del mal y la marcha de los sucesos, detrás de ella está la reacción del orden cristiano contra el desorden pagano de la ateocracia moderna, y su restauración estará en razón directa del esfuerzo que hagamos para merecerla. Y como la catástrofe no será igual en todas partes, porque en el plan providencial la pena nunca deja de ser proporcionada al delito ; y empezará en unas partes primero que en otras, y no será en todas tan difícil de conseguir la restauración ; si no se quiere caer en la impiedad de suponer que la obra de la Redención es estéril aunque la voluntad la secunde, es necesario aceptar resueltamente el combate sin ceder nada al adversario, teniendo en cuenta estas dos cosas : que el éxito depende del deber como un galardón, y no el deber del éxito como un medio de alcanzarlo, y

que las conquistas de nuestros enemigos no son más que las transacciones nuestras *(Aplausos)*.

Señores, cuando tanto se habla y se ponderan los medios legales y pacíficos, no se repara ni se medita en qué consisten ni de qué dependen. ¿Cuáles son esos medios? Tratándose de los españoles, las garantías y derechos que la Constitución reconoce a los ciudadanos. Todos podemos por igual emplearlos en teoría; pero en la práctica, por aquello que hace que las cosas caigan del lado a que se inclinan y no al opuesto, los mayores enemigos del orden social gozan de la preferencia en el ejercicio de esos derechos, porque cuentan con una benevolencia y una tolerancia que no disfrutan los católicos. Y si son desiguales en el ejercicio, porque las simpatías y el amparo de los Gobiernos, como hechos recientes lo demuestran, se inclinan, como es lógico, de la parte de los que al fin, aunque más radicales, son discípulos de la misma escuela, y no de parte de aquellos que mantienen la afirmación contraria, ¿cómo se han de lograr, no ya triunfos, sino ventajas positivas, si empiezan por ser las armas primero insuficientes y después inferiores a las

que emplean, no sólo los adversarios, que usufructúan el poder, que ésas ya son de una superioridad evidente porque ellos, que las forjan, se reservan las mejores, sino hasta aquellos otros enemigos que parecían estar equiparados bajo la tolerancia del mismo Poder? Pero todavía esa desigualdad práctica de medios, con ser importante, significaría poco, si la dependencia de los medios legales no se agravase hasta hacerlos ineficaces. Porque ¿de quién dependen esos medios?

Harto lo sabéis, señores; los medios legales, las garantías constitucionales, dependen de la voluntad arbitraria de un Gobierno con Parlamento abierto o cerrado, sin más reglas que su conveniencia, y conforme a la cual las suspende, cuando quiere, en toda la Nación o en parte, para salir del paso y librarse de los obstáculos que le oponga el ejercicio de esos medios legales si no producen resultados bastante pacíficos, no necesitando para hacerlo más que señalar perturbaciones futuras, reales o imaginarias o inventadas y preparadas con ese propósito.

En suma: en la fórmula más comprensiva de

la unión, se supone que el éxito de las campañas católicas depende de los medios legales; pero los medios legales dependen de la arbitrariedad de los Gobiernos enemigos que hay que combatir y que suspenden totalmente o parcialmente, según les acomoda, las garantías constitucionales; luego es evidente que el resultado práctico de esa unión dependería de la voluntad de los adversarios. ¿Qué conquistas llevará a cabo un ejército comprometido a no emplear más que armas inferiores a las de sus adversarios, y por el tiempo y en la forma que ellos quieran, y teniendo que suspender las hostilidades cuando su voluntad se lo ordene? *(Muy bien, muy bien)*.

Por esto creo, señores, que es una forma particular de locura, por no creer en otra cosa, el intento de hacer triunfar y poner como una enseña victoriosa en la cima del Estado las proposiciones contrarias a las que condena el *Syllabus*, valiéndose como medio de la Constitución de 1876, que, por el espíritu que la anima y que se revela en varios de sus artículos singularmente el onceno, está comprendida en aquel famoso catálogo de los errores modernos, según la declaración

auténtica que a manera de anatema fulminó sobre ella, al nacer, la palabra infalible de Pío IX (1) *(Grandes aplausos)*.

Señores: Es una ley que confirman a un tiempo los principios y los hechos en la verdadera filosofía de la historia: que el orden cristiano no se ha restaurado nunca en el mundo más que por medios semejantes a los que han servido para destronarle, pero jamás por los que ha proporcionado al desorden triunfante, como no sea sin querer y a pesar suyo *(Repetidos aplausos)*.

Pero es que no se trata de restaurar todo el orden cristiano con los atributos esenciales, ni de hacer triunfar la tesis católica en el Estado, dicen algunos varones políticos prudentísimos, sino de pedir que se cumplan las disposiciones que nos favorecen y de mejorar de condición dentro de lo existente y aun de reformar hasta donde sea posible parlamentariamente la legalidad establecida. Después, si eso se consiguiera, ya se podrá pensar en alguna otra prudente reforma para ir

(1) Se alude a la declaración solemne de Pío IX condenando el artículo 11 en la carta al Cardenal Moreno, al discutirse la Constitución de 1876.

alejándose menos de la tesis; pero por ahora ése es el ideal. ¡Hermoso porvenir y luminoso ideal, señores, el de esos hombres prudentísimos! ¡Ya no se trata más que de mejorar un poco de suerte, y alcanzada con las armas que entrega el adversario y por los medios que dependen de su voluntad! Después, si se consigue, que no se conseguirá... *(Risas)*, ya veremos de alcanzar alguna otra mejora legal.

Pero ¿no advierten esos hombres que con semejante conducta no hacen otra cosa que suspender todo litigio sobre la dominación de los enemigos, consolidar su soberanía y animarlos con esa clase de reconocimiento a que prosigan sus conquistas? Si a un ejército colocado siempre a la defensiva, atacado constantemente por el adversario y retrocediendo sin cesar, porque no toma la iniciativa nunca, al menos por el consejo de los que pretenden dirigirle, se le dice que hay que renunciar a la reconquista del territorio perdido por tiempo ilimitado, y que debe reconocerse la soberanía enemiga como un hecho que no se sabe cuando dejará de ser inevitable y si dejará de serlo, y que todas sus empresas deben

reducirse a mejorar de suerte, no empleando para lograrlo más medios que los que dependen de la voluntad del enemigo reconocido y victorioso, ¿habrá necesidad de preguntar lo que sucederá? Confesado el fracaso por los jefes, reconocida la victoria de los adversarios y reducido el objetivo de la campaña a la posesión de un punto de etapa con el beneplácito del ejército enemigo, ¿no equivaldría todo eso a una abdicación de la independencia y a entregar en rehenes la esperanza? Es ley psicológica del espíritu humano que, en la medida en que se amengua el ideal, se disminuye el esfuerzo para recobrarle, y que, en la proporción en que aumenta el éxito del enemigo, mengua la energía del contrario. Cuando esto sucede, la derrota reconocida, que es el primer disolvente de la disciplina, rompe las filas y las dispersa. En vano será gritar entonces: ¡Unión, unión! El ideal, la tesis que se quería recabar, era el imán de las voluntades, la causa final que atraía los esfuerzos, la esperanza que hacía amable el combate. Sin ese estímulo, pronto la voluntad desfallece, y los que no supieron aprovechar el valor y lo mataron al cegar sus fuentes, que-

rrán después, cayendo en el absurdo, exigir, cuando todo peligre, un heroísmo sobrehumano, como si no fuese aun el ordinario una excepción y nunca el patrimonio de los más. Las muchedumbres pueden ir electrizadas detrás de un imposible, con tal que se les haya infundido la opinión de que es una verdad que se puede aplicar sobre la tierra; pero detrás de una duda y a merced del capricho del adversario nadie ha combatido jamás *(Muy bien)*.

En resumen, señores, si se quiere restablecer el orden cristiano, si se quiere restaurar la tesis, hay que concluir por emplear medios radicales y semejantes a los que han empleado los enemigos para derrocarlo. Si no se quiere restaurar el orden, porque se reniega de los medios proporcionados para hacerlo, y se limita toda la empresa al intento de mejorar algo de suerte y a cambiar de postura, nadie gastará entusiasmos en cosas incapaces de engendrarlos, y el enemigo engrosará sus filas con los vencidos, que le reconocerán por señor, o pasará triunfante sobre su vileza, despreciando sus súplicas o sus lamentos.

Pero, señores, querer restaurar el orden por

medios desproporcionados e insuficientes para conseguirlo, o no querer restaurarlo, considerándolo como un ideal platónico, y limitándose por medio de armisticios a vivir al día, son dos maneras distintas de llevar a cabo, consciente o inconscientemente, una misma deserción y de pasarse al enemigo. Ese es el resultado último de la estrategia defensiva y de la táctica sutil del dolo piadoso y del retroceso continuo, que parece que las han enseñado los adversarios como opuestas a las que ellos emplean, para ganar sin peligro las batallas, encontrando auxiliares donde debieran encontrar enemigos.

(Del discurso pronunciado a raíz del Congreso Compostelano y publicado en *El Correo Español* el 13 de febrero de 1906).

INTEGRALISMO

INTEGRALISMO

Don Manuel y don Duarte

El Sol publica el siguiente telegrama, que reproducimos sin quitar punto ni coma:

Don Manuel de Portugal rompe con los monárquicos integralistas

Dice que jamás se pondrá al frente de una revolución

(De nuestro redactor corresponsal)

Lisboa, 4 (3,23 t.). — A consecuencia de la ruptura de los integralistas portugueses con el ex rey D. Manuel de Braganza, porque no ha aceptado su programa de monarquía integral o absoluta, éste ha enviado a su lugarteniente y representante en Lisboa, Sr. Aires Ornellas, una carta importantísima.

En ella dice que las pretensiones de los integralistas son la negación de los principios inmanentes de las Monarquías constitucionales, ya que significan la vuelta del absolutismo. Y el absolutismo, según D. Manuel, es incompatible con el espíritu de los tiempos actuales.

Luego, el ex rey se dirige al gobierno republicano, y le pide una amplia amnistía para todos los monárquicos de Portugal desterrados o presos por defender sus opiniones políticas.

Añade que es enemigo de todo movimiento revolucionario, y agrega:

«En este momento, tan grave para Portugal, todos los portugueses, sin excepción, deben unirse para la defensa de los ideales de la patria.»

Dice después que considera desleales a los integralistas, porque no acataron sus instrucciones y se rebelaron contra su autoridad. Los declara adversarios suyos y los expulsa del partido monárquico.

Termina manifestando al país que «mantiene formalmente sus derechos indiscutibles al Trono de sus mayores y que, una vez restaurada que sea la Monarquía, convocará unas Cortes generales, elegidas por un sistema amplio de sufragio, y confiará a las mismas el cuidado de decidir la formación de su gobierno».

Los periódicos republicanos comentan esta carta con gran simpatía y elogio. *A Capital* dice que Don Manuel, al redactarla, firmarla y publicarla, aparece como una personalidad mayor y más digna que la de un simple pretendiente al Trono.

En cambio, *A Monarquia,* órgano de los integralistas, publica un violento artículo contra D. Manuel y le acusa de convertirse en un aliado de la República y de haber olvidado que las balas republicanas mataron a su hermano D. Felipe, y a D. Carlos, su padre.

El mismo periódico anuncia que en breve será publicada una extensa memoria que contendrá la relación detallada de cuanto ha sucedido entre D. Manuel y los integralistas.

Estos se pondrán a las órdenes del príncipe Don Duarte, nieto de D. Miguel, el campeón de los absolutistas portugueses durante la primera mitad del siglo XIX.

Los monárquicos manuelistas o constitucionales elogian sin reservas la carta del ex rey. Aseguran que el programa integralista constituye una utopía irrealizable.

La verdad es que todos los elementos monárquicos sensatos no creen en la posibilidad de una restauración monárquica. — Alejo Carrera.

Siendo exactas las noticias dadas por el corresponsal, no lo son las apreciaciones doctrinales, que implican varios errores.

Es completamente falso que los integralistas lusitanos sean absolutistas. Su programa, idéntico en el fondo al nuestro, sólo es distinto en la aplicación al estado social portugués, diferente al español.

Rechazan todo absolutismo, lo mismo el real que el republicano, el de Gabinete que el de Convención, y el socialista que el sindicalista. Piden un régimen representativo con representación por clases que tenga subordinados a los partidos, y amplias libertades locales y regionales, como frontera contra las invasiones del Poder.

Don Manuel es el que se aferró al viejo centralismo constitucionalista, que sirvió, en los tristes reinados de Don Carlos, Don Luis y Doña María de la Gloria, de instrumento a la masonería, que procuró, por los medios más inícuos, demoler la fe del noble pueblo lusitano, entregándole, además, atado a la rapacidad británica.

Contra ese régimen de tiranía liberal y constitucionalista, que no fué más que el fomentador, el conductor y el productor de la revolución jacobina, que llevó el despotismo masónico al grado máximo, reacciona ahora, tendiendo la mano fraternal a los elementos monárquicos tradicionales, el integralismo lusitano, apoyado en una brillantísima juventud intelectual que se inspira en nuestro programa.

El liberalismo constitucionalista de Don Manuel, que no sería más que un jacobinismo atenuado en las formas, fracasó sangrientamente en la muerte de su padre y de su hermano y con el nacimiento y triunfo del monstruo que lleva en sus entrañas.

No es extraño que la Prensa sectaria aplauda a Don Manuel. El ha ligado su política internacional a la republicana, y además promete, y aunque no lo dijese ya se sabía, no alzarse contra los poderes que tiranizan a su patria.

No hay espectáculo más bochornoso que el de un pretendiente a una Corona ligado al Poder que ha derrocado a los suyos, prometiéndole no alzarse contra su dominación, menospreciando la conducta de sus partidarios, que hacen lo contrario, y recibiendo el aplauso de los que debiera combatir.

Don Manuel invoca su legitimidad de origen, pero le falta completamente la de ejercicio, que es la principal.

Nadie disputaba la legitimidad de origen de Alfonso VI, hijo mayor del primer Braganza, Juan IV; pero, como era un degenerado que no respetaba tradiciones ni decoro, aunque abdicó en favoritos inteligentes, las Cortes le depusieron, sustituyéndole con su hermano segundo, Don Pedro, regente primero y rey después.

Le sucedió Juan V, que mereció por su piedad el título de «Fidelísimo», y a su muerte ocupó el trono aquel José primero, más músico que gobernante, que puso su legitimidad de ejercicio

en manos de un tirano de inteligencia y carácter, fiel servidor de la masonería febroniana, el Marqués de Pombal; el que segó con furia fanática las cabezas de los grandes más ilustres del reino, los Tavora, los Ferreira, los Aveiros; el que quemó al santo P. Malagrida, excitando hasta la indignación de Voltaire, y del que hizo retrato cumplido Don Juan Valera al decir «que los gritos de estas víctimas claman aún contra el Marqués, y su sangre cubre con mancha indeleble a aquel tirano feroz que, después de servirse de los jesuítas para su encumbramiento, los persiguió con saña, se aprovechó de las confiscaciones para enriquecerse y era partícipe en una compañía que se dedicaba a la trata de negros.»

Si José I no muere a tiempo, la reacción católica y monárquica, producida por la tiranía de su Gobierno, le hubiese depuesto, a pesar de su legitimidad de origen, como depuso y desterró a su ministro en el reinado siguiente de Doña María I.

Don Miguel era hijo segundo de Don Juan VI, y contra su propio padre y contra su hermano Don Pedro se alzó para defender el principio católico y tradicional, poniendo con su gobierno gallardamente la soberanía de los principios sobre la meramente legislativa de las personas. Y las Cortes, a la antigua usanza, por clases, y a propuesta del Obispo de Viseo, le dieron la Corona que tropas extranjeras, ¡las mismas que lucharon contra Don Carlos María Isidro y apoyaron el trono de Doña Isabel!, le arrebatarán más tarde.

Nuestro querido compañero *A Monarquía,* órgano del integralismo lusitano, comprendiendo las necesidades de estos tiempos, y lo que exigen los problemas actuales, la controversia con los demás partidos, y una propaganda que sea verdaderamente apologética y no declamatoria, prepara, hace tiempo, un programa razonado, como hacemos nosotros, pues sólo el desconocimiento de la realidad, o la ignorancia osada, puede contentarse con una lista de venerables trivialidades.

Esa brillante juventud intelectual, que tiene las mismas ansias que la española, desea ese compendio doctrinal y a la vez práctico, y, como aquí se dice, gacetable, que encierre en un programa lo que pertenece a la escuela y al partido.

Afortunadamente para ella, ha encontrado una personificación monárquica en una rama de la dinastía indígena. Casado el primogénito de Don Manuel con una señorita yanqui, quedaba, por su matrimonio, alejado del trono, y, muerto recientemente su hermano Francisco José, el hijo mayor del segundo matrimonio, Don Duarte es el que ahora concentra las aspiraciones de los tradicionalistas lusitanos.

Don Duarte ha sido educado en la más ferviente fe religiosa por su piadosísima madre, que pertenece a una de las familias más ilustres de Austria, que pone por encima de sus blasones reales la Cruz, y por su padre, el noble y caballeroso Don Miguel, en el amor a las tradiciones patrias.

Don Duarte, sobrino carnal de Doña María de las Nieves, está, además, enlazado con ella por el parentesco de su madre con nuestra amada Infanta.

¡ Quién sabe si, al separarse definitivamente de los Coburgos constitucionales, los monárquicos que se habían hecho la ilusión de que los resultados de la tiranía jacobina fuesen capaces

de cambiarlos, al dirigirse ahora a Don Duarte, encuentren en él una solución providencial que los ayude a salir de la postración en que yace el pueblo hermano !

Don Duarte y los tradicionalistas lusitanos no siguen la dañosa política internacional de Don Manuel y la República, pues conocen bien la inicua manera como fué sacrificado Portugal por los aliados. Una vigorosa corriente de aproximación a España se despierta en nuestros hermanos, que saben que nosotros afirmamos y reconocemos la plena independencia de Portugal, y sólo queremos la libre federación que impone la Geografía, pero en pie de igualdad, sin absorciones, que para establecerla serían contraproducentes.

Y no nos extraña que, entendiéndolo así un distinguido escritor portugués, llegase en su exaltación a recordar las palabras del Vizconde de Almeida Garnet : «Españoles somos todos los que habitamos la Península ibérica» ; y que, expresando el alto sentido que les daba el comentador de Camoens, aun nos brindase, con generosa ilusión, con el príncipe a quien, por el nombre histórico que lleva, rodea una aureola romántica, se-

mejante a la de un Don Sebastián Afortunado, como un futuro emperador de la federación que junte a toda la raza dispersa o separada por otros imperios.

Aunque no lo sea, su política unirá y no alejará a los que la Historia, ministro de la Providencia, ordena en estos momentos aproximarse y abrazarse.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español,* el 5 de diciembre de 1919).

INTERNACIONALISMO

INTERNACIONALISMO

I

Las alianzas

¿Con Francia o con Alemania? — El deber de hablar claro. — Cómo en estos tiempos democráticos la diplomacia dispone en secreto del destino de los pueblos.

En este momento crítico de la Historia de España, ningún hombre público tiene derecho al silencio ni a envolver sus pensamientos en niebla.

La necesidad social, norma inmediata del Poder público — la mediata es más alta y rige a la necesidad misma — exige que todos los que pueden influir en el parecer de sus conciudadanos pongan luz interior en sus palabras para que se trasparenten bien las ideas y no sea el equívoco postigo por donde penetren en las almas la falacia y el engaño.

En estos tiempos de publicidad y democracia, más verbalista que real, basta que junten sus voluntades en conciliábulo algunos poderosos para que, en el secreto de una diplomacia que se nutre con sombras, se enajene el porvenir de un pueblo y se decreten y rubriquen catástrofes a plazo fijo.

Si pudiéramos leer en las almas de monsieur Poincaré y de los que van a dialogar íntimamente con él, sabríamos muchas cosas sustraídas al juicio público, que, sin embargo, tiene derecho a saberlas. ¿Se puede cambiar el rumbo de la Historia sin que se enteren ni den su consentimiento los que han de ejecutarlo? En la segunda mitad de la Edad Media era necesario el consentimiento explícito, o implícito cuando menos, de los Reinos para declarar una guerra, y antes de ella, para hacerla, se otorgaban públicamente los subsidios. Ahora se puede concertar una alianza que lo lleve implícito, y sólo después del éxito o del desastre hay obligación de dar cuenta a los que se salvaron de la matanza.

M. Poincaré, aun prescindiendo de la magistratura que ejerce, es la figura política de más

relieve en su patria. No es de creer que venga sólo a discutir las bases arancelarias y a establecer las de un empréstito con el señor Suárez Inclán. El viaje a Londres, las hipérboles dedicadas a España por la Prensa más afecta al Gobierno y las declaraciones de los periódicos alemanes, no dejan ninguna duda de que se trata de un viaje político para convertir la amistad en alianza.

Así, la cuestión internacional, que debió resolverse antes de las guerras coloniales, iniciada desdichadamente en la reunión de Algeciras, vacilante e incierta cuando las negociaciones del Tratado franco-español, se plantea resueltamente con el doble viaje de D. Alfonso y Poincaré.

El problema está erizado de interrogaciones, a las que es preciso contestar sin eufemismos ni hipocresías.

¿Es posible la neutralidad y el aislamiento?

¿Podemos evitar la cuestión, ser amigos de todos y vegetar modestamente en una situación sin compromisos?

No es posible la neutralidad y el aislamiento.

Una espesa red de intereses y compromisos diplomáticos atraviesa a Europa.

Aislarse es querer estar a un tiempo en Europa y fuera de Europa.

Si estalla la guerra, ningún poder político, ni el más humilde, podrá permanecer como espectador imparcial de la contienda. Todos serán empujados a la escena para tomar parte en el drama como actores o acompañando a los actores.

Y, siendo forzoso pactar alianzas, ¿hay libertad para elegir, como se quiera y donde se quiera, los aliados? No. En el cielo, cada vez más oscuro, de la diplomacia, no hay más que dos astros de primera magnitud que brillan con luz propia: Alemania e Inglaterra. Todos los demás son planetas que giran en torno de ellos, o satélites que arrastran. Querer juntarse amistosamente con ellos, o elegir alguno entre los distintos grupos, es cosa que pertenece a aquel género de simplicidad, tan común en los tontos que presumen de hábiles, que consiste en engañarse a sí mismos queriendo engañar a los demás.

Con Inglaterra y Francia, o con Alemania y la Tríplice. *Tertium non datur.*

Siendo forzoso aceptar una alianza, ¿cuál debe ser el criterio para la elección? — ¿Qué dice la Historia?

Puesto que es necesario decidirse por la Tríplice o la Entente, ¿en dónde se debe buscar, entre tantas ruinas morales y jurídicas como nos cercan, la regla de la elección?

En la Historia y la Geografía. El pueblo que prescinde de ellas no tiene derecho a tratar con los demás, porque empieza por renunciar a la existencia. La Historia, tomada en conjunto, no es obra del capricho de unos cuantos gobernantes: es obra del espíritu de un pueblo. Por eso refleja su carácter y sus aspiraciones.

La historia de las relaciones de Inglaterra habrá que empezarla en el siglo XIV con la separación de Portugal y terminarla, por ahora, en la internacionalización de Tánger.

Sería un enorme memorial de agravios, en el que se podrían ir señalando la mitad, por lo menos, de las causas de nuestra decadencia.

La historia de las relaciones con Francia, aun

empezada en las luchas del siglo XVI, que obligaron a Farnesio a salir de Flandes para ir a París, y terminada en el último Tratado de sus glosas, es una larga serie de desmembraciones territoriales y de influencias nocivas, a las que hay que cargar las otras causas de ruina que no corresponden a Inglaterra.

Nuestra grandeza es incompatible con la grandeza de Inglaterra. Si nosotros fuéramos grandes, ella tendría que huir del Mediterráneo o pagarnos tributo de servidumbre a la entrada.

Francia, más generosa que Inglaterra, y que ha recibido de ella casi tantas ofensas como nosotros, desde la guerra de los Cien Años hasta Fashoda, tiene aspiraciones de dominación en el Mediterráneo que no son compatibles con las nuestras.

Son enemigas o rivales; luego no pueden ser nuestras aliadas.

¿Y Alemania, Austria e Italia? ¿Qué agravios hemos recibido de ellas? Con Italia hemos tenido un intercambio, muchas veces secular, en que nosotros hemos puesto la fuerza y ella el arte, cuando no hemos puesto, confundidas, las dos

cosas juntamente. Italia influyó sobre España, y España sobre Italia, de tal manera, que no se pueden suprimir esas influencias recíprocas sin suprimir las dos Historias y desgarrar la vena latina que las enlaza y las fecunda.

Austria fué el mejor general de nuestros tercios, y se sintió herida, como España y por la misma arma, en el período francés de la guerra de los Treinta Años; y Alemania, que con ella se enlaza en sangre y hechos y soberanía, juntó su corona con la nuestra en las sienes de un Emperador que cubrió con los mismos laureles a tudescos y españoles. Bajo una dinastía germánica conquistamos y civilizamos a América, y bajo una rama dinástica afrancesada la perdimos.

Eso dice la Historia. ¿Qué dice la Geografía?

Uno de los brazos de España, la cordillera cantábrica, con el índice de Finisterre extendido sobre el mar, está señalando a América.

Las dos columnas de Hércules, tenantes de nuestro escudo, indican que las dos costas del Estrecho nos pertenecen y que debe ser nuestra la puerta del Mediterráneo.

Francia e Inglaterra, ¿nos reconocen y garan-

tizan la posesión de esa puerta, por donde se entra en el mar latino y en nuestra casa?

Ni la garantizan ni la reconocen: la prohiben. Por el artículo 7.° del Tratado franco-inglés, que debieran saber de memoria todos los españoles, se nos impide fortificar la costa marroquí. Inglaterra pone un veto absoluto a que fortifiquemos Punta Carnero y Sierra Carbonera, porque harían inútil a Gibraltar, pedazo de la Patria robado a traición, aprovechando una alianza contra los Borbones en una guerra europea. Inglaterra, de acuerdo con Francia, ha internacionalizado a Tánger, nuevo Gibraltar, y a Cayo Hueso y a su zona, arsenal y base de operaciones de las cabilas sublevadas.

Es decir, que se nos prohibe la posesión y la vigilancia de la puerta de nuestra casa y del mar Mediterráneo. La llave para abrirla y cerrarla está en manos de Inglaterra y de Francia. España no tiene derecho ni siquiera a ser centinela. Es un portero subalterno y sin sueldo, a las órdenes del que designen los amos.

¿Y eso es una alianza? Será la que medie entre un esclavo y un tirano, sirviéndole de aglutinante la vileza del primero y la opresión del segundo.

Eso es algo de lo que exigen Francia e Inglaterra... para no darnos nada.

¿Cuáles son las enseñanzas que se deducen de la Geografía?

¿Qué reclamaría Alemania? No nos pediría a Cartagena y a Mahón para establecer la comunicación con Argelia y Marruecos y la servidumbre de paso en el territorio para transportar, como Francia, el ejército africano.

No nos pediría que defendiésemos los puertos del Norte, que por sus condiciones se defienden solos; nos pediría y nos ayudaría eficazmente, porque su interés se confunde con el nuestro, la facilísima defensa de las rías bajas. Los canales de las islas Cies, en la de Vigo, y el que media entre la isla Godeiro y la Rua, que forman triángulo inexpugnable con la Salvora, en la de Arosa, sencillamente fortificados, impiden la entrada o salida de una escuadra, como saben muy bien los ingleses, que hacen de la capilla protestante de

Marín fortaleza mal disimulada para vigilarlas.

Alemania no nos impediría la defensa de las dos costas del Estrecho: la pondría como condición. Ella nos daría los medios de preparar, con la conveniente cautela, el emplazamiento, en ocasión oportuna, de baterías en Sierra Carbonera y en Punta Carnero para dominar el Peñón, y en los altos de Tarifa y Punta Almansa para dominar el Estrecho, y aun el de establecer líneas de torpedos y minas flotantes entre la isla de Perejil y la isla Paloma.

¿Qué alianza nos conviene más? La Geografía contesta lo mismo que la Historia.

Y aún añade: Fuertes en el Estrecho, recobráis en gran parte el papel que habéis perdido en el Viejo Mundo; podéis dirigiros al Nuevo y tender los brazos a los 18 Estados americanos que habéis amasado con vuestra sangre y que son obra de vuestra civilización. Y podéis formar con ellos un magnífico imperio moral que se traduzca en vínculos diplomáticos y comerciales y que dé a los hijos y a la madre fortaleza para resistir en América la invasión anglo-sajona de los Estados Unidos.

Pero ¿cómo vais a defender sus intereses y su civilización, que es la vuestra en América, si os sometéis a la rama primogénita de esa raza en Europa?

El punto de vista económico. — Los mercados de Francia e Inglaterra

¿Y los intereses comerciales? ¿Podemos prescindir de mercados como los de Francia e Inglaterra?

¡Los intereses comerciales!

Los Tratados de comercio y el cambio de productos no dependen de los Tratados diplomáticos.

Las mercancías no tienen opiniones políticas. Llevan de vanguardia el egoísmo de sus intereses y reducen todas sus alianzas al *do ut des*.

El precio de muchos productos, como los metales y las frutas, no lo fija ningún mercado particular; lo establece el mercado universal, que no depende del mal humor de dos ministros de Estado.

Los mismos pánicos bursátiles, artificiosamente preparados, no pueden localizarse en una

Bolsa. La solidaridad del crédito y de los fondos públicos entre los Estados obliga a limitarlos para no recibir el golpe de retroceso de sus repercusiones.

Inglaterra compra minerales en Bilbao, porque le hacen falta y le conviene, no por amor a nosotros.

Francia tiene productos análogos a los nuestros, y Alemania diferentes, y por eso la primera tiende a cerrarnos su mercado y la segunda a abrirlo cada vez más.

Italia, península mediterránea como nosotros, y que tiene fronteras en Europa y en Africa con Francia, como nosotros, pertenece a la Triple Alianza, y sigue comerciando cada vez más con Inglaterra y con Francia.

El punto de vista del interés político contra un peligro interior. — La alianza con Alemania, ¿sería peligrosa para la paz?

¿Se quiere la alianza con Inglaterra y Francia para encontrar amparo contra algún peligro interior que comprometa el interés dinástico y político? Eso sería subordinar el deber de servir a la Patria al interés bastardo de servirse de ella para ir viviendo. Es la conducta de todos los Poderes débiles, que el miedo sacude con sus temblores y que, a fuerza de transigir, dejan en manos de sus enemigos hasta el instinto de conservación.

Una monarquía que busque en el jacobinismo francés apoyo contra los desmanes del que ese jacobinismo ha engendrado y alimenta, no necesita tomar precauciones contra ningún peligro; los lleva dentro todos. Su ceguera no hace más que denunciarla ante los que todavía no tienen cataratas en los ojos.

Del amparo de Inglaterra puede dar razón don Manuel, de Portugal. La Gran Bretaña ha derribado muchos poderes en el mundo, pero no se sabe que haya levantado y engrandecido a ninguno, como no sea para tirarlo de más alto.

Pero la alianza con Alemania ¿sería una alianza belicosa que contribuiría más a encender la discordia del mundo, y a precipitar la guerra? Al contrario, contribuiría, en lo posible, a retardarla. España vale mucho más que sus Gobiernos.

La nación es muy superior al Estado; y aunque su espada no sea ni una daga comparada con la de otros días, pesa bastante para inclinar una balanza, y tiene, además, lo que se llamó, con exageración retórica, pero nada más que relativa, la omnipotencia geográfica.

Unida a Alemania y fortificada en el Estrecho, obligaría a Inglaterra, que es muy cortés y amable con los fuertes, a parlamentar con su rival y a entenderse con ella.

Las garras de sus leopardos no permanecerían ociosas, y pronto encontrarían, como desquite, alguna nueva víctima que proteger.

Francia, separada de Inglaterra, se entendería fácilmente con Alemania por medio de las dos penínsulas latinas, que encontrarían la manera de salvar la majestad olímpica de su amor propio, convenciéndola de que una efemérides que está casi a medio siglo de distancia, el año terrible, el 70, no es un programa, y haciendo, además, gustosas el oficio de amigables componedores.

La distancia de Alemania. — ¿Hay comunidad de sangre y raza entre Francia y España?

Pero, si se invoca la Geografía y la Historia, ¿por qué no se tiene en cuenta que Alemania, como se ha dicho recientemente, está muy lejos de España? ¿Por qué no se recuerda, como lo ha hecho elocuentemente en su brindis palatino M. Poincaré, la comunidad de raza y sangre entre franceses y españoles?

Es verdad, Alemania está lejos de España; pero está tan cerca de Francia como España, y más cerca que ella de Inglaterra.

España, unida a Francia, está prisionera de las dos Francias de que hablaba proféticamente Valdegamas: la que empieza en los Pirineos y la que se prolonga por Argelia y Marruecos, hasta el Atlántico.

España, unida a Alemania e Italia, cambia los términos y hace prisionera a Francia, cercada por los Pirineos, por los Alpes y el Rhin.

El ilustre Melgar recordaba ayer la sentencia del Canciller de hierro, a quien no se negará que

entendía algo de guerras y alianzas; los pueblos separados por otros, decía, se entienden mejor que los vecinos, porque la distancia aleja los rozamienos y los litigios inevitables en las fronteras.

La comunidad de raza y sangre es uno de los tópicos manoseados en los juegos florales de la diplomacia sentimental, y que desmienten los historiadores y los hechos.

El Mediodía de Francia, vasco y provenzal, depurado de influencias extrañas, es verdad que pertenece a nuestra estirpe, y varias veces, desde los caudillos godos de Narbona, nos cubrieron iguales o análogas soberanías; pero los galos del Centro y los del Norte, mezclados con diversas variedades germánicas, no tienen nuestra contextura étnica, a pesar del sello que con presión diferente puso sobre todos Roma.

El muérdago de la encina sagrada, si es que llegó a verdeguear en algún punto de nuestra tierra, no necesitó que le cortase la segur de oro de los druidas galos, porque se debió caer solo o podado por el hierro de otras gentes.

En la geología de nuestra raza hay capas su-

perpuestas que no se encuentran en la francesa o que están de diferente manera compuestas. El corte de las dos no se corresponde, y los fósiles que en ella han quedado, tampoco.

Por eso no está de igual manera formada la sangre que circula por las venas de los dos pueblos. Mirando el conjunto, el «champagne» es la sangre de los franceses y de las francesas.

La sangre española oscila entre el chacolí y el jerez, pasando por el valdepeñas.

Sobre suelo y savia y tronco distintos, no obraron de igual manera el sol y la atmósfera, la Iglesia y Roma; y las ramas y las flores no se parecen más que mirándolas de lejos.

Sumando con diligencia todas las semejanzas y ocultando todas las diferencias, podremos llegar a considerarnos como hijos de la misma familia; pero es innegable que hemos salido con genio diferente y con caracteres opuestos.

Los franceses tienen algunas cualidades que debemos envidiarles, y nosotros tenemos otras, que debieran envidiarnos. No hay más que comparar su gran siglo con el nuestro, que le precedió y era más grande, y se ve que el contraste

no es menor que el de Felipe II y Luis XIV.

La diplomacia no debe pretender la unión íntima de lo que está separado por la psicología. Un poco separados de los franceses es como estaremos más unidos con ellos.

¿Y los alemanes no son más diferentes de los españoles que los franceses? Sí; pero la diferencia se refiere a órdenes diversos, a géneros distintos; y por eso no hay contradicción, porque, para que exista, es necesario que haya unidad de sujeto, al que se atribuyan las cualidades positivas y negativas, y con los alemanes no tenemos esa unidad de diferencia, y con los franceses, sí.

¿Se puede resolver la cuestión de Marruecos sin tropezar con Francia? ¿El antimilitarismo y el pacifismo hará imposible la guerra europea?

¿Y la cuestión pavorosa de Marruecos? ¿No tropezaríamos con Francia a cada paso si tratásemos de resolverla sin ella? Y si la corriente

pacifista y la antimilitarista y los enormes intereses comprometidos impiden la guerra europea, ¿qué perderíamos con la alianza francesa e inglesa?

Podríamos ceder a Francia e Inglaterra toda la zona española, incluyendo a Melilla, a cambio de Tánger y toda la costa hasta Ceuta, con la libertad de fortificarlas; y de seguro que no aceptan el trato, temerosas de perjudicarnos. ¡Velan tanto por nuestros intereses, que olvidan los suyos!

Hemos tropezado con Francia antes del Tratado, durante las negociaciones del Tratado, y después en varias aplicaciones del Tratado.

Con Francia e Inglaterra estaremos contra Alemania, y sin ella y contra ella no daremos un paso seguro en Marruecos; toda paz será un descanso para una nueva guerra, y la doble sangría militar y económica concluirá por dejarnos tendidos delante del Estrecho, sin la bolsa y la vida.

Si estamos unidos a Alemania, no tropezaremos con Francia, porque tropezará Francia con ella.

El antimilitarismo y el pacifismo no evitan la guerra europea; la anuncian y la preparan.

Los antimilitaristas, colectivistas, sindicalistas y ácratas, para enumerarlos por los grados de descenso hacia el abismo, no quieren la guerra entre las naciones, porque la quieren entre las clases que las constituyen; y esto es hacer que todas las clases amenazadas con el saqueo y el degüello se junten entre sí y se enlacen al través de los pueblos para que la guerra sea universal. ¡Singular manera de evitarla!

El pacifismo sentimental, filantrópico, lacrimoso, nunca aparece en el horizonte de los pueblos corrompidos con el ramo de oliva en la mano, sin que por el lado opuesto asomen las espadas teñidas de sangre.

Los historiadores que han investigado los orígenes de la Revolución, han trazado el cuadro de las modas y costumbres que precedieron a la catástrofe.

El jardín inglés, el aprisco suizo, la vaquería, la cabaña, trajes de pastoras y zagales, un amor desbordado a la Naturaleza, hasta idealizar el salvaje y la vida de la selva; el horror a la pena

de muerte y a la sangre; Flora, Diana, Pablo y Virginia, la Nueva Eloísa, con los besos rústicos, a la sombra de los castaños; idilios, églogas y madrigales, el haz de paja y de espigas, y el Amor disparando su flecha en la enramada sobre los corazones adormecidos en el césped al lado de la fuente murmuradora...

¿Y después? La santa guillotina, el pantano de sangre del Terror, las cabezas segadas... la de Luis XVI, que representaba la autoridad; la de María Antonieta, el amor martirizado; la de la Lamballe, la hermosura; la de Lavoisier, la ciencia; la de André Chenier, el arte... rodar de tronos y altares y cañones, y las legiones napoleónicas saltando todas las fronteras y haciendo temblar el suelo de Europa, sobrecogida de espanto.

¡Paz! ¡Paz! El heraldo divino no la trajo más que a los hombres de *buena voluntad*.

No hay más que dos maneras de acabar con la guerra en el mundo: hacer una reforma psicológica en la naturaleza humana por medio de la amputación de todas las pasiones, o reconocer la soberanía absoluta de Jesucristo con sus dos Códi-

gos: el Decálogo y el Sermón de la Montaña.

No se ven señales de esas reformas. En cuanto a la primera, hay temores fundados de que sean las pasiones, en vez de suprimidas, soberanas. En cuanto a la segunda, apenas hay un Estado que no sea un Calvario, si se prescinde de la crucifixión de los ladrones.

Mientras el deber moral no reine sin limitaciones constitucionales, habrá una batalla en cada pecho. Y si está la guerra dentro, ¿cómo ha de estar fuera la paz?

El nuevo templo de Jano, levantado en La Haya, no habría podido cerrar sus puertas desde que se puso la primera, si aquélla hubiera sido la última. Y no las cerrará por algún tiempo, hasta que una bandada de buitres diplomáticos se congregue en sus salones y resuelva cómo se han de repartir los miembros palpitantes de los Estados que sucumban en la guerra europea.

A ella vamos, y ciego está o quiere estarlo el que no la vea venir. Los ejércitos más numerosos que recuerda la Historia, acampados sobre la hacienda de los pueblos, y las ambiciones que gravitan sobre ellos, ¿están preparados y redo-

blan sus fuerzas y maniobras y se ensayan para hacer alguna peregrinación cívica al palacio de La Haya, y regresar dispersos y cantando el himno de la paz, después de haber dejado allí, como tributo a la fraternidad universal, hacinadas las cureñas y en pabellones los fusiles?

Si la guerra europea estalla, ¿cuál sería nuestra suerte, si Francia fuese vencedora? ¿Cuál si fuese vencida?

Y si la guerra europea estalla, ¿cuál será nuestra suerte y la de la República francesa? Si Francia lograba la victoria, ¿no conseguiríamos grandes ventajas? Y si salía derrotada, ¿serían muchos nuestros males?

El primer cañonazo que se dispare en el Rhin, es el primer toque funeral por la República francesa. El general que venciese en dos grandes batallas a los alemanes, no daría la tercera sin ser ya Emperador de los franceses. Y si Francia fuese invadida, sus Ejércitos arrollados, y se repitiese la tragedia del 70, la República sería el editor responsable, y, después de una *Commune*

que haría de la primera un idilio, sería sustituída, sobre lo que restase del gran pueblo, por una Monarquía o un Imperio. Dios, que ama a los francos, no dejaría caer sobre ellos tan duramente su mano, que permitiese que ocupara el trono un Orleans. La misma generosidad del vencedor sería instrumento de la suprema misericordia, impidiendo tal castigo.

Esa sería la suerte de la República. ¿Cuál sería la nuestra?

Si Francia resultase vencedora y penetrase en Berlín, habría que dilatar las fronteras de Europa para que no se asfixiase su orgullo. Una ola de champagne y de couplés anegaría al mundo. Se pensaría en cubrir la zona ecuatorial con una faja de la Legión de Honor, y los alemanes supervivientes procurarían la manera de utilizar los dirigibles que se hubiesen salvado para emigrar a otro planeta.

¿Francia vencedora? Sin embargo, si el Emperador Guillermo, después de pelear heroicamente, cayese prisionero con todos los príncipes de su casa, Francia le llevaría a las Tullerías y se inclinaría respetuosamente y le escoltaría hasta

la frontera de lo que quedase de su Imperio, pero no le encadenaría jamás en una roca del mar para que aumentase con su tristeza la amargura de las olas. ¡Eso sólo lo hace Inglaterra!

¿Y qué nos pasaría a nosotros? Si Francia resultase vencedora, España sería su colonia y la luna de ese sol.

¿Y si fuese derrotada? España pagaría con mermas de su independencia parte de la indemnización, y con puñados de su tierra se cubriría el charco de sangre en que cayese Francia.

El porvenir de Francia. — Relación entre la guerra irreligiosa interior y la militar exterior. — Influencia en las alianzas, de una restauración monárquica en Portugal.

¿Y qué sucederá? El hombre produce libremente los hechos que forman la materia de la Historia. Es dueño de poner las premisas, pero no de evitar las consecuencias. Manda en los antecedentes, pero no en el enlace con los consiguientes.

Si Francia, con ingenio que le sobra y habi-

lidad y audacia que no le faltan, tomase la delantera, y por la tierra y por el aire y por el mar, con soldados, aeroplanos y acorazados, invadiese a Alemania, llegaría tarde... Alemania la habría invadido antes con una poderosa fuerza auxiliar colocada a retaguardia de sus soldados, de sus aeroplanos y de sus acorazados... ¡las escuelas laicas!

La disciplina militar, como todas las disciplinas, se funda en la obediencia, y la obediencia en la jerarquía, y la jerarquía en la dependencia, y la dependencia externa en el deber moral, y el deber en una ley y en una voluntad que estén sobre la razón y lo impongan a la razón. Sin esa primera dependencia, todas las demás quedan sin base.

Proclamar el derecho de romper las relaciones con Dios, y exigir al mismo tiempo la sumisión a las externas que establece el Estado, es conceder el derecho a lo más y negar el derecho a lo menos.

Reducir toda la vida a la presente, es declararla fin último. Pedir después que se sacrifique al bien de generaciones futuras o de abstracciones, es convertirla en medio, y no pueden ser las dos cosas a un tiempo.

De la teofobia, el odio a Dios y la negación consiguiente de la vida futura, salen el sacrificio de los demás, cuando son un obstáculo al placer, y la muerte propia, cuando el placer termina; pero ¿quién sacará el sacrificio por los demás y la muerte por la Patria?

Francia se desgarró las entrañas en una guerra implacable contra sí misma. Del Kulturkampf germánico, que fué un episodio y un escarmiento, el Estado francés hizo un programa. Separó por abismos de odio las conciencias, rompió la solidaridad social, y, del Poder público de todos, hizo el Estado de algunos contra los más.

Cuando ponga en movimiento sus huestes, verá que el mayor enemigo no le tiene enfrente, le lleva dentro.

Si Francia, cabalgando sobre su genio, pusiese en su pecho la armadura y la Cruz de Juana de Arco, podría salvarse y salvar al mundo. Pero pisa la Cruz y adora el triángulo masónico, y se pierde y nos pierde.

Un día, Bismarck lanzó ante varios amigos

y un periodista, que la hizo circular, esta terrible frase, hablando de los pueblos latinos concitados contra su política:

— Es preciso fomentar en ellos el parlamentarismo y debilitar el catolicismo, que es la única fuerza viril que les queda.

¡Y Francia ha convertido en norma y en hecho la táctica que su vencedor afirmaba para hundirla!

Un retoño del jacobinismo francés, nacido en el sepulcro de Pombal, alimentado con substancia de Febronio y crecido y desarrollado en la Logia, hizo su aparición oficial más solemne, con una espantosa carnicería monárquica, que recuerda la destrucción de los Omniadas.

La monárquica y conservadora Inglaterra le protege, y la República francesa ve en él la carne de su carne... Pero como lo violento dura poco, y la anarquía no es estable, y la vida social no puede coexistir con una serie inacabable de motines y explosiones, es muy probable que se venga al suelo al primer choque serio el retablo de los tiranuelos y que les suceda una restauración monárquica.

Don Manuel parece que aprendió en el destierro lo que no pudo alcanzar en un trono ensangrentado.

Si vuelve a ocuparlo, no lo pondrá bajo la tutela de Inglaterra, protectora de Alfonso Costa: lo irá a buscar en donde ha encontrado augusta compañera.

¿Han meditado los nuevos afrancesados la importancia que tendría en la política internacional de España un Portugal desbritanizado y recibiendo en Cascaes los imponentes acorazados de Alemania?

Los anuncios de los grandes pensadores. — Los presentimientos de Balmes. — Los vaticinios de Donoso Cortés y Pastor Díaz, sobre las alianzas con Francia e Inglaterra.

¿Pero el error de las alianzas con Francia y con Inglaterra, no lo vieron los pensadores y los políticos eminentes anteriores, y es cosa revelada sólo, ahora, a los humildes que se atreven a levantar su voz turbando el rumor de los aplausos?

Aquel joven ilustre que tenía la vista muy

potente, porque estaba acostumbrado a mirar sin fatigarse las cumbres de la Metafísica, vió todas esas cosas y algunas que se verían más tarde. Balmes, que luchó cuerpo a cuerpo con Guizot, el doctrinario, y le venció, desplegando en una de las más grandes síntesis de la Filosofía de la Historia el cuadro de las dos civilizaciones que se reparten el mundo, anatematizó la alianza con Francia y con Inglaterra, y anunció muchas de las enfermedades que ahora padecemos, echando la culpa a nuestro propio cuerpo.

Y Donoso Cortés, el gran Donoso, que no fué bien comprendido por sus contemporáneos porque no alcanzaban los horizontes que él divisaba con el telescopio de su inteligencia, es el que formuló aquella portentosa profecía deletreando, como un vidente de Israel, el porvenir de Francia. Antes de la revolución del 48, anunció la caída de Luis Felipe, el triunfo de la República, el advenimiento de un Bonaparte, su ayuda a la unidad italiana, y cómo ésta pasaría los Alpes y se encarnaría en Alemania, y chocando, para manifestarse más tarde, con el Imperio francés, le vencería.

Donoso amaba ardientemente a Francia y rendía homenaje de admiración a la soberanía de su ingenio, que penetró muchas veces el suyo. Pero amaba más a la verdad, y se la dijo en público y en secreto, y la refirió a los estadistas españoles en íntimas confidencias familiares y diplomáticas.

En una carta (todavía inédita, que con otras suyas poseo) escrita en 26 de febrero de 1843, desde Berlín, donde acababa de llegar de embajador de España, y antes de posesionarse del cargo, y dirigida al general Narváez, que a la sazón era presidente del Consejo de ministros, ¿cómo juzgaba a Francia y cómo empezaba a ver a Prusia? Con estas palabras, que son una adivinación de los destinos de Alemania y una sombría y pavorosa sentencia sobre Francia:

«Me propongo estudiar detenidamente el movimiento político de esta gran parte del mundo, de donde, si yo no me equivoco, vendrá el bien o el mal para Europa» (Y no se equivocaba. Y esto se escribía en 1843).

»Aparte usted los ojos de Francia. Francia,

suceda lo que suceda, está perdida. Su decadencia es un hecho consumado. República, Monarquía o Imperio, será de todos modos impotente. Es posible que tenga todavía algunos momentos de reposo; pero esos períodos serán efímeros. Su papel ha concluído en la Historia. El día antes de salir de París se lo dije bruscamente a monsieur Mote, en casa de Rostchild. Comenzó por asombrarse y concluyó por decir que, todo bien considerado, pudiera suceder que yo tuviera razón... Esto no obstante, seguirá llamándose nación de primer orden por algunas veintenas de años, todavía; pero esto consiste en que los nombres duran más que las cosas».

Aun suprimiendo sombras en esta predicción tan pesimista, ya se puede calcular lo que pensaría Donoso de una alianza con Francia, a quien consideraba más que decadente, o con Alemania, cuya grandeza ya presentía.

Otro orador insigne, pensador notable y altísimo poeta, fraternal amigo de Donoso, Pastor Díaz, muy pocos años después, en 1846, en un estudio sobre los partidos políticos, hablando de la acción de Inglaterra sobre España, y vaticinando nuestro porvenir, trazaba, con pluma inspirada, esta página candente:

«Llegará el día que una nación, cautelosa y sagaz, recoja el fruto de sus profundos cálculos, poniendo a gran precio de señorío el amparo de los intereses revolucionarios. Llegará el día en que la potencia más simpática con la reacción, sólo pueda añadir peso de impopularidad sobre el poder que naufrague. Entonces la Inglaterra, invocando contra dos naciones la razón que no tendría contra una sola, podrá arruinar nuestras colonias y destruír nuestro comercio en nombre del derecho de gentes. Entonces Francia, por cuyo aborrecimiento nuestros monárquicos padres precipitaron del trono a sus ancianos Reyes (el motín de El Escorial), no robustecerá mucho las creencias monárquicas de la generación presente. Entonces, en vez de una política de Luis XIV que llegue a Los Algarbes, habrá un Tratado Methwen que llegue a los Pirineos. La España no será el Portugal de la Francia; pero la Inglaterra habrá llevado su Tajo hasta el Bidasoa. ¡ Ay de nuestra nacionalidad aquel día ! ¡ Ay de la España constitucional e independiente que ha-

bíamos soñado! ¡Ay de nuestros hijos, cuando lloren, bajo los sauces de Babilonia, por más que se rieguen con agua del Sena las lágrimas del cautiverio! ¡Ay, quizás, de la Polonia del Mediodía, cuando el valor sea estéril y la temeridad ridícula! Los Kosciuscos, los Sobieskis, los Poniatonwschis, esforzados eran; y los hijos de esos héroes no tienen patria. La Francia no ha dado a sus aliados de 1812 más que una iglesia para celebrar los funerales de sus mártires. Nosotros tendríamos aún el desconsuelo de no poder ir a llorar las memorias del patriotismo sino a las regiones donde no hay libertad. ¡Oh! No podríamos ir a parte alguna, porque oiríamos dondequiera esta formidable sentencia que la filosofía moderna ha pronunciado por boca de una mujer ilustre: «Los individuos pueden no tener culpa de las desgracias que les suceden; pero las naciones merecen siempre la suerte que les cabe».

Y todas estas cosas se dijeron hace setenta años. Y durante ese tiempo, una serie de hechos, que los grandes pensadores no podían ver, confirman sus vaticinios. Y nuestros políticos, vuel-

tos de espalda a los anuncios y a los hechos, y a la Geografía y a la Historia, parecen dirigirnos con una venda en los ojos.

Es cosa de levantar temblorosas las manos al cielo y decir al «Rey de Reyes», al «Dios de los Ejércitos», cuyo nombre ya no se atreven a pronunciar algunos poderosos: ¡Señor, Señor, que no sean tantas nuestras desventuras, que lo que vieron hace setenta años las águilas, no lo vean todavía nuestros gobernantes, cuando ya lo divisan hasta los gorriones y los vencejos que anidan en los aleros de nuestra casa!

(Publicado en el *Correo Español,* el día 9 de octubre de 1913).

II

La neutralidad. — Unas declaraciones

«La palabra del insigne orador tradicionalista fluye siempre abundante, rápida y expresiva. Aun en la afable llaneza de su intimidad, su discurso es una «suasoria». Habla con la firmeza de un convencido, y defiende sus convicciones como un cruzado. Nunca el periodista le requiere en vano en cuestiones que afectan al inte-

rés público. Ni recata sus ideales, ni los disfraza en su verbo, que deleita y tiene en todo momento valor positivo.

Paladín animoso, durante mucho tiempo, de una alianza con Alemania, acosábanos en las actuales circunstancias el deseo de saber cómo, en su concepto, debía proceder España frente al conflicto europeo. Y, a la verdad, el elocuente diputado no defraudó nuestra esperanza. Fué claro, preciso, terminante.»

— Al requerimiento de *A B C* — nos dijo — cumpliría yo con reproducir la nota oficial del partido tradicionalista, publicada en *El Correo Español* y recogida por casi toda la Prensa. Ella concreta nuestro pensamiento y nuestra actitud para ahora y para lo por venir. Y ella es la norma de mi asentimiento al presente estado de cosas en relación con la guerra.

Por amor a España y por interés mismo de nuestra nación, queremos la neutralidad, y debemos mantenerla a ultranza, y resueltos a que no se quebrante por nada ni por nadie tal actitud, única que sobre el plano de los sucesos cabía en estos momentos adoptar. En eso la opinión general, con la cual el Gobierno ha acertado a ponerse a tono en su acuerdo, no ofrece equívocos.

En cuanto a mí, he de declarar que no me ha sorprendido este gran conflicto internacional. Lo vi dibujarse en el horizonte de Europa, cuando se convocó y celebró la Conferencia de Algeciras. El 17 de diciembre de 1912 ya anuncié al Parlamento y al Gobierno esta guerra, que conmueve los cimientos de tantos pueblos; y todavía en dos ocasiones posteriores, el 31 de enero de este año, al discutirse el tratado franco español sobre Marruecos, y en el mes de marzo último, insistí en la misma predicción. Bastaba para ello tener en cuenta la situación de la política internacional y los factores que actuaban en los destinos de Europa.

En estas circunstancias, el papel de España es no intervenir en el conflicto. Intentar ahora salir de esta norma de conducta, más que una temeridad, sería una locura; queriendo acudir a la guerra fuera, se provocaría la más grave perturbación dentro. Y no se diga que, para prevenir a todo extremo un cambio de actitud, sólo en caso de ser agredidos dejaríamos de ser neutrales.

¿Quién nos forzaría a romper la neutralidad?

Cui prodest? Yo creo firmemente, por informes míos directos y por los elementos de apreciación que ofrecen, a mi juicio, la realidad internacional y el conocimiento que tengo de las cosas de Alemania, que de esta nación no ha de partir la agresión a España. No lo espero. Ni está en sus propósitos, ni, tal como las cosas están planteadas, entra en sus conveniencias y cálculos crearse más enemigos.

En este punto, el único peligro está, para nosotros, del lado de Inglaterra y Francia. Una u otra pueden, en su interés, porque España corra la suerte de los que luchan y no permanezca cruzada de brazos, empujarnos a ejecutar actos o sancionar omisiones que sirvan de pretexto para que Alemania aparezca como provocadora y agresora. Y esto sí que importa prevenirlo y evitarlo, resistiendo tenazmente todo intento que se haga para que abandonemos nuestra posición de neutrales. Hoy no hay derecho a exigírsenos más. Ni siquiera invocando alianzas, que, desde que se iniciaron, yo, como español, consideré funestas, por ser contrarias al interés primordial de mi país.

Lo ocurrido ahora en Tánger es una muestra de los peligros que recelo y una advertencia para tenida en cuenta. En eso, la invocación de la autoridad del Sultán nos ha puesto a cubierto de una inminente complicación. Pero ¿quién nos puede asegurar que nos veremos libres de otros incidentes que se susciten para estrechar y cambiar nuestra actitud presente? En ello es donde está el riesgo. ¿Sabremos conjurarlo?

En la vida de la independencia de los pueblos, la Historia y la Geografía son inseparables, y en esta conjunción y compenetración debe descansar la razón suprema de su política internacional. España, al concertar sus alianzas, debió no perder de vista su autonomía geográfica, para fortalecer y garantizar su integridad como potencia europea. No por otros móviles que por conciencia de estos altos intereses de nuestra nación y de sus necesidades he venido yo defendiendo la alianza con Alemania, que en los tiempos de Canalejas, con quien hablé muchas veces de esto, pudo llevarse a cabo, y que luego hicieron imposible otros convenios.

(Publicado en *A B C*, el 29 de agosto de 1914).

III

Los motivos políticos y los falsamente patrióticos de la intervención.

— ¿Y cuáles son los otros motivos que cree usted que se pueden invocar para obligarnos a intervenir?

— Son los políticos y los que se inventan para deslumbrar el patriotismo. Los primeros se agrupan en dos categorías, según el origen y la conveniencia que los inspira: exteriores e interiores.

— ¿Cuáles son los móviles a que puede obedecer el que desde fuera hagan presión y nos empujen a salir de la neutralidad?

— En mi discurso de Santander, al fijar el fundamento de la neutralidad, le señalé bien claramente.

Todo pueblo tiene el derecho esencial de permanecer neutral en una contienda que no le toca directamente, porque él es juez de sus intereses; y si no lo fuera, no sería soberano y no formaría

Estado. El que contra su voluntad trabaje y maquine para obligarle a que intervenga, lesiona ese derecho, y es, aunque diga otra cosa, enemigo de quien quiere ejercerle. ¿Desea su bien o simplemente respeta su derecho? Pues no debe intervenir en su neutralidad, para forzarle a que intervenga en su contienda.

¿Ama de tal manera sus intereses que quiere que le sirvan de medio los extraños? Pues, tratándose de una contienda que es una guerra pavorosa, la más grande que se ha conocido, y para la existencia de varias naciones decisiva, no puede haber más que estos motivos que dicta el egoísmo colectivo: primero, impedir que el pueblo neutral llegue al final de la lucha con sus energías intactas, mientras los otros las gastan, porque del contraste resultaría que ganaba todo lo que los otros perdían, y, sin hacer otra cosa que conservarlas y reservarlas, habría subido, en la escala de las potencias, lo que habrían bajado las otras; y suplir las fuerzas que flaquean y se rinden con otras aunque sean pequeñas, y se las conoce en la clase de las razas inferiores, por lo cual no sólo se aleja o se dismi-

nuye la derrota, sino que se aumenta la catástrofe y se suprime al que, de otra manera, podía llegar a ser fuerte y rival futuro.

Y conociendo estos motivos, formas del apetito y del miedo, es fácil saber de qué linaje serán los inferiores, por sus condiciones más personales que objetivos.

Prescindo de las conciencias de alfiler, de las voluntades asalariadas. Los que se venden son de quien los compra; y si el mercader es un extraño a su Patria, no forma parte de ella, aunque haya nacido en su suelo. Y no se puede hacer la injuria a ningún partido de suponerlo formado por traidores, excepción criminal que puede penetrar calladamente en todos.

Otro de los móviles es la pasión de secta que llega hasta poner el odio sobre todas las cosas. El «sálvense los principios aunque perezcan las colonias», lo aplica también a las naciones que quiere colonizar con sus principios.

Hay gentes que creen de buena fe que la Libertad, el Derecho y la Civilización y la Humanidad, con mayúsculas y todo, están representados por un grupo beligerante, y que el otro es una

colección de trogloditas con buena artillería; la Civilización, con todos sus esplendores, está de un lado, y la Barbarie, próxima al canibalismo, de otro.

Al oirlos, parece que quieren que se intervenga en la lucha por temor a que los coman.

Los que los mueven y les dan la consigna del Derecho y Libertad, no son tan cerriles; pero han tomado como figurín intelectual un jacobinismo trasnochado que ha hecho del atropello una norma y de la destrucción del prójimo un oficio, y creen que, si triunfan los imperios centrales, van a quedar con los entendimientos desnudos y a la intemperie por falta de modistos. Para éstos la intervención es una cuestión de indumentaria espiritual.

Otro de los móviles, uno de los de más fuerza, es una acción sorda, inconfesable, pero que agita con mucha frecuencia el cielo parlamentario y que no tiene más que un programa, que formula en esta pregunta que constantemente se dirige a sí misma: ¿Qué es lo que conviene a mi ambición... o a mi interés? (porque eso es lo que ambiciona). Si triunfa tal grupo, ¿triunfa-

ré yo de mis rivales y enemigos? Y si hay dudas, una tabla de logaritmos decide la cuestión. Si preguntaran antes: ¿Qué es lo más conveniente a las necesidades de mi pueblo? ya no serían ellos, porque le servirían, en vez de ponerlo a su servicio.

— Pero ¿sólo hay esas clases de hombres y de móviles intervencionistas?

— No, no; hay muchos, quizás los más, que obran bajo las sugestiones del miedo que ha sabido infundirles el que los empuja. Estos no conocen bien ni la Historia ni la Geografía de su pueblo ni las condiciones de su contrario. El período de decadencia en que han tomado parte, y el escepticismo moral que producen las atmósferas viciadas, los priva de energías, porque miran por las suyas las ajenas, y fácilmente se amedrentan con la amenaza de los que creen invencibles.

No arrastran a los demás a la intervención más que por ser arrastrados ellos.

— Y los móviles sentimentales y falsamente patrióticos de que usted hablaba, ¿cuáles cree usted que son?

— Yo no pienso que nadie, que tenga sano el corazón y el juicio, crea que es conveniente lanzar a su madre en la hoguera para sacarla convertida en ascuas. La esperanza de que salga ilesa y aun que mejore, podrá ser una ilusión; pero no me extrañaría que algunos le deseen eso y se dejen seducir y seduzcan a otros, si son ciertos los rumores que por buenos conductos han llegado hasta mí.

Figúrese usted que, además de infundir la creencia en la victoria final de un grupo beligerante y de inclinar el ánimo temeroso sobre la coacción de la amenaza, se pone en perspectiva el Peñón y una armonía ibérica, por ejemplo.

Yo, que conozco bien, por más de veinte años de trato, a nuestros parlamentarios, puedo asegurarle que no todos son raposas, aunque sea numerosa la familia; sino que abundan también las codornices sencillas, y no me extrañaría que algunas cayesen en el estrecho lazo.

— Y si ese ofrecimiento, que también responde a dos de los ideales defendidos por usted en el discurso de la Zarzuela, se hiciese, ¿cree usted que, dadas las circunstancias, no sería sincero?

— ¡ Sinceridad ! Hay ciertas sinceridades que se parecen mucho a una que conocemos todos : ¡ la sinceridad electoral !

Cuando hay un litigio, cuando está planteado un pleito y va a ser resuelto en instancia, y el que ha perdido las dos primeras propone la entrega de una parte de lo que está en cuestión a cambio de otras cosas que exige de presente, ¿ cree usted que aceptará el trato el que no se declara codorniz ? Si el litigante que ofrecía peñones y armonías, triunfaba, toda la Península sería Peñón ; y si era vencido, lo seríamos con él, y entonces tendríamos el Peñón encima. ¡ Para que se posen sobre él las codornices !

— Y pensando así, ¿ qué procedimientos cree usted que se emplearían para llevarnos a la intervención ?

— Los que se ven y los que se entrevén y que pueden exponerse con ese orden : Primero, presentar el malestar económico como resultado del bloqueo ; segundo, las zonas peligrosas como un atentado ; tercero, un torpedeamiento a varios barcos considerado como un ultraje a la dignidad nacional ; cuarto, una nota demasiado enérgica,

que moleste al que la recibe y le obligue a romper las relaciones... Lo demás consiste en echarle la culpa y decir que quien ha roto es el que recibió la nota...

Y si, además, hay en perspectiva un pacto con la victoria y la esperanza, y un Peñón, y una armonía, la intervención se habrá consumado.

Si los parlamentarios no hubiesen dado libelo de repudio a la lógica y no hubiesen comunicado la inquina que le tienen a una gran parte del público, les diría lo que se debía hacer con zonas y torpedeamientos, si no se quería tratar a la buena fe como tratan a la lógica.

¿ Se considera como motivo de intervención el bloqueo que nos priva de mercados e interrumpe la vida económica ? Pues solos si éramos tan valientes, o acompañados si éramos tan débiles, debíamos declarar la guerra a Inglaterra, que fué la primera que estableció el bloqueo contra los imperios centrales y sus aliados, que nos ha privado de magníficos mercados. Si se quería reforzar el motivo, no había más que poner en la cuenta de los agravios el enorme de impedirnos mandar productos nuestros a otros pueblos

neutrales como nosotros, Holanda, por ejemplo.

Hecho esto, cuando Alemania estableciese el bloqueo contra Inglaterra, ya teníamos un precedente admirable, en este país de los precedentes, y le declarábamos también la guerra. Sería terrible y temerario; pero sería lógico, y Don Quijote nos saludaría de lejos con la lanza, que sería la única que nos quedase probablemente.

Pero callar como muertos ante el bloqueo inglés, y rugir contra el alemán, es oficiar de ratas y leones y roer y desgarrar la lógica con dos procedimientos zoológicos.

Alemania dice: «Bloqueo a los que me bloquean, señalo unas zonas alrededor de mi enemigo, como las que él ha establecido en las costas mías y de mis aliados, y no permito pasarlas. Lo anuncio, y aviso previamente a lo que se expone el que las cruce; pero añado que no hay zona ninguna entre neutral y neutral».

¿Qué se hace? ¿Declarar la guerra? No; protestar nada más y pedir el negociar algunas concesiones que se consiguen.

¿Cuál sería la conducta racional después de esto? Prohibir a todos los barcos españoles que

se aventurasen en las zonas peligrosas, o advertirles que, si lo hacían, era por su cuenta y riesgo; y decir a los barcos ingleses que las atravesasen que eran unos valientes y que se los recibiría y agasajaría con mineral en nuestros puertos, sobre todo si se traían carbón.

Eso sería lo racional, e irracional es lo contrario, que consiste en excitar con un seguro y hasta con un tratado comercial, hecho en los momentos en que están rotos todos, a los barcos españoles para que se lancen en las regiones de la muerte. Que uno, dos, una docena, los que amen el peligro, perecerán en él; entonces hay que desgarrarse las vestiduras o intervenir en defensa del honor nacional.

Mejor será intervenir en defensa del sentido común, porque el honor de las naciones es cosa demasiado grande para que dependa de un loco o de la codicia de un contrabandista o de la intención del que los echa al agua y se queda en seco.

Si toda la flota mercantil española, desgraciadamente tan reducida, que ha prestado tantos

servicios, que los puede prestar mayores reconquistando los mercados americanos, y que puede, si sabe conservarse, tener enorme porvenir, se aumentase con toda la que han perdido Inglaterra y Alemania, y se la pusiese al lado de un cuadro que representase, nada más que a grandes rasgos, lo que iba a perder España si se lanzase a la intervención, tengo la absoluta necesidad de que los navieros, los que sean sólo navieros españoles, no vacilarían un instante en sacrificarla entera, aterrados en presencia del abismo en que iba a caer España. ¡En el que verían también hundirse toda la flota y desmoronarse en unas horas los altos hornos de Bilbao y Santander!...

(De una interviú publicada en *El Correo Español,* el 19 de abril de 1917).

JACOBINISMO

JACOBINISMO

I

JACOBINOS EN HOJALDRE

Aquel ministro, cuya charpa omnipotente pobló... de amenazas la Prensa, fuése al Consejo y... no hubo nada.

Es decir, hubo algo, porque los consejeros, graves, reservados, cejijuntos, y encorvados por el peso de un enorme secreto, encontraron, al fin, una fórmula para ahorcar política y liberalmente al ilustre Obispo de Tuy.

El Conde de Romanones está satisfecho (!) por haber conciliado la ira con la cartera, disminuyendo la primera para que no sufriese detrimento la segunda. Y todos los responsables, al salir del Consejo, con los ojos en blanco y señalando con el índice la frente pensadora, querían aparecer ante los periodistas, impacientes por sa-

ber la sentencia del Areópago, como un grupo de Arquímedes que habían encontrado, después de cavar hondamente en la realidad con el pensamiento, el extraordinario arcano.

¿Qué será?, ¿qué no será?

¡Ah!, la fórmula no puede ser todavía pública. Es necesario esperar unos días; después, después ya se sabrá la solución del expediente.

Eso es, del expediente para salir del paso; del mal paso del Conde de Romanones.

Una risa zumbona recorrió los labios de los periodistas impacientes, y se propagó al público con ese regocijado contagio que sólo el ridículo tiene la virtud de producir, uniendo todas las bocas, abiertas por la extrañeza en una sola carcajada.

El sainete tenía dos partes; la primera, más propia de melodrama, era espeluznante. Un enorme legajo de antecedentes, la colección documentada de las más salientes tiranías contra el episcopado para aumentarla con un nuevo atropello.

¡Siempre el antecedente, el despotismo del antecedente, para imponer la barbaridad consiguiente!

Estos enemigos de la tradición no viven más que oprimiendo las energías nacionales con las que ellos fabrican.

El Conde de Romanones leía y comentaba aquel Digesto; y parece que las glosas del exégeta estremecían a sus compañeros, porque sus acentos tenían algo del «rugir de un tigre hircano».

Después, el suave García Prieto recordó que Cavalario y Aguirre yacían, comentados minuciosamente por la polilla, en el mismo Lourizán, y que no era cosa que demócratas modernistas le hiciesen la competencia.

Navarro Reverter recordó la excomunión que lanzó sobre su persona el Obispo de Mallorca, por cierto retoque socialista que se le había olvidado a Mendizábal, y que, aparte de la tribulación espiritual que produjo en alma tan timorata, no fué causa bastante para que hiciese bancarrota ministerial en los consejos de la Monarquía católica, que, según la reforma de Cánovas, no gobierna por la gracia de Dios y de la Constitución, sino constitucionalmente por la gracia de Dios.

Alvarado es enemigo de todas las huelgas,

empezando por las ministeriales, y Jimeno, aunque es partidario de abrir la escuela moderna de Ferrer para que no quede sin hortalizas anarquistas aquel huerto de Morral, y de cerrar la cátedra de Tuy, lleva todavía en la ropa el polvo de los escombros de Toledo, y teme que se derrumbe algo si él aparta el pilar de su cartera.

Dávila, el solemne Dávila, desde que trató, dando brillo lusitano a su oronda persona portuguesa antes de ir a Portugal, a Hinzo Ribeiro, a Luciano de Castro y a Juan Franco en el Palacio de las Necesidades y en el de Belén, es muy gubernamental; y su ojo diplomático, avezado a los grandes horizontes internacionales, se fija más en las relaciones del Kaiser y de Eduardo VII y en los ejercicios de cañón de la escuadra austriaca, que en las cosas menudas en que ponen su atención los jóvenes amables como el Conde de Romanones, que al templo de Minerva dirigen sus pasos; lo que quiere decir, como nota profundamente Dávila, que aun no han llegado.

El general cree que la cuestión planteada por el Conde de Romanones no es ningún Sebastopol como el que él conoció cuando tenía medio siglo

menos. ¡Ah!, señores, la torre de Malakoff; ¡allí hubiera yo querido ver al Conde de Romanones!

¡Hombre, no pide tanto el señor Obispo de Tuy!, dicen que exclamó Romanones. Pero, mi general, ¿qué piensa sobre esta cuestión Don Pío Gullón? Pues es preciso conocer su parecer, añadió el Conde creyendo encontrar un clavo a que asirse o que colgarse.

Gullón — contestó sonriente el general, — es hombre de su tiempo, aunque éste no sea el tiempo de Gullón. Por eso ha escrito un libro sobre el vapor, cuando ahora se hace por la electricidad. ¡Ah, si hubiera habido tranvías eléctricos y telégrafo sin hilos en Sebastopol!... Pero, señores, Gullón opina que, en los tiempos que corren del vapor y de la electricidad, no se trata sólo de correr tanto que se atropelle a los demás, sino de evitar que le atropellen a uno; y para eso no hay más que un medio, el que expresa terminantemente Canalejas, cuando la carrera de Moret y aun la de Romanones no le obliga a acelerar la suya: a inhibirse del choque.

Dávila me lo decía anoche con luctuosa pro-

fundidad: el radio de Romanones es corto. Mira mucho a Tuy y no mira nada a Roma.

En Roma está Pío X, eso no es una novedad — murmuró Romanones. — ¿Que no lo es? — replicó el general. — Pío X es Pío IX más uno. Es muy profunda esa X que se acaba de descifrar en Francia.

Allí se suprimieron todas las asociaciones religiosas, y ahora se asocian todos los Obispos de París y de espaldas al Gobierno, lo que no habían hecho hacía más de un siglo. Se prohibieron las manifestaciones religiosas; y los prelados, reunidos para protestar contra el Gobierno y levantarse contra una ley parlamentaria, no contra una real orden, salen en triunfo de Nuestra Señora aclamados por la muchedumbre.

Y Clemenceau y Briand, que no son Canalejas ni Romanones, declaran que no cerrarán ninguna iglesia; y, aunque no lo declaran todavía, ya se sabe que no habrá asociaciones cultuales, y que la ley de separación, que era de disolución al principio, con tantos retoques como sufrió en el Parlamento y con el que le da Pío X y el Episcopado rebelde y tudense, va a resultar para

la Iglesia y para la causa de la reacción (al decir esto es fama que el general frunció el ceño) mejor que el Concordato napoleónico y los artículos orgánicos que le colgó Portalis.

Y si al Gobierno francés, que parecía el negociado de la antropofagia religiosa de Europa, según oí a un protestante de Miramar, le pelan las barbas, ¿no es prudente que echemos las nuestras a remojar?

Romanones se pasó nerviosamente la mano por la cara para ver si encontraba alguna barba y mesarla; pero, hallándola tan rasurada como la de García Prieto, guardó silencio y prestó atención al epílogo del general, donde estaba como en las postdatas de las cartas amorosas toda la substancia de la homilía.

— Por todo esto que hemos pensado Gullón y yo, con antecedentes que nos comunicaron Montero Ríos y Canalejas, se deduce qué es lo que piensa Gullón, que es lo que pienso yo: que nuestra política anticlerical, aunque por fuera parezca una bomba, por dentro debe ser una mantecada de Astorga.

— ¿Y la superioridad de la potestad civil? —

exclamó conmovido Romanones, que no olvidaba ni al acostarse ni al levantarse ese estribillo.

— Mi querido Conde — replicó sonriendo el general, — mirad esa espada que estuvo en Crimea. ¿Qué dice? Que yo no soy civil, aunque tenga a mis órdenes los civiles de tricornio y los de morrión; que represento la jurisdicción militar, que el Gabinete anterior, del que formaba parte el Conde de Romanones, puso por encima de la civil. Si el Obispo de Tuy en vez de pectoral llevara faja, y en vez de báculo espada, ¿se discutiría la superioridad de la jurisdicción que representa?

— Entonces, ¿qué acordamos? — gruñó resignado Romanones, guardando en las faltriqueras, y muy arrugados, los antecedentes episcopales.

— Pues acordaremos... si le parece al general — dijo sin poder contener la risa García Prieto, — acordaremos decir a los periodistas que hemos tomado un acuerdo muy reservado, que ya se sabrá en su día.

— ¿Y qué acuerdo será ese? Pedir, por ejemplo, al Papa que riña al Obispo de Tuy?

— ¿Se acuerda así? Así se acuerda.

Y todos se levantaron, incluso Romanones, que parecía formar parte de la silla; y cuentan que Dávila, al salir, decía al oído de García Prieto: — ¿Y si el Papa felicita al Obispo de Tuy? — Le comunicaremos la felicitación a Romanones, para que pase el tanto de culpa a los Tribunales y procese a Pío X.

Y así acabó el sainete de los jacobinos en hojaldre.

(Artículo publicado en *El Correo Español*, el 20 de diciembre de 1906).

II

EL JACOBINISMO DEL ESTADO

La unidad religiosa precedió y sirvió de base a aquella comunidad de pensamiento, de creencias y de costumbres, y al mismo tiempo de prácticas, que fué el lazo y la resultante general en los pueblos peninsulares; y cuando pudieron adaptarse lo extraño, quisieron convertir en uni-

dad política lo que es interno, lo que no es más que una unidad moral, espiritual; quisieron volver al revés la historia sin tener en cuenta que negaban todos los lazos internos y espirituales de los principios y establecían la división en sectas, en partidos, de aquello que era un todo moral; quisieron buscar, por decirlo así, la compensación de esa división interna en una unidad externa, y vinieron todos los grandes centralismos de la historia, porque, observadlo bien, la unidad espiritual, interna, que forma un solo Símbolo o un solo Decálogo, la que rige los entendimientos y voluntades, acerca de las relaciones humanas y de los actos más trascendentales de la vida, no se puede romper nunca sin que, para que la sociedad no se disgregue, venga en compensación ineludible suya la unidad externa o material que liga los cuerpos, cuando se ha roto la unidad, el vínculo de las almas *(Muy bien)*.

Están en razón inversa la unidad interna y la unidad externa. Cuando la unidad interna es vigorosa, cuando todas las almas están hermanadas en una misma fe, en una misma moral, ¡ah!, entonces los Poderes públicos permiten toda suerte

de expansiones y toda suerte de libertades, porque esa unidad es la poderosa y no la ficticia, la real y la viva; pero cuando ésta se rompe, ya podrían acumular allá en las cimas del Estado toda suerte de atribuciones; ya podrían hacer que la jurisdicción del Estado se extienda y abata y sojuzgue y venza la de todas las regiones; ya podéis, últimamente, pedirles que aniquilen todos los organismos sociales y todos los organismos regionales y los trituren y los amasen, queriendo formar una masa homogénea; no lo conseguirán: rota entonces la unidad interna y real, arriba, para sustituirla por la material, aquélla, la moral, no le secunda, no le sirve de base, de nada sirve; es entonces cuando se ensayan leyes verdaderamente jacobinistas, como indicaban elocuentemente los que me han precedido en esta tribuna; es entonces el Estado el que separa, es entonces el Estado el que divide. ¿Por qué? Porque ya no proclama aquella igualdad proporcional y correlativa, única legítima, sino aquella última igualdad, la caótica de Roma sujetando a todos los pueblos delante de la loba simbólica; no es aquella igualdad que respeta todos los atri-

butos de raza, las diferencias de pueblos, las prerrogativas y derechos de todos los organismos sociales, sino la que trata de sumarlos y amalgamarlos todos, creyendo que las leyes no deben plegarse a las ondulaciones de la realidad, sino la realidad a la rigidez ficticia de las leyes *(Bien, bien)*: igualdad del pantano que sólo practican las ranas *(Grandes aplausos)*.

(De un discurso pronunciado en enero de 1907).

JUDAISMO

JUDAISMO

MANIOBRA JUDAICA

«El Siglo Futuro», en interesantes artículos, ha señalado la campaña judaica que, por lo visto, vuelve a iniciarse, después del fracaso de otra anterior, denunciada y clavada en un substancioso folleto publicado por profesores salmantinos.

Una Comisión hispano-hebrea llega a Madrid y forma una Junta, en la cual entran algunos, creyendo de buena fe que España va a ganar influencia en Marruecos haciéndose protectora de los judíos.

El doctor Pulido, que ya en otra ocasión quiso traernos a los judíos, apellidados sefarditas, de Salónica, vuelve, de acuerdo con sus fraternales amigos de los Estados danubianos, a la empresa, iniciando conferencias en el Ateneo con el fervor que podría tener un judío que se hubiese quedado

rezagado en la Península, aunque, según nuestras noticias, sin conquistar adeptos para su causa, pero sí para la encefalitis letárgica.

No tenemos hoy ni tiempo ni espacio para discurrir ampliamente sobre el asunto; pero sí queremos señalar algunos hechos, que servirán de punto de partida para tratar de la cuestión semita, sin la cual no puede ser comprendida la social, ni la obra revolucionaria que agita al mundo hace más de un siglo.

Primer hecho: La logia masónica es el atrio de la sinagoga. De los consistorios israelitas ha salido la masonería, como lo demuestran, con datos abrumadores, los historiadores modernos de la secta, y como lo revelan los símbolos, desde el templo, la hoja de acacia y el triángulo, hasta los nombres que reciben los principales dignatarios de su jerarquía.

Segundo hecho: El primer impulsor y director de la revolución universal, y en dos formas, al parecer opuestas y, en realidad, convergentes, es el judaísmo. Tanto el movimiento socialista desde Carlos Marx y Fernando Lasalle, como el anarquismo comunista iniciado en la Internacional, es

judío. Y judío es también, en su forma más opresora, el movimiento capitalista israelita, que, por medio de empréstitos usurarios, ha clavado sus garras en la hacienda de las principales naciones. Quebrantando a los Estados cristianos, por un lado, y saqueándolos, por otro, se va preparando aquel mundo nuevo, edificado sobre las ruinas del actual, en que dominará el judaísmo, según su nueva concepción mesiánica, creyendo que el pueblo proscrito es su salvador y el que establecerá su imperio sobre todos los pueblos.

Tercer hecho: El judío no es productor, es intermediario; quiere más la propiedad mueble que la territorial, aunque acepte ésta para que la trabajen otros. Compra barato y vende caro, y agrava la cuestión social, que espera una de sus soluciones parciales en acercar al productor y al consumidor, como ya se intenta con instituciones poco extendidas, desgraciadamente. En España se ha calculado en más del 7 por 100 de la población el número de intermediarios. Una irrupción israelita agrandaría el mal y aumentaría todavía más el precio de las subsistencias.

Cuarto hecho: El mahometano y el judío se

odian con odio invencible. El mahometismo es, como decían Leibniz y De Maistre, una herejía cristiana que no difiere, substancialmente, del Arrianismo; reconoce la concepción inmaculada de la Virgen y considera a Jesucristo como el más grande de los profetas. Llegará a transigir y pactar con el Cristianismo; pero con el judío, jamás. El moro, que no es semita, sino de estirpe ibérica, es, entre los musulmanes, el que más odia al judío, al que dedica una hora al día recordando la usura y rapiñas de que es víctima.

Ponerse al lado de los judíos es ponerse enfrente de los moros, y, en vez de ganar en influencia sobre ellos, alejarlos de nosotros. Y todos los judíos dispersos por los pueblos musulmanes, pertenecen, directa o indirectamente, a la «Liga Universal Israelita», de que se sirve como instrumento poderoso, por medio de sus escuelas, el colonismo extranjero enemigo del nuestro.

Quinto hecho: En todos los pueblos que han padecido la influencia judaica en la banca, en el comercio y la política, se ha iniciado una poderosa corriente antisemita, para defender la independencia y la riqueza.

En Francia, ese movimiento ha producido una opulenta literatura, una legislación dura en Rumania, una hostilidad, que la guerra aumentó, en Hungría, en Austria, en Yugo-Eslavia. En Alemania, en donde ya se dan cuenta de que el judaísmo, en la guerra y después de ella, es una de las principales causas de su ruina, el odio crece en tales proporciones, que hay fundados temores de que estalle una hecatombe.

¿Y es ésta la hora que han escogido los judaizantes españoles para hacernos el regalo de los sefarditas que detestan los países en que viven?

Un historiador liberal, D. Modesto La Fuente, y precisamente en un discurso defendiendo la tolerancia religiosa, llegó a decir que la expulsión de los judíos, hecha por los Reyes Católicos (un siglo justo después que los hubiese expulsado Francia), había sido una medida protectora, porque, de no haberla decretado, lo probable es que en poco tiempo no hubiese quedado uno vivo o en condiciones de ser desterrado.

Y para demostrarlo, recordaba, aunque incompletamente, la disposición de unas Cortes de

Valladolid, en la cual los pobres procuradores castellanos piden a un rey ilustre, pero que lo hubiera sido más si no fuera tan judaizante, por el estado de su tesoro, que los judíos no cobrasen de interés ¡nada más que «el setenta por ciento»!, y no como venían cobrando «¡el trescientos por ciento!», dada la moneda de entonces.

Y el rey accede a la petición, «¡pero sólo por un año y para Valladolid y su término!».

Tenía razón La Fuente: la expulsión fué una medida protectora; y lo extraño es que tan espléndidos prestamistas hubieran llegado a tiempo de ser expulsados y no se hubieran quedado con los intereses en el camino.

Una raza así es un refuerzo económico con el que no contábamos para equilibrar el Presupuesto nacional y el del Estado.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español,* el 28 de febrero de 1920).

JURISDICCIONES

JURISDICCIONES

LAS JURISDICCIONES

Acerca de las Jurisdicciones, apenas hay discrepancias. Es muy pequeño el grupo, aun recogiendo Diputados de todas las fracciones, que opine de diferente manera que las oposiciones, no sólo radicales, sino conservadoras.

Dos palabras sobre lo que se refiere a las Jurisdicciones, puesto que ésta fué principalmente la alusión que me dirigió mi querido amigo el señor Albó. Acerca de este punto yo creo que no hay más que tres sistemas posibles que responden, no sólo a las categorías en el derecho público, sino a categorías históricas.

La jurisdicción tiene una relación directa con la ley, y la ley con la soberanía; de manera que, según el concepto que se tenga de la soberanía, así resulta el concepto de la ley y de la jurisdic-

ción. Y acerca de ella no puede haber más que estos tres conceptos: a una soberanía absolutamente unitaria corresponde una ley única, y a esta ley única corresponde una jurisdicción sola; a una diversidad y variedad de soberanía corresponde una variedad de leyes y, por lo tanto, de jurisdicciones; y en un sistema armónico, a una ley fundamental común que coexista con una variedad de leyes particulares, corresponde, por un lado, una variedad de jurisdicciones con una variedad de Tribunales y una variedad de leyes, pero sobre ellas impera una ley fundamental común.

Yo rechazo el poder unitario e imperialista a la manera romana, porque no admite más que una ley fundamental común, y no quiere admitir más que una jurisdicción; por consiguiente, no quiero admitir esa monotonía. Y creo, además, que, como se ha dicho muy bien, las leyes son para las sociedades y no las sociedades para las leyes, y no se dan esas sociedades monótonas como la planicie del desierto abrasador, no; las sociedades tienen altos y bajos, como los tiene la topografía de los terrenos quebrados; hay ma-

neras de ser distintas, caracteres opuestos y no pueden ser regidas uniformemente por una misma ley.

Decía sabiamente uno de nuestros grandes políticos del siglo XVII, el venerable Palafox, en un libro que dedicaba a las enfermedades de la Monarquía, que eran en parte las que tenemos hoy y aun en esos tiempos más aumentadas, que la ley debiera ser a la manera de un vestido que se ciñese al cuerpo y no el cuerpo al vestido. Pues así la variedad de las leyes es una exigencia de la variedad de caracteres, de la variedad de elementos y formas sociales; pero esta variedad puede ser tal como el régimen feudal lo fué en su comienzo, en que llegó a anular la ley común, la ley fundamental.

Yo no puedo defender ese sistema, que arraigó en el régimen feudal cuando existía una jurisdicción en cada señorío, en cada municipio, en cada gremio, en cada behetría, hasta que llegó a concentrarse la jurisdicción en la Monarquía, y después se concentró más de lo debido, y con ella vino a restablecerse el imperio de una ley fundamental y, por lo tanto, el de una jurisdic-

ción común. Entonces vino a establecerse la base de aquel sistema que yo defiendo. Así es que, cuando se trata de una variedad de caracteres esenciales que lleva consigo una condición social distinta y, por lo tanto, derechos y deberes que no pueden ser incluídos en una categoría uniforme, debe existir una variedad legal y, como consecuencia, una jurisdicción especial.

Yo, en este punto, señores, defiendo la jurisdicción militar; pero entendámonos: defiendo la jurisdicción militar, como defiendo la plenitud del fuero municipal y del fuero regional, porque, en principio, observadlo bien, tal como lo habéis forjado al formularlo en la ley, no se puede defender la jurisdicción militar aun para aquello que sea exclusivamente militar, sin apoyar el principio regionalista que justifica esas variedades.

Aun prescindiendo de los delitos cometidos por los que no pertenecen a esta jurisdicción, no podría defenderse autónomo, independiente, de esos que son como reyes a la cabeza de un orden dialéctico de ideas, no; tiene que defenderse como una conclusión de otro principio superior,

que es precisamente la base jurídica del regionalismo.

Este principio es que, dondequiera que haya una manera social de ser distinta, dondequiera que, por condiciones históricas diferentes, haya aptitudes, formas y maneras de ser completamente diversas, allí debe haber leyes diferentes. En virtud de este principio se saca la consecuencia y se aplica, diciendo que el ejército forma una sociedad, por sus condiciones excepcionales, completamente diferente de la que forman el resto de los ciudadanos, y por eso tiene derecho a una ley constitutiva especial.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de marzo de 1906)

LATINISMO

LATINISMO

Los pueblos latinos

Alguien habló de la corrección del Gobierno italiano con el Cónclave.

—¿Qué se esperaba que se hiciera? — interrumpió Mella. El gran argumento de los que mantienen la soberanía temporal del Papado está en su falta de independencia en una ciudad donde al Papa no se le reconoce ni el derecho de ciudadanía. Italia, para acallar la protesta del mundo católico, juró mantener esa independencia. ¿Se quería que cometiera la insensatez de justificar más nuestros clamores y aun la intervención de las potencias? La corrección de Italia ha sido forzada, obra de solemnes compromisos contraídos, y de miedo a la irritación desbordante de los católicos del mundo.

Mella ha visitado y residió en Francia y Por-

tugal. De estas dos naciones, como de España, habla con tristeza amarga y dolorida.

Yo he defendido, dice, nuestra alianza con Francia fundándome en intereses coloniales que hoy para nosotros ya no existen. Hoy lo creería una desgracia inmensa.

Francia es la *cocotte* de España. Su podredumbre nos contagia, y nos degradaría más como aliada. Es una nación epiléptica condenada a grandes escarmientos. Cubre sus presupuestos con déficit casi tan grande como todo nuestro presupuesto; su desconcierto intelectual asusta, su corrupción política y administrativa la pregonan los franceses a los cuatro vientos del mundo; el desate de pasiones, de rebajamiento moral, su decadencia ruinosa hace santas las costumbres de Grecia y de Roma, en los años bochornosos de su prostitución y de su infamia.

Sus hombres grandes no lo son sino porque se exhiben sobre el tablado de París, que es el gran escenario del mundo; y cuando veo que algunos políticos nuestros se resignan a desbalijar y plagiar humildemente ideas y actitudes de esos políticos franceses, pienso en la posibilidad de la

tuberculosis intelectual de que nos habla Costa, o lamento las ridiculeces a que exponen los contagios y fervores snobistas.

Francia es hoy una nación deformada, parece vivir en el caos, y podría decirse que de ella queda un chillón gorro frigio sobre dos mudos ataúdes, el de Chambord y el de Bonaparte.

Le hablamos nosotros de Portugal; uno dijo: He ahí una nación no menos perdida que Francia; es un cadáver envuelto en algodón inglés.

Mella no contestó, asintiendo; pero dijo, como pensando en alta voz, como hablando a sí mismo: Yo tengo allí muchos amigos, y he creído observar que el pueblo es muy sano. La clase media, no; y, haciendo algunas salvedades, acaso tengan razón.

Políticamente todos los pueblos latinos parecen cegados por una fuerza misteriosa que los empuja al precipicio. Presienten el peligro socialista y discurren así:

Hagamos a las masas más irreligiosas, más laica la enseñanza, más impía y más desenfrenada la prensa.

Y lo conseguirán. Conseguirán que esas ma-

sas, desligadas por completo del Cielo, busquen y reclamen lo único que les queda ya, el botín de la tierra, de que las clases burguesas tienen hoy la exclusiva.

En España, todos los partidos avanzados se agitan y resuelven por odio al cura; y si un día los curas de España desaparecieran de repente, se mirarían unos a otros asombrados de encontrarse sin programa.

Todo su dogma es la degollación de los inocentes. Y creo yo que, para acabar con ellos, no hay más que pensar en la degollación de Herodes.

(De una interviú publicada en *El Correo Español,* el 8 de agosto de 1903).

LIBERALISMO

LIBERALISMO

I

Los tres Estados. El liberal, el cesarista y el cristiano.

Es indudable que la idea precede al hecho: la deliberación, a la ejecución; la propaganda, a los medios de llevarla a la práctica, y el inductor, al inducido.

Ninguna secta ni partido se ha podido formar jamás sin una propaganda anterior. Siendo esto evidente, resulta absurdo ametrallar los hechos y los instrumentos de ejecución, y amparar las propagandas que los producen. De aquí esta conclusión: hay propagandas ilícitas que deben ser condenadas. Contra esto, que debiera ser un apotegma, se levanta esta tesis fundamental del li-

beralismo: el Estado es neutral en el orden religioso y moral, porque ignora cuál es la verdad en esos órdenes, y proclama, como un postulado, la libertad completa de todas las opiniones y de todas las propagandas.

Si toda opinión es lícita, y toda propaganda tiene derecho a manifestarse, no es posible censurar ni condenar ninguna. Luego el Estado no tiene más misión, en el orden doctrinal, que cruzarse de brazos y dejar hacer, dejar pasar todas las opiniones y todas las propagandas.

Esta es la tesis y su consecuencia; pero como no se puede combatir el efecto, y amparar y fomentar la causa, llega un momento en que es tan visible la acción de la propaganda en el hecho, y éste tan contrario a la más incipiente disciplina, que el Estado interviene y censura y prohibe ciertas propagandas. Luego reconoce que estas influyen realmente en los hechos, y que no todas son libres y pueden ser autorizadas.

La tesis liberal queda muerta, porque por un lado se reconoce que no es posible desligar el hecho externo de la ejecución de la propaganda que es también hecho y externo, y que es falso

que no haya delitos de opinión, ni doctrinas censurables.

Pero ¿hay una regla, un principio, para saber qué doctrinas son lícitas o ilícitas, y qué propagandas pueden ser permitidas o condenadas?

Si no existe, el Estado no puede aplicarla, y tendrá que proclamar la licitud de todas las propagandas; se declarará inepto para saber si las hay buenas o malas, es incapaz de reprimir sus efectos, y por inepto y por impotente, él mismo se extenderá la jubilación, porque demostrará que no sirve para nada.

Si existe la regla, hay un límite para la libertad individual y para la del Poder público, que no pueden traspasar, y entonces es falsa la ilimitación jurídica de esas libertades en el orden doctrinal, que era precisamente la tesis del liberalismo.

Y si se admite el límite en un punto, no hay derecho a rechazarle en otros, sin invocar otro principio que justifique esa diferencia; y la discusión será sobre el más o el menos, pero el Estado habrá negado su autoridad indiferente, y proclamará el derecho de intervención.

El problema consiste entonces en saber si hay un orden religioso, moral y jurídico, anterior y superior al Poder público, con un órgano social propio que le interpreta y que el Estado tiene la obligación de reconocer como norma y frontera de sus actos, o que el Estado, reconociendo en parte la existencia de ese orden, le defina y aplique con independencia, por sí mismo. Lo primero sería el Estado cristiano; lo segundo, el cesarista, que intenta hacer a la Iglesia órgano suyo y la suplanta.

¿Cuál es la conclusión general de estas proposiciones enlazadas?

Esta: que no ha existido jamás un Estado que haya predicado plenamente el principio liberal. Siempre con la conducta le ha negado, proclamando, en parte, el principio contrario, y, para salir de esta contradicción, no le han quedado más que dos recursos: o someterse a la Iglesia, con el orden superior que afirma, o usurparle sus atribuciones declarándose definidor teológico y moral; es decir, la iglesia laica que implica el cesarismo. O Estado ilógico e inepto; o Estado usurpador, tiránico y apóstata; o Estado cristiano que, en la medida de sus fuerzas, no consiente que se altere el orden a que él mismo rinde vasallaje.

Tales son las tres conclusiones a que se llega, discurriendo sin vulnerar la dialéctica, y sabiendo observar la Historia, que es, a su manera, una dialéctica viviente.

Por mucho que forcejee el sofisma y trabaje la pasión para cubrir con nieblas la verdad, entre esos tres Estados tendrán que repartirse todos los partidos y todos los hombres.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español,* el 13 de enero de 1920).

II

El Estado liberal

El error y el mal son dos hermanos gemelos que nacen y mueren juntos.

De las entrañas del error no brotará nunca la justicia, como no surgirá jamás la iniquidad del puro seno de la verdad.

El liberalismo, que es el error político por ex-

celencia, porque tácita o expresamente niega el origen y fin divino del derecho, y afirma el naturalismo jurídico, que lleva incluída la negación de todo el orden sobrenatural, y consiguientemente el ateísmo de la filosofía en que se funda, se ve forzado por su misma naturaleza a prescindir del supremo destino del hombre y a encerrar sus aspiraciones en la órbita temporal, subvirtiendo así el orden jerárquico de los fines y, por lo tanto, alterando el orden de las acciones que informa, y entronizando la injusticia y la inmoralidad en todo cuanto recibe su impuro aliento.

Esta es la razón que explica *a priori* por qué, allí donde el liberalismo impera, la moralidad baja; y por qué, en la proporción en que defiende la justicia, sube.

El liberalismo es intrínsecamente inmoral, y por eso separa de la Etica el Derecho que defiende, y aparta el deber como obstáculo embarazoso de los Estados que informa. El derecho debe ser independiente de la moral, y el Estado el definidor supremo del primero, y, por lo tanto, el regulador de todos los vínculos sociales.

Afuera el poder espiritual de la Iglesia, que

coarta la voluntad social expresada por representación perpetua en el Dios presente de Hegel. El Estado autónomo, como el hombre emancipado, no necesita tener en cuenta para nada el fin último y la norma suprema que marca el camino que a él conduce.

Autor de su propia ley, no tiene más límite que el que a sí mismo se traza.

Todos los organismos sociales, comenzando por la familia, de él dependen. La libertad no tiene más límites que los que él señala.

La administración de un pueblo es una de sus funciones; y si por acaso la descentraliza, es siempre reservándose el derecho de centralizarla de nuevo cuando así le plazca.

El Estado liberal, enemigo de toda fuerza que pueda contrarrestar la suya, ha decretado que la Corporación no exista y que sea substituída por la Asociación, que él aprueba o rechaza, auxilia o disuelve según su soberana y movible voluntad.

Entre él y el individuo no puede haber más intermediario que los que nombre o tolere.

Desde el derecho del padre a educar a los

hijos, y el de las familias, unidas por los lazos de la convivencia, a administrar en común y con independencia sus propios intereses, hasta las sagradas prerrogativas de la Iglesia, todo lo somete a su jurisdicción y lo declara esclavo de su albedrío.

Ante él no ha de haber más que turbas de individuos dispersos que sean semejantes al grano de arena ante la montaña, o como pigmeos al lado de un gigante, según la frase de Renán.

Este monstruo moral golpea algunas veces a los pueblos con el sable de un César; pero ordinariamente pone el látigo del despotismo en manos de una oligarquía.

Es un tirano anónimo que despedaza las naciones diciendo que cumple su voluntad.

Con su planta de hierro hace crujir los baluartes sociales, mientras emponzoña a las almas con su aliento.

Se introduce en los pueblos al nombre de la libertad y el progreso, y sólo deja como huellas escombros y harapos.

Para destruir el respeto a la autoridad y arrastrar por el fango el derecho, ha inventado unos

telares legislativos llamados Parlamentos, donde la ambición y la imprudencia, organizadas en cuadrillas, luchan entre sí por medio de gárrulos retóricos animados de todas las concupiscencias.

Las muchedumbres que presencian largo tiempo ese espectáculo, o concluyen, como el estoico romano, por considerar a la virtud como un nombre vano, o se precipitan, desbordadas y rugientes como olas enfurecidas, sobre los representantes del tirano, y los arrastran, y sobre sus miembros ensangrentados clavan la negra bandera de la anarquía.

No pidáis moralidad y justicia al Estado liberal, asesino de las naciones; porque, como ha expulsado a Dios de sus principios y sus actos, sólo queda en él lugar para el crimen.

Es un ladrón en grande escala, que, después de haber robado a los pueblos su honor, los despoja de su hacienda, y concluye por burlarse de ellos con cínico sarcasmo, llamándolos soberanos cuando pone sobre sus hombros los harapos de la miseria y en sus manos la argolla de la servidumbre.

(Artículo publicado en *El Correo Español*, en 1 de febrero de 1890).

III

El liberalismo conservador

«*No negamos libertad* alguna más que aquella que lesione o pueda lesionar a la Monarquía, y huímos tanto de la dictadura como del desenfreno revolucionario.

»Nosotros aceptaremos siempre lo que las Cortes con la Corona declaren ley. Aun aquello que más nos contraría resulta simpático y obtiene legítima acción de la sanción real».

(Palabras de Cánovas del Castillo, pronunciadas en el Círculo Conservador el 9 del mes corriente).

Las frases transcritas sirven para abrir los ojos a la luz aun a los que todavía creen que el doctrinarismo conservador no está informado por los principios revolucionarios en toda su pureza, sin que se diferencie en otra cosa de las agrupaciones que dentro del circo parlamentario luchan encarnizadamente por el poder, que en la manera más débil de disfrazar con apariencias de

orden las doctrinas y procedimientos que son su negación más completa.

El jefe del partido conservador acaba de declarar en nombre de sus amigos, y sin que se haya levantado entre ellos una sola voz de protesta que interrumpa los aplausos unánimes, que no rechaza más libertades que las que lesionen y puedan lesionar la Monarquía. Y no la Monarquía tradicional española, que funda el más alto título de su legitimidad en ser escudo y brazo de la Iglesia, sino en la exótica monarquía parlamentaria introducida con amaños e intrigas en nuestra patria, con menosprecio de su historia y de su voluntad constante.

Es decir, que el señor Cánovas del Castillo declara la Monarquía, la Monarquía de Sagunto, lo único indiscutible e inviolable en España, colocándola de esta manera por encima de la Iglesia y de todos los principios y fundamentos sociales. Y lo más notable del caso es que semejante proposición no es una frase aventurada lanzada en el calor de la improvisación, sin calcular sus consecuencias, y aun sin el intento de afirmar tal despropósito, sino la millonésima repe-

tición del dogma fundamental de la bandería conservadora. Multitud de veces ha lanzado Cánovas la misma afirmación en el Ateneo y en el Parlamento.

Resulta, pues, que, no por obcecación momentánea, sino reflexivamente y con propósito manifiesto, Cánovas y su partido consideran superiores las prerrogativas del monarca parlamentario a los derechos religiosos; la Constitución del 76 a la Constitución de la Iglesia. Desgraciadamente, esta monstruosa doctrina conservadora se practica con brutal franqueza en las grandes capitales, donde se blasfema del modo más horrible y con la mayor impunidad en las calles, mientras que el que se atreve a decir en alta voz: ¡muera el jefe constitucional del Estado! es llevado inmediatamente a la cárcel.

El partido que defiende tamañas aberraciones bien puede sostener la oprobiosa teoría del señor Cánovas, según la cual debe aceptarse como legítimo todo lo que acuerden las Cortes con el rey. Así, la libertad de cultos, el matrimonio civil, y hasta el amor libre y la negación expresa de todo culto, pueden ser cosas legítimas que hay

que admitir, si a las Cortes con el rey les place decretarlo. Esto, como se ve, es sencillamente renegar de todos los principios, colocar al mismo nivel con desolador escepticismo la verdad y el error y levantar por encima de todo el mecanismo parlamentario.

Obsérvese que la teoría canovista es la misma que defiende la democracia más radical.

La soberanía nacional o del Estado, — dice el idealismo democrático, — es la fuente de donde manan todos los poderes; pero de ella no brota el derecho, que es superior a la voluntad individual o colectiva. Mas el poder público delegado por perpetua representación en el Estado oficial, es el único que declara y defiende con absoluta independencia el derecho, y, por lo tanto, resulta que la soberanía es la fuente del derecho.

En otros términos: que el poder del Estado es el origen de la justicia, y que no tiene más límite que los que a sí mismo quiere trazarse.

La proposición conservadora resulta idéntica, a poco que se examine.

La democracia dice: la soberanía reside en la

colectividad, y por representación en el Parlamento. Todos los poderes (para hablar el inexacto lenguaje hoy en uso) dependen de él, y el que posee no se diferencia de la voluntad nacional, sino que se identifica con ella; y como la voluntad general es absolutamente independiente, los acuerdos y resoluciones de la mayoría de la Asamblea legislativa serán legítimos y habrá que inclinarse ante ellos.

Cánovas, conforme con la escuela doctrinaria, parte en fragmentos la soberanía; y queriendo unir lo irreconciliable y armonizar lo contradictorio, supone que una porción de poder es permanente e histórica, y otra movible y circunstancial, pero que las dos juntas componen el soberano. Y por eso exige el acuerdo de entrambas y las considera, como el demócrata, adornadas con el atributo de la omnipotencia y con facultad de legitimarlo todo.

La doctrina es la misma: la única diferencia que separa la afirmación doctrinaria de la democrática consiste en que, según ésta, el soberano es el Parlamento, y según aquélla, el Parlamento y el rey.

Prescindiendo de estas divisiones mecánicas del poder y del sujeto en quien le hacen residir, conservadores y demócratas coinciden en la siguiente aseveración:

Todo lo que haga el poder soberano es legítimo y debe ser aceptado.

¿Y quién no ve que esto no es otra cosa que la absurda doctrina racionalista, que hace al Estado independiente de Cristo y de su Iglesia, para convertirle en Dios?

En resumen: Cánovas proclama el Estado anticristiano y ateo lo mismo que Proudhon y Kant, aunque con menos franqueza.

¡Y habrá todavía listos o tontos que consideren al partido conservador como lo menos malo y aun como católico?

(Artículo publicado en *El Correo Español,* el día 14 febrero de 1890).

IV

LOS DELITOS DE OPINIÓN LIBERAL. — ESTADO PONTÍFICE O ESTADO IMBÉCIL

Creo que no, creo que un ácrata, que un revolucionario que lleve a la extrema consecuencia la negación racionalista, no puede recibir de vuestros labios una sola contestación que no sea una contradicción manifiesta. Vosotros afirmáis el principio liberal, pero con tales atenuaciones y distingos, que os lleva hasta el absurdo, y lo ponéis de manifiesto en los artículos 1, 2 y 3 del proyecto que estamos discutiendo. Había sido como dogma común de las escuelas y partidos liberales la no existencia de delitos de opinión; las doctrinas eran inmunes de todo pecado; la propaganda de las ideas podía hacerse y difundirse por todas partes, sin que tuviera nunca que encontrar la cortapisa de la autoridad ni la coacción exterior del derecho. Vosotros afirmáis este principio, que es consecuencia de otro, el que

sirvió de base a todo el liberalismo radical; el liberalismo, al fin, es una teoría *a priori* formulada por espiritualistas incompletos del siglo XVIII, que hoy aceptan, por raro caso, los positivistas modernos, que contradicen resueltamente los principios que sustentaban los padres de la teoría; esa teoría afirmó siempre, sostuvo que la razón humana era autónoma, que no había frontera espiritual para la razón y para la voluntad humanas, en el orden especulativo y doctrinal al menos; que no había ningún principio religioso, ni moral, ni jurídico que fuese inviolable, sagrado, indiscutible; todos caían bajo la jurisdicción de la inteligencia y de la libertad humanas, que podían discutirlos y revolverse contra ellos y negarlos todos.

Y si viniera hoy un anarquista, un ácrata, uno de esos hombres lógicos (porque, como decía un célebre revolucionario, Félix Piat, el pueblo, sobre todo en las clases inferiores, concluye siempre lógicamente, saca las últimas consecuencias); si uno de esos lógicos que llegan a la última conclusión y se declaran antimilitaristas y antipatrióticos y niegan el Estado y la Nación, todas

esas realidades que nosotros amamos, se presenta ante vosotros y os dice: traéis aquí un proyecto de ley en el que hay delitos de opinión contra el Estado, en el que hay delitos de opinión contra la Patria; ¿podéis poner vosotros este límite infranqueable a lo que llamáis descarríos de mi libertad? ¿Podéis poner esa barrera a las manifestaciones de mi razón? Vosotros no podréis contestarle, porque él lógicamente argumentaría diciendo: ¿Afirmáis que en el orden especulativo y doctrinal hay un conjunto de verdades religiosas, morales y jurídicas independientes de la razón humana, obligatorias para ella y para las determinaciones de la voluntad?

Si lo afirmarais, no seríais liberales; porque negaríais la tesis racional del liberalismo, y os bastaría un poco de lógica para negar todas sus consecuencias al deducir la de la proposición contraria; no podréis defender la libertad de pensamiento, de conciencia, de cultos, que se derivan de la autonomía de la razón. Si proclamáis ese límite infranqueable, si lo sostenéis como obligatorio, renegáis de la escuela revolucionaria y entráis en la escuela católica. Si, al contrario,

seguís negando para el individuo y el Estado ese orden religioso, moral y jurídico, se os puede preguntar: Ese Estado, que no reconoce una verdad definitiva en ninguno de sus órdenes de la vida, ¿acepta la libertad para combatirlos todos? ¿Sí? Pues entonces tendría que hacer una de estas dos cosas: o negar resueltamente que sea verdadero ese orden moral, religioso y jurídico, o declarar por lo menos que es una opinión dudosa, y que él no puede aceptarla como obligatoria.

En cualquiera de esos dos extremos, o bien negándolo, o bien poniéndolo en duda, lo que venís a hacer es, por un lado, afirmar y juzgar lo que es falso y no debe creerse ni practicarse, y, por el otro, lo que es dudoso y no puede afirmarse; y de las dos maneras, ese Estado se convierte en juez de doctrina; ese Estado se convierte en un *Estado-pontífice*, que no define dogmas positivos, pero que impone dogmas negativos y limita la libertad que declaraba ilimitada. Si queréis evitar esta consecuencia, diciendo que admitís también el derecho a discutirlo todo, incluso esos dogmas negativos, entonces un Estado que no sabe nada en el orden religioso,

ni moral, ni jurídico, y que además admite ese derecho de discutir su propio poder, de discutir todos sus actos y leyes, ya no será el *Estado-pontífice* que impone dogma negativo, será el *Estado-idiota*, el *Estado-imbécil*, incapaz de gobernar a nadie, porque nada sabe de las cosas que más importancia tienen para los pueblos y los hombres.

V

Epiquerema contra el Estado liberal. — La libertad ilimitada se niega a sí misma.

Pero si quisierais todavía examinar de otra manera, y como sacando otra consecuencia, el principio de libertad absoluta que proclamáis, yo no tendría más que llamar aquí a los representantes de esas escuelas radicales, y poner como en orden y enlazándolos en una síntesis, en una serie de proposiciones a manera de un epiquerema, todas aquellas negaciones que ellos sostienen y defienden, y veríais que la conclusión sería diametralmente contraria a la que sustentáis vosotros

en este proyecto de ley; porque, al afirmar la libertad absoluta de todas las opiniones, sin límite religioso, moral ni jurídico alguno, no se necesita más que un poco de lógica para deducir esta consecuencia: Si no existe la limitación religiosa, moral ni jurídica, es que no existen relaciones naturales con Dios; porque si existieran habría el deber de conformarse con ellas y cumplirlas, y existiría un límite infranqueable para esa libertad en el orden objetivo.

¿Es que no existen esas relaciones? Pues entonces no existe Dios, ni hay deberes religiosos y morales que liguen la voluntad.

Y entonces, por una lógica que comprenden bien todos aquellos que se dedican al estudio de las ciencias filosófico-sociales contemporáneas, y que además se ha reproducido en la Historia perpetuamente, porque la inteligencia humana está prisionera en aquellos fundamentales sistemas que enumeraba de un modo incompleto Cousin al investigar el origen de las cosas, porque no hay hombre alguno que tenga alguna capacidad y cultura y un poco de elevación de espíritu para no formularse estas tres preguntas

que suenan perpetuamente en los oídos de los hombres: ¿Cuál es tu naturaleza? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? Y al hacerse esas preguntas eternas, cuando para contestarlas investigue el origen de las cosas, tendrá que buscarle, o en una unidad absoluta, que llámase sustancia, idea, absoluto, esencia entera, voluntad, inconsciente, que poco importan los nombres, pues todos vienen a expresar un ser, o en una fuerza primitiva que se va desarrollando por una evolución necesaria, y el hombre no será más que un accidente o un modo de aquella unidad absoluta o un consiguiente fatal de aquella fuerza primitiva, y entonces la libertad, y con ella la personalidad humana, y el derecho y el deber, perecen arrastrados en esa evolución irresistible.

Así, aquella libertad orgullosa que no quería reconocer en la relación con Dios el límite de sus actos, queda convertida en el resultado necesario de antecedentes fatales. Y así, señores, el encadenamiento dialéctico queda completo; porque de la negación de los límites religiosos y morales de la libertad se pasó a la negación de las relaciones con Dios, y del ateísmo al monismo

panteísta o positivista, y, del determinismo que los dos producen, al aniquilamiento de la libertad que se había proclamado como absoluta al principio, quedando de esta manera cerrado el círculo del error con la negación de la premisa en la última consecuencia. Y cuando esta doctrina haya bajado hasta el seno de la multitud, desde las alturas de las cátedras, porque al fin la idea de la libertad humana no la puede arrancar nadie del alma, ni la pueden oscurecer todas las nieblas del sofisma; cuando se haya convertido el sepulcro en frontera de la nada, en vez de ser el pórtico de la inmortalidad que da entrada a un mundo mejor donde se encuentre la compensación a las injusticias del presente, se vendrá a proclamar el derecho absoluto al goce y el de derribar todos los obstáculos que se opongan a su realización. Y al ver entonces como uno de los mayores la desigual repartición de la riqueza, en minoría la propiedad y en mayoría la miseria, ya no bastará que se hable de un reparto igual de la soberanía política, porque la muchedumbre pedirá un reparto igual de la riqueza, pues sabe bien que la riqueza y la soberanía han celebrado

un matrimonio que rara vez se divorcia, y que de nada sirve el darle esas moléculas de soberanía política teniendo como medio para ejercerla la miseria y la pobreza que la hace dependiente de los poderosos.

Pedirá entonces, no sólo la reforma de la soberanía, sino la reforma de la propiedad; y, en nombre del derecho absoluto al goce, irá derribando todas las barreras: la familia, la propiedad; la religión, desde luego, porque ya la habéis ayudado vosotros a derribarla desde el principio, y ella era el sostén de todas esas cosas, y, por último, la autoridad del Estado.

Armada con la lógica, que es una de las mayores fuerzas que existen en el mundo, será vano que vosotros tratéis de presentarle una muralla de artículos para defender contra la multitud sublevada la fuerza de vuestro Estado. Ella tiene una fuerza mayor, ella tiene la lógica imperiosa que le lleva a sacar todos los fundamentos sociales existentes. Inútil será entonces que vosotros salgáis al camino oponiéndole el obstáculo de ese poder material, armado con toda suerte de medios para resistir con la metralla lo que no se puede

resistir con las ideas y la lógica. No; ella sabe bien que ese ejército, que la fuerza armada, que es la fuerza externa del Estado, está formado con elementos que se recogen entre toda la sociedad, y principalmente entre esas clases inferiores, que se pueden armar contra vosotros, contra esa formidable máquina de guerra. Yo ya lo he dicho alguna vez: ¡la huelga de los soldados será la última huelga!, la última que presencie esta sociedad que no atiende nada más que, por medio de una contradicción doctrinaria perpetua, por medio de una yuxtaposición de principios opuestos, a defender lo secundario y a dejar siempre inerme lo principal.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 3 de marzo de 1906).

VI

Las empresas de la España liberal

¿Cuáles son las empresas del liberalismo y del régimen moderno que él informa? Es muy

fácil el señalarlas. Poned al lado de cada empresa del régimen tradicional, una negación o una catástrofe que la destruya, y ya tenéis escrita toda la Historia liberal contemporánea *(Grandes aplausos)*.

A la unidad nacional, apoyada en la religiosa y la monárquica y en el sentimiento foral, la negación de la unidad religiosa, la ruptura de la creencia común y la división en sectas, la destrucción de la soberanía monárquica haciendo de los privados, que eran un vicio accidental de la antigua realeza, una institución permanente en el Gabinete-rey, que se ha abrogado la soberanía, dejando aparte armiños, cetro y corona para que no se descubra el engaño; la supresión de la legítima y espontánea variedad foral, arrasándola con un centralismo absurdo que proclama la unidad constitucional de un Parlamento con un Gabinete como la única fuente de derecho, y el poder absoluto de legislar sobre la constitución histórica de la nación y de cada una de las regiones, prescindiendo de su inalienable autarquía. Así no es extraño que, una vez roto por leyes tiránicas el vínculo interno de la Patria

común, desgarrada la trama espiritual de la Historia, quebrantado el canal de las tradiciones generales, y sustituídas las verdaderas unidades creadas por las creencias y los siglos por unidades políticas externas, artificiales y violentas; se haya entronizado un separatismo social arriba, que, por culpa exclusiva de la opresión del Estado, que ha despedazado el territorio, amenaza dividir en sectas y fragmentos la sociedad española *(Muy bien)*.

De esta manera, señores, a la primera empresa de reconstrucción de unidad nacional, el liberalismo opuso la de disolución social que resume toda su obra política interior.

A la segunda empresa de la España tradicional, a la conquista y civilización gloriosísima de América y de los Archipiélagos extendidos por el Pacífico, opuso dos catástrofes: la que se consumó con la traición de Cabezas de San Juan, no mayor que muchas que poco antes se habían precedido y preparado, y la del Tratado de París. Y esta pérdida afrentosa, que no puede encontrar comparación con ninguna otra de la historia moderna, se debe exclusivamente a los po-

líticos funestos y a la funesta política que, durante ¡ 18 años de paz !, con una nación sumisa que entregó pródigamente tesoros de sangre y de dineros, todo lo dejó preparado para que pudiera casi sin lucha mutilarnos el extranjero. Sí, sí, débese a esos políticos incapaces y justiciables que sonreían cuando, dos años antes de la guerra con los Estados Unidos, yo les anunciaba en el Parlamento como inevitable, — en una solemne discusión que recordé con tristeza después, leyéndoles mis propias palabras al darles realidad el doloroso cumplimiento, — y cuando reclamaba, porque aun era tiempo, alianzas internacionales para no encontrarnos aislados el día del conflicto, y la adquisición rápida, urgente, de buques, en vez de gastar inútilmente sus riquezas y combatir insurrectos que tenían en los Estados Unidos su arsenal y su base de operaciones. Sobre esos políticos y esa política cae íntegra la responsabilidad de la catástrofe, y no sobre el pueblo, que no puso tasa a los recursos y a las vidas y que no cometió más delito que el no castigarlo de un modo inexorable... *(Aplausos)*; sobre ellos cae, sí, y no sobre el Ejército, sobre el cual quie-

ren todavía descargar la culpa cuando ellos fueron los que le negaron el derecho a la gloria de combatir, los que le incomunicaron con la Península, exigiéndole en nombre de un peligro soñado que depusiera las armas, privándole, en los momentos críticos, de sus caudillos más prestigiosos, obligándole a reembarcarse ¡ mientras se discutían en París las condiciones de la paz !, forzándole con fábulas y engaños a enfundar la bandera en crespones y a partir como expediciones de náufragos escoltadas en la última nave por el sarcófago que guardaba los restos de Colón, para que siguiesen como una procesión fúnebre la estela luminosa que marcaran sobre las olas sus gloriosas carabelas, sin permitirles siquiera dar un adiós militar a la sombra de Ponce de León en la Florida y a la de Cortés en Veracruz *(Estrepitosos y prolongadísimos aplausos)*.

A la tercera empresa, la dominación del Mediterráneo, que era la primacía en el mar y el predominio de la costa africana, el liberalismo parlamentario opuso el acrecentamiento del campo de Gibraltar y el abandono de los puntos que lo dominan, cosa que no sucedió ni aun en el

siglo XVIII, decadente, cesarista y pre-liberal, que tuvo siempre en litigio; que estuvo tres veces a punto de recobrarlo, como lo hubiera hecho la última sin la torpeza de un embajador afecto a las doctrinas revolucionarias y que faltó a las instrucciones recibidas; que lo tenía de tal manera en cuenta, que el deseo de su rescate y el desquite de la felonía inglesa que a traición lo usurpó en la guerra de la Sucesión, ocupándolo en nombre del archiduque para no devolverlo, fué causa de la primera política internacional de tres guerras con Inglaterra, de los combates de Algeciras y Trafalgar y de que hasta en la guerra de la Independencia permaneciese vigilado por las baterías españolas. En Africa, la vergüenza de Melilla y la pérdida de la influencia en los asuntos de Marruecos, cada vez más invadidos por Francia; y en el abandono criminal de las incomparables rías gallegas, objeto preferente de la codicia británica, que las recorre en peregrinación continua con sus acorazados, y el hundimiento en Cavite y en Santiago de Cuba de escuadras que hacían al valor estéril, después de haber consumido los Gobiernos que las formaran

un enorme presupuesto que bastaba para triplicarlas.

En suma, señores: la negación de la soberanía en el Mediterráneo, de la influencia predominante en Africa, de la primacía o siquiera respeto en el mar, y todo perdido sin una página de gloria que fortifique con el recuerdo la esperanza de mejores días y sin una tragedia grandiosa como la de Argel, la de la Invencible y la de Trafalgar *(Aplausos)*.

La cuarta empresa había sido la formación de una ciencia y un arte indígenas, propios, españoles; pues, aunque la ciencia sea de suyo universal, como la verdad que es su objeto, por los elementos que se aportan al acervo común, y por el predominio de la investigación de unas operaciones intelectuales sobre otras, por el orden dialéctico de las demostraciones, y por la manera de exposición, tiene puntos de vista peculiares en consonancia con el espíritu de cada pueblo, que refleja en ella los rasgos de su psicología nacional, sin menoscabo de la unidad de la especie, por los cuales puede justamente ostentar su sobrenombre y apellido. Y de la misma manera,

el arte percibe, ama y manifiesta la belleza de muy diferentes maneras, expresando, sin detrimento de las leyes comunes de la estética, la índole característica de cada pueblo, sirviendo después sus obras como base de inducción para penetrar en los arcanos de la vida social que los ha engendrado. Y a la ciencia española, que nos dió el cetro de la controversia teológica y doctrinal del siglo XVI y que se mantuvo en el siglo XVII influyente y respetada; y al arte..., opulentísimo y original, y con manifestaciones hasta entonces desconocidas: como gran parte de la literatura mística, que no se puede confundir con ninguna otra; el teatro de los Autos Sacramentales, el caballeresco y nacional, el primero que rompió con las tradiciones clásicas y expresó las populares, y el sano realismo de la novela picaresca, ¿qué opuso el liberalismo y la sabiduría parlamentaria, dictadora del movimiento intelectual moderno?

Bien lo sabéis, señores, un arte que, cuando no obedeció a la tradición y a las condiciones geniales de la raza, pobló de quimeras la fantasía y se arrastró en el lodazal de la impureza naturalista, llegando a ser unas veces trasunto del idealismo soñoliento de la estepa rusa, y otras fotograbado de las cloacas de París, y casi siempre martirio de la lengua que vió su pureza manchada con los colores de la paleta extranjera; y una ciencia contrahecha, postiza, totalmente exótica y reducida a copias y arreglos serviles de lo que es ya de moda en los figurines intelectuales de la heterodoxia contemporánea en algunos puntos del extranjero, que no suelen ser todos ni los principales, y siempre pasada por la aduana francesa, como las de Alcan y las de René Womrs; habiéndose llegado, a mediados del siglo XIX, (y cuando todavía pensaban en España Balmes, Donoso y el Padre Cuevas), por un Gabinete progresista ¡progresista había de ser!, al caso inverosímil, inaudito, de encargar a un antiguo seminarista, a Sanz del Río, que fuese a adquirir una filosofía, sin indicarle cuál, a Alemania, y que la trajese con urgencia ¡a la tierra de Julio de Rivas, de Fox Morcillo, de Caramuel y del gran Suárez!, sin duda para mejorar la raza por selección intelectual; y como tropezó con Enrique Arens y no con un hegeliano de la izquierda,

gracias a esa fortuna vivimos el krausismo, que se adquirió y se importó y se fomentó en España lo mismo que si se hubiese tratado de sementales para una remonta *(Grandes risas y aplausos)*.

Destruída de esta manera la obra de la España tradicional y negadas con catástrofes y vergüenzas sus altas empresas, la consecuencia de ellas y el agente que les dió vida tenían que sufrir la misma desventura.

Al poderío militar y a la hegemonía sobre Europa, y cuando menos a la influencia poderosa en los consejos de Naciones, que aun en los tristes días de Carlos IV nos daba el tercer puesto diplomático y el primero colonial en el mundo, se opuso un descenso tan rápido, que ha llegado a ser tan acelerado en los últimos lustros, que hemos caído más abajo que Turquía y llegado a parecer una Polonia sin honor, una Grecia sin Larissa y hasta una Servia sin Slivinza *(Aplausos)*.

¿Y nuestro carácter? Mirado en conjunto y en sus manifestaciones cada vez más tristes, la flojedad cobarde ha sustituído al tesón heroico, la inconstancia, que tiene en el Parlamentarismo

su escuela, a la persistencia tenaz que daba resistencia a las grandes resoluciones; y hasta aquella franqueza noble y confiada que parecía trasparentar el fondo de sentimientos hidalgos y de la que todavía en el siglo XVIII se nos presentaba como modelo, se va convirtiendo, por influencia de arriba, propagada por la corrupción política, la inmoralidad electoral y el contagio de una administración que se asemeja a un cáncer, en doblez traicionera y suspicacia recelosa, que demuestran que, para consumar la obra de demolición de la antigua España, estamos asistiendo, juntamente con el desmoronamiento exterior, a un derrumbamiento interno, psicológico, que no advertimos tanto, porque formamos, sin quererlo, parte de lo que se hunde o nos arrastra en la caída.

Resulta, pues, evidente que la historia moderna del liberalismo no es otra cosa que la negación de la que afirmaba la tradición nacional. Los partidos doctrinarios y radicales de la revolución no han tenido más que un programa: demoler, desde los cimientos a las bóvedas, todo el edificio que con sublimes y seculares esfuerzos

habían ido levantando las abnegaciones católicas y monárquicas sobre un suelo amasado con su sangre; oponer a cada empresa histórica una catástrofe, a cada gloria una ignominia, a cada derecho una licencia, a cada virtud cívica una corrupción, y, finalmente, a la comunidad de creencias, de sentimientos, de instituciones fundamentales, de tradiciones, de recuerdos y de aspiraciones comunes, que constituían el espíritu nacional, un solo principio: el de negar ese espíritu, y una sola libertad: la de romper esas unidades y de disolver la Patria. Y no se puede desconocer, sin incurrir en notoria injusticia, que, si se tratase sólo de su voluntad, ya estaría cumplido todo el programa *(Aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en Santiago, el 29 de julio de 1902).

VII

COALICIONES

En la abigarrada historia de los partidos liberales son un hecho frecuente las coaliciones y

las alianzas del momento entre los que de continuo se odian y combaten.

La unidad, que por virtud de su misma naturaleza excluye el liberalismo, es una necesidad y condición indispensable para la existencia, de tal manera que, aun a trueque de contradecir todos los principios del sistema, se impone y domina como señora en determinadas circunstancias, como si quisiese así mostrar que son vanos los caprichos de los sofistas , y que no se pueden negar las leyes de la realidad sin que ésta se levante contra la obra del insensato que trata de prescindir de ella.

Pero la unidad, que es atributo esencial de todo ser, ley de todo discurso, condición imprescindible de todo verdadero método y sistema, está en abierta oposición con el error, vario y contradictorio por naturaleza, y así sólo de una manera negativa suele darle cierta cohesión momentánea.

La misma verdad que los contrarios errores niegan o falsean, suele ser indirectamente causa ocasional de que se concierten para combatirla y hagan cesar sus luchas, y olviden sus antagonis-

mos para asociarse pasajeramente en un punto y pelear contra el enemigo común que por igual los rechaza.

De aquí que el interés, y no los principios; el odio, y no el amor, sean la causa de tan momentáneos y circunstanciales conciertos.

Por eso de los partidos liberales se puede decir lo que Donoso Cortés afirmaba de Guizot: que no tenía más amigos que los enemigos de sus adversarios.

Uniones, en cierto modo negativas, puesto que una negación común, y no una afirmación doctrinal, les sirve de base y fundamento; lo cual explica su breve reinado y lo efímero de su imperio.

Lo que el interés fabrica, el interés lo deshace; lo que se apoya en negaciones, sólo a la destrucción conduce.

Quien dude de estas verdades, no necesita descender de la metafísica a la historia; basta que estudie ésta a la luz del buen sentido.

Todas las sectas protestantes, discordes y opuestas entre sí, se unen contra la Iglesia católica; y todas las escuelas racionalistas, que nie-

gan con lógica lo que el protestantismo afirma sin ella, apagan sus mutuos rencores y ocultan sus discrepancias y querellas para luchar al lado de las primeras con el intento de conseguir el mismo fin y llevar adelante los mismos propósitos.

Fuera de esta coalición perenne de los errores contra la verdad, que constituye la apología de ésta y uno de los criterios para distinguirla, no hay en el vasto campo de las aberraciones humanas otra cosa que guerra perpetua y uniones efímeras que el egoísmo fabrica y el egoísmo disuelve.

Los partidos liberales, inficionados por el gran error contemporáneo que los caracteriza y los distingue, no han podido sustraerse a esta ley que pesa sobre ellos con fatalidad inexorable.

Por eso, cuando están fuera del poder, piden protección y amparo y tratan como a hermanos a los mismos que vigilaban con recelosa inquietud desde las alturas del mando.

Mientras están arriba, si son débiles, ignoran la benevolencia de los afines y niegan el agua y el fuego a los radicales; pero, cuando se en-

cuentran abajo, tienden las manos con ademán suplicante a los más intransigentes revolucionarios colocados en el postrer lindero de la escuela, y, fingiendo acentos de noble patriotismo, los convidan a pelear en el mismo campo, y señalan las altas torres de la ciudad abandonada como el asilo seguro y el fuerte reducto, desde el cual entonarán juntos el mismo himno de victoria.

Todo es bueno para reconquistar la posición perdida. Después que se haya recobrado, si los adversarios no se convierten en amigos vergonzantes con el nombre de afines, se rompen las amistades, y cada uno vuelve al puesto que antes ocupaba.

La historia de siempre. En la oposición «¡ que peligra la libertad y la riqueza nacional !» ; en el poder «¡ cuidado con el orden y la Monarquía !».

(Siempre en el fondo la perfidia y el egoísmo ocultos tras la pantalla de las doctrinas).

Unos hacen de directores de escena, y son los más hábiles ; otros, de masa coral, y son los más tontos ; pero el espectáculo es siempre el mismo :

Teatral y cómico.

Cuando no es, además, indigno, porque en el liberalismo no se puede seguir un principio en su proceso lógico ni en su desarrollo práctico sin tropezar al fin con una miseria moral, como no se puede ahondar en ciertos sitios sin tropezar con el cieno.

Con coaliciones y sin ellas, la libertad liberal está condenada a arrastrar sus vestiduras por los muladares, y a demostrar en todos sus actos que no es reina augusta, sino meretriz infame.

(Artículo publicado en *El Correo Español,* el 17 de diciembre de 1890).

VIII

El liberalismo es la negación de la Iglesia

El liberalismo y el catolicismo. ¿Son dos términos antitéticos? Si la oposición esencial no es claramente visible para algunos entendimientos, depende de dos causas : la primera es la extraña manía que padecen muchos tratadistas de ambas escuelas al buscar la oposición con la Iglesia, no

en el liberalismo puro y radical, que, explícita o implícitamente, sostiene sin atenuaciones ambiguas su tesis, por lo menos en el orden especulativo, sino en el liberalismo ecléctico y contrahecho, que mixtifica los principios liberales y los católicos, queriendo juntarlos, sin más criterio que el utilitario de la conveniencia.

Esto equivale a buscar la armonía y la antítesis, comparando la conclusión de un raciocinio con la primera de otro, sin haber deslindado la primera ni haber formulado la segunda. Lo racional es concretar las dos proposiciones fundamentales y compararlas, porque, para fijar después los grados de oposición o armonía relativas, no habrá que examinar más que los que con ellas tienen de parentesco; y el más hábil sofista no podrá evitar la disyuntiva de aceptar el principio al sostener la conclusión o al no aceptarla.

La segunda causa es la decadencia mental, cada día más notoria, producida, en gran parte, por la ignorancia de la lógica. Ya son muy pocos los capaces de seguir sin fatigarse una larga serie de raciocinios, enlazados a un axioma, y arrojados gallardamente al pozo de la verdad para

sacar con vigoroso esfuerzo algo del tesoro que guarda en su fondo. Y son todavía menos los que pueden demostrar con vigor dialéctico y por cuenta propia algo de lo que pródigamente afirman por cuenta ajena. A ello ha contribuído también el experimentalismo externo de la epidemia positivista ya decreciente, método mutilado que nadie ha practicado jamás, pues sin la observación interna sería imposible, y la experiencia externa no sirve para corregirse a sí misma, y porque no hay inducción sin la intuición primitiva de los dos universales que supone un axioma, ni es ciencia la que no arriba a la ley, que dejaría de serlo si no traspasase las dos fronteras en que toda experiencia viene encerrada: el espacio y el tiempo.

Las modas doctrinarias, tan continuas y periódicas como las de la indumentaria femenina, ajustan con una sumisión servil al patrón de los figurines extranjeros las cabezas de los que a sí mismos se llaman intelectuales. Y ya no faltan algunos que, tomando en serio la teoría del superhombre, de un super-loco, perdonen, cuando están de buen humor, la vida al cristianismo, del

cual van teniendo ya todos noticias como de los antropopitecos y los monos catarrinos, sus venerables antepasados.

En una atmósfera semejante, la cantidad de vocablos se toma por cantidad de ideas, y la de ideas por el número de verdades. La lógica emigra, y el sentido común la acompaña al destierro.

Una anarquía mental, que parece la reproducción del caos, domina hoy en las capas heterodoxas, debajo de las cuales se agita ese vulgo ínfimo, ahora más necio que nunca. La demostración ha sido declarada reaccionaria, medioeval, atávica. Los espíritus emancipados, sobre todo de la lógica, proceden por afirmaciones o negaciones, sin más enlace que la dialéctica de los motes, con la que salen de todos los apuros.

Cuando demostremos cómo el liberalismo destruye la esencia del derecho y el concepto del Estado y de la Nación y de la Patria, nos dirigiremos a ellos. Ahora lo haremos principalmente con los que, viviendo en esta atmósfera de confusiones, todavía no ven claro en la relación del liberalismo con la Iglesia.

* * *

El liberalismo es absolutamente incompatible con el catolicismo.

No es menester que el Papa y los Obispos lo declaren; se declara ello mismo. La lógica más elemental sobra para confirmarlo.

Basta con poner frente a frente la negación del liberalismo lógico y la afirmación de la Iglesia, para que se vea que no pueden coexistir juntos, porque se destruyen mutuamente. Quererer conciliarlos, es intentar la identidad de los opuestos.

Son dos proposiciones contradictorias, y se las puede examinar desde dos puntos de vista diferentes, la negación y la afirmación, para llegar a la misma consecuencia.

Proposición liberal: «Toda persona, desde el individuo al Estado, tiene derecho a no reconocer como límites jurídicos de su libertad el dogma, la moral, el culto y la jerarquía católica».

Proposición católica: «La Iglesia es la depositaria de la revelación y su órgano social infali-

ble, y tiene, por lo tanto, derecho a que su dogma, moral, culto y jerarquía sean norma y límite de la libertad humana».

Son dos proposiciones complejas, contradictorias. No importa que ambas parezcan universales, y, por lo mismo, contrarias por no diferir en cantidad; porque, cuando se trata de materia necesaria, esto es, de predicados que radican en la esencia, las proposiciones son siempre contradictorias. Y siendo contradictorias, no pueden ser a un tiempo verdaderas, porque no hay verdades contradictorias; ni pueden ser a un tiempo falsas, porque una afirma lo que la otra niega, y en virtud del principio de exclusión de medio, no le puede haber entre las dos, pues se refieren a la misma cosa esencialmente.

Ningún liberal lógico puede rechazar la primera proposición sin aceptar la segunda, y ningún católico puede rechazar la segunda sin aceptar la primera. El que confiese que el dogma, la moral, el culto y la jerarquía de la Iglesia deben ser límites jurídicos de la libertad, reconoce el deber de conformarse con ellos, y no es liberal. El que niegue la existencia jurídica de esos límites, niega la de los deberes y principios que suponen, y no es católico.

Luego, comparadas la proposición negativa liberal y la afirmación católica, la repugnancia entre las dos es intrínseca y esencial, y no pueden coexistir doctrinalmente juntas.

Comparadas desde la afirmación católica, se va a parar a la misma conclusión por este proceso dialéctico: La Iglesia afirma de sí misma: Que es la depositaria de la verdad revelada y su intérprete infalible. El liberalismo sostiene: Que no hay ninguna verdad revelada, doctrina ni principio, que deba limitar jurídicamente la libertad de las opiniones.

En términos más breves:

La Iglesia dice: Yo soy la verdad, y nadie tiene derecho a negarme. El liberalismo afirma: No reconozco ninguna verdad religiosa que limite mi libertad, y tengo derecho a negarlas todas.

Decirla a la Iglesia que no condene esa doctrina, es pedirle que reconozca como lícita y acepte la siguiente proposición: Todo hombre tiene derecho a negar a la Iglesia y prescindir de sus enseñanzas.

Para admitir esa proposición, la Iglesia tiene que sostener una de estas dos, que lógicamente equivalen a una sola: Primera, afirmar que hay verdades y derechos contradictorios: de un lado los que ella sostiene, y de otro, los que la niegan; segunda, que es permitido proclamar cualquiera doctrina, aunque sea la negación de la suya. En el primer caso, se le pide que proclame el absurdo y que se dé la muerte. En el segundo, que declare que su doctrina no es una verdad cierta, sino una opinión dudosa como todas las demás. En suma, que afirma que es, o depositaria del absurdo o depositaria de la duda, pero de la verdad nunca. El derecho liberal, con relación a la Iglesia, es la impiedad diciendo a la Religión que se mate para que pueda pasar sobre ella.

¡Y se quiere que la Iglesia declare que no es error una doctrina que le pide la muerte, y hasta que se concilie y se abrace con ella para que, al recibir en la mejilla el ósculo de Iscariote, pueda deslizarse mejor entre los pliegues de su manto y penetrar en el cuerpo el puñal afilado en los antros de la secta!

Porque la oposición esencial, la contradicción irreductible entre la afirmación católica y la negación liberal, si en teoría es la impiedad, en la práctica es la impiedad más la hipocresía.

Apenas hay un impío, y entre los gobernantes no se encuentra, que declare en público que su política es la guerra a la Iglesia, y que trabajará por extinguirla en la conciencia del pueblo. Semejante declaración, que podría ser el fruto amargo de una conciencia errónea, capaz de caer rendida en el camino de Damasco, no brota de sus labios desde las alturas del Poder ni de los escalones inmediatos de los partidos. Se formula como un rugido, contenido por el miedo de que lo adviertan los creyentes, en el oscuro recinto de la logia o en las íntimas expansiones con los compañeros de armas. En el Gobierno o en sus cercanías siempre va precedido de una careta. La impiedad franca, cínica, es siempre una impiedad directa, una ira satánica que estalla. La impiedad hipócrita que sonríe para herir y echa sobre la víctima un velo antes de clavarle el hierro, es el viejo fariseísmo que se desliza en

la sombra para que no se advierta su filiación por la hopalanda judía.

El amor al liberalismo se mide por el odio a la Iglesia.

La ley de sus gradaciones puede expresarse en esta fórmula: El liberalismo está en razón directa de la impiedad y en razón inversa de las creencias religiosas.

Y como hay grados subjetivos en el error y el mal, se puede ampliar la misma fórmula en esta otra: A mayor impiedad, mayor liberalismo; a menor liberalismo, menor impiedad; a ninguna impiedad, ningún liberalismo.

Cuando las creencias religiosas son completas, es decir, católicas (un gran impío fué quien dijo que el catolicismo era el cristianismo absoluto), no existe; cuando están mermadas, brota; cuando apenas alientan, florece; cuando el ateísmo las arranca, fructifica.

Pero el daño que produce puede seguir una gradación opuesta a la de su magnitud, porque depende de otro factor, la claridad. El eclipse total todos le advierten; pero el crepúsculo de la tarde pueden tomarle los soñolientos por aurora.

¿Se quiere una prueba experimental de la ley de odio a la Iglesia que rige al liberalismo? El que lo desee no tiene más que defender la democracia absoluta; ni la representativa, ni la plebiscitaria, más amplia y con *referendum* para todos los asuntos del Estado, sino la directa, tan radical, que gobernantes y gobernados, objeto y sujeto de la ley, todo sea uno y lo mismo. Tan absoluta, que no excluya sexo ni edad; que comprenda hasta los niños que sepan decir que sí, y que haga de la sociedad un inmenso foro, donde la ley surja como un solo clamor de las olas de ese mar.

La democracia directa no ha podido ejercerse más que en algunos estados municipales y con intermitencias, y delegando funciones, porque no es posible estar perpetuamente en la plaza pública. En todos los pueblos que ha visto la Historia, han estado en minoría la capacidad, la cultura, la virtud y el carácter; y por eso el mundo siempre ha sido gobernado por pocos, cuando no ejercía el gobierno uno solo. Que los más manden y los menos obedezcan, sería la soberanía de la cantidad sobre la calidad; pero esa página de la

historia está todavía en blanco, y que todos gobiernen a todos es el título de la página que sigue a la anterior.

Sin embargo, la utopía se ha confundido con la realidad. Ya habéis realizado el ideal de la democracia absoluta, no de los más sobre los menos, sino de todos sobre todos.

¿Cabe régimen más amplio?

Todos los sistemas llamados democráticos, que no son más que oligarquías burguesas de diferente extensión, ¿qué son más que caricaturas hipócritas comparadas con esa democracia absoluta?

Pues poned como límite único a las resoluciones de tan augusta behetría las enseñanzas de la Iglesia católica, y... con toda vuestra democracia absoluta, única en la historia, sois... clericales, reaccionarios, medioevales, atávicos, con todos los demás epítetos de la dialéctica de los motes.

Cambiad la decoración.

Nada de democracia, ni absoluta, ni relativa. Defended el califato de Damasco y el de Córdoba, y juntad en la persona del supremo caudillo

la ternura de los Abassidas y de los Omniadas, pero con una sola condición: exterminar a los católicos del Imperio y proteger con el alfanje la libertad de los que no lo sean. Ese hombre será... el dictador benéfico..., el instrumento duro, pero necesario, del progreso, y merecerá loores por su empresa secularizadora, y hasta sobre las rapiñas y crímenes más nefandos caerá el velo del odio cariñoso con que disculpan y absuelven los escritores revolucionarios a los chacales del 93.

Pombal realzó la Inquisición portuguesa, colocada en el siglo XVIII, como la española, en manos de jansenistas, equiparándola con la Monarquía hasta darle el tratamiento de Majestad.

La sometió a su voluntad, y ahorcó en medio de Lisboa a un anciano jesuíta que se había pasado la vida de misionero trabajando por la grandeza de su Patria, al P. Gabriel Malagrida, cuya inocencia proclamó Voltaire, y que murió como un santo, rezando por sus verdugos.

Cuando se apagaron las llamas de la hoguera que consumieron el cadáver, y las cenizas fueron arrojadas al mar, el verdugo celebró con los inquisidores un espléndido banquete en los salones del

Santo Oficio que presidía su hermano Paulo de Cavalho. ¡Pombal es el patriarca y el ídolo del liberalismo lusitano, que hace pocos años, cuando estallaba la furia anticlerical, fué con sus juntas en peregrinación a su sepulcro!

¡Siempre los mismos!

Mataron a Rossi, asesinaron a García Moreno y dejaron vivir tranquilos a Rosas y al doctor Francia. No aman más que una libertad, la de crucificar de nuevo a Jesucristo, porque es el libertador de los hombres.

(Artículo publicado en *El Correo Español,* el 28 de septiembre de 1906).

IX

La guerra por la jefatura y la guerra contra la Iglesia

La jefatura del partido liberal o del consejo informe de apetitos, morriones de milicianos y mandiles de logia, es una especie de cucaña que hay que alcanzar a fuerza de agilidad de piernas y de manos, subiendo por el palo del presupuesto, clavado en las entrañas de los contribuyentes, hasta alcanzar el látigo que sirva como cetro adecuado para acaudillar a la hueste servil que mira desde abajo embobada la faena de los luchadores.

¿Y cuántos son los que pelean por conseguirle en ese certamen de ambiciones?

Sin contar a López, el de «a Melilla o a su casa», y que no fué a ninguna parte más que a la sastrería por el entorchado, que él mismo se adjudicó modestamente, sin duda por servicios no compensados en Crimea; sin recordar a Montero Ríos, el Meco del Tratado de París, que perdió ilegalmente a Filipinas, sin que ni él ni el Gobierno que lo consintió hayan respondido todavía de una inaudita extralimitación de poderes; sin contar a Vega de Armijo, vecino cronológico del conde de Cheste, y que se ha quedado con su mal humor y con Rosales, hay otros tres que se miran torvamente y andan inquietos y recelosos echándose la zancadilla para ver quién es el primero que trepa hasta la altura y empuña el látigo y lo hace estallar triunfalmente sobre toda la tribu progresista.

Y esos tres que se parecen mucho a las hijas de Elena son... Canalejas, el colaborador de Polavieja, el general cristiano, en el famoso manifiesto leído en el Congreso, de Gasset, el Columela de los pantanos, y el que pedía la enseñanza religiosa y casi la unidad católica y el regionalismo.

Moret, el socio de la Congregación de San Vicente de Paúl, y después revolucionario y septembrino, y monárquico de Don Amadeo, y adicto a la res-pública de Serrano y a la Monarquía de Sagunto y a todo lo que se ha sucedido desde entonces; el hombre, en fin, de la indemnización Mora, los tabacos, la compra del Meteoro, la autonomía, la paz, y la ley de jurisdicciones; el salvador de la democracia y hasta el tesorero de la república, según afirma el Teótimo de Gijón, Melquíades Alvarez, alma infantil que cree en la Barataria que Moret le ha prometido.

¡Y Romanones!..., el más torcido de los tres, porque tiene más recodos que los otros dos juntos; el terrible anticlerical, que la emprendió con la enseñanza católica desde el ministerio de Instrucción pública, dispuesto a acabar con la privada,

que es la mejor que hay en España, y a no dejar una escuela dirigida por las Ordenes religiosas, y después, con muy buen sentido, manda a sus hijos a que los eduquen los frailes.

* * *

¿Quién conquistará el vellocino de oro? ¿Quién subirá primero el palo de la cucaña, aunque sea encaramándose sobre el entorchado de López o los cánones averiados de Meco? ¿Será el anticlerical colaborador del general cristiano, que, siendo Ministro de Gracia y Justicia, hizo reformas tan importantes como dar un banquete a veintiséis Obispos?

¿Será el ex socio de San Vicente, que echó abajo el decreto secularizador de Alfonso González y que estableció el *modus vivendi* para que viviesen en paz las Ordenes religiosas?

¿Será el conde más atrevido que los siete condes que murieron en Uclés, el ex ministro de la Gobernación diligentísimo, que notó la bomba de Morrals al poco tiempo de convertirse en *spoliarium* el zaguán del Gobierno civil?

¿Quién, quién será el triunfador? ¿Canalejas, Moret o Romanones?

El diablo, que es el único liberal verdaderamente listo y el fundador de la estirpe, el que ha dado todo el programa de la escuela en el *non serviam* de que son copias y palinodias todos los posteriores, como admirable hipnotizador ha sugestionado a sus discípulos, diciéndoles al oído, para que llegue bien a su ambición, el *eritis sicut dii,* que escuchó la madre Eva, como la primera interpelación parlamentaria del mundo, pero modificada según los tiempos, porque el diablo es muy progresista y nada reaccionario.

El diablo parece que dijo: — Para lograr el premio, para conquistar la cucaña, para alcanzar el látigo, tenéis que ser liberales de veras; y para eso es preciso que imitéis a mis discípulos predilectos, los judíos tres puntos franceses, que no sólo crucifican de nuevo a Jesucristo, sino que son capaces de crucificarme a mí mismo si no los contengo, por creer que poseo algo de sobrenatural.

Y a la pregunta de los tres, ¿qué hay que hacer para imitar con prudencia, con circunspec-

ción, a los rabinos de las logias francesas y conquistar el galardón de la jefatura?

— Hay que subir encima de la Iglesia trepando sobre cementerios, altares, retablos y campanas, porque sólo desde allí se alcanza.

— Eso se dice fácilmente. Pero ¿quién sabe? Si despiertan los guardianes del Templo que, hace treinta años, obligaron con una ola de sangre a detenerse y a encallar el carro de la revolución, y que si no andamos listos celebrando armisticios con algunos amigos que oportunamente se habían mezclado con ellos, nos anega a todos...

— Pues se sube poco a poco, sin meter mucho ruido hasta arrancar la Cruz. — ¡Poco a poco, hasta arrancar la Cruz! Pero ¿de dónde la arrancaremos? De todas partes, no puede ser. Despertaría la guarnición entera con el estrépito que produciría al derrumbarse.

— Yo la arrancaré de la enseñanza, grita uno; Cristo ya dijo: «Que los niños se acerquen a mí». Pues bien; nada más laico, nada más liberal que separarlos de Cristo.

— Eso no es bastante, y además es lento, por-

que supone otras cosas. Yo permitiré las manifestaciones externas contra la Cruz.

— Eso no basta, porque ya se celebran todos los días; y desde el protestante hasta el musulmán que quiera hacerlas, no tiene más que pedirlo, que para todo se le autoriza, aunque sea para llevar tribus de niños a adorar al judío Méndez Alvarez (y no Mendizábal, como él se llamaba, falsificando el apellido), por haber hecho aquel enorme latrocinio, al lado del cual no resulta mayor, y será más lógica, la desamortización civil que prepara el colectivismo.

— ¡Yo arrancaré las cruces de los cementerios!, exclama satisfecho otro de los luchadores por el látigo. ¡Si no secularizo la vida, secularizo la muerte, para que no nos entierren juntos!

— No basta. El impío y el hereje tienen su cementerio civil; y si no consienten que la Iglesia vaya allí a clavar la Cruz sobre su tumba, ¿han de consentir los católicos que se la arranquen del sepulcro de sus palabras? Eso costaría sangre y tumultos.

— Pues entonces, ¿qué hay que hacer? Porque el maestro lo ha dicho: «Hay que subir sobre

el altar y llegar hasta las campanas, y ponerse encima de lo más alto de la torre, y arrancar la Cruz, pues sólo a ese precio se conquista el látigo para empujar a los amigos y azotar al rebaño».

¡Hay que hacer algo!

Y la voz del gran hipnotizador murmuró otra vez al oído el segundo programa revolucionario, el de la revolución paradisíaca; y cuentan que añadió: «El que primero y más fuerte pegue a la Iglesia, ese cogerá el látigo de la jefatura».

Y se miraron unos a otros, pero el más atrevido de los tres, arrastrado por la audacia, exclamó: Yo pegaré el primero. Para secularizar la vida, es decir, para descristianizarla, debía empezar por romper el bautismo, y concluir por arrancar la Cruz de los sepulcros; pero empezaré por el medio, por el tálamo. La familia es la base de la sociedad, y el matrimonio de la familia; pues, asentando ahí el golpe, todo el edificio se resentirá. Se pide al que se case civilmente, que declare si abandona la Religión católica; pues en adelante que nadie se lo pregunte. Así puede haber apostasías por sorpresa.

La Iglesia dice que para los católicos no hay más forma legítima del matrimonio que el canónico, que es el natural, elevado a Sacramento; pues yo declaro que hay dos formas legítimas y a escoger, la civil y la católica, y las dos iguales.

Una funda la indisolubilidad en el derecho natural y en el divino positivo, y otra en una ley parlamentaria que más adelante, si el tiempo lo permite, se cambiará por el divorcio, y después por el amor libre, que hace ya siglos que se halla establecido en algunas regiones de Africa; pero, a pesar de todo, son iguales, porque lo declaro yo, y no consiento que el Papa invada mi jurisdicción. La potestad civil ante todo. ¡Seamos civiles! El ser civil es el placer...

Es el programa que ya había formulado con anticipación profética aquel alcalde andaluz que, para condensar en una frase toda la Revolución de septiembre, gritaba desde el balcón del Ayuntamiento: ¡Ciudadanos, queda abolido el Concilio de Trento!

* * *

¿Pero conquistará la jefatura el que se atrevió a pegar primero en la faz de la Iglesia? Eso es poco, eso no es casi nada, gritan los que se preparan a pegar más fuerte en las leyes, para no ser vencidos en la puja de odio a Jesucristo y en el amor a la jefatura.

La situación es crítica. Si avanzan demasiado, pueden caer en la República, lo que sería caer fuera del radio del presupuesto, suprema desgracia para un estadista y prudente, es decir, de espíritu y de cuerpo prácticos.

Si retroceden asustados por el conflicto que pueden originar las conquistas democráticas sobre el redil de la Iglesia, son atávicos, medioevales, reaccionarios, incultos y antieuropeos, porque ya han convenido que, para ser verdadero europeo, es necesario ser por lo menos salvaje fetichista.

Y si no se atreven a avanzar ni a retroceder y se están quedos, es muy probable que el diablo les diga lo mismo que contestó el que conoció y cantó Tassara:

«No vuelvo a saludar a un doctrinario,
Y me voy por anverso y por reverso
A democratizar el universo».

* * *

¿Quién obtendrá la palma entre esos Domicianos de oficina? La del martirio la va obteniendo la conciencia de los católicos españoles.

Estamos presenciando un combate de apetitos, una batalla de concupiscencias, en que, para subir al Poder, sirven de escala a la ambición y a la audacia los sepulcros, los altares y los brazos del Crucifijo.

No pasa un día sin que palabras apóstatas escupan ira satánica sobre la frente del Redentor. No pasa una hora sin que plumas mojadas en hiel de impiedades se introduzcan en las llagas de Cristo y las desgarren. No pasa una semana sin que al golpe de libros y folletos infames se claven en las sienes del Hijo de Dios las espinas de su Corona. ¿Y qué hacemos? ¿Iremos a los concursos hípicos, al tiro de pichón, a las carreras de automóviles o las regatas a pasar alegremente la vida, mientras Cristo, crucificado de

nuevo en el Poder por los partidos y los periódicos liberales, suda gotas de sangre sobre nuestras conciencias dormidas?...

Una figura celeste, un anciano sublime, un hombre evangélico, se levanta sobre el trono más brillante de la tierra, porque tiene resplandores del Tabor; y, sereno como la verdad y como la justicia inflexible, extiende su cetro, que es la Cruz, sobre Francia, corrompida y sublevada contra Dios y su ley en los que le representan ante el mundo..., y los rugidos furiosos de los tiranos se convierten en alaridos de espanto, y ya no se atreven a colocar fuera de la ley a la Virgen sin mancilla, ni a cerrar los templos, porque el resplandor del anciano apostólico les ha hecho ver a la puerta de las iglesias soldados fraternizando con los creyentes, y espadas desnudándose para volverse contra la sinagoga y la logia, y, más allá de la frontera, sienten el rumor de legiones que se acercan, y los pasos de un guerrero de alma carlovingia dispuesto a cabalgar en su corcel de batalla y acudir a la cita providencial, para continuar la historia interrumpida, a Versalles...

¿Debemos todos los católicos levantar la voz para que, como un clamor nacional, llegue a Roma, pidiendo al gran Pontífice que nos salve, porque perecemos, o que descienda en gloria y majestad, lanzando el rayo de la más alta y augusta autoridad moral de la tierra sobre la cabeza de los gobernantes imitadores de los déspotas franceses, para que escarmienten como ellos?

No, no es necesario. Bastaría que los católicos españoles nos dirigiésemos a Pío X, diciéndole:

Santísimo Padre: Reservad el rayo de vuestra justicia para los Julianos de otras partes; los que aquí se usan no merecen tanto. Bastará que Vuestra Santidad les aplique nuevamente la punta de Su sandalia para que rueden por el suelo, porque no se trata de ningún baluarte, sino de una cesta de micos.

(Artículo publicado en *El Correo Español*, el 6 de septiembre de 1906).

LIBERTAD

LIBERTAD

La libertad es cristiana

Hoy nos reunimos, hoy nos juntamos aquí en esta fiesta, que no es sólo la fiesta de la Fe, sino la protesta en favor de esa libertad. Tenía razón el señor Estanyol en el elocuentísimo discurso que acaba de pronunciar; la tenía el señor Albó cuando decía que había que respetar la libertad y arrancar al enemigo esa bandera a cuya sombra ha destruído el alcázar del antiguo régimen, del que tenía mucho que aprender, porque era el que conservaba el espíritu cristiano a las sociedades que caen del lado allá de la Revolución francesa. Entonces los tiranos, al realizar el saqueo de las grandes ciudades cristianas, se apoderaron de los emblemas del trabajo y de la libertad; y al ver a una esclava con esa vesti-

menta, con esa enseña entre las filas católicas, hubo cierta desconfianza, no por la libertad misma, que es base subjetiva de nuestra moral, que es un dogma de nuestra fe; no: sino porque, al ver a aquella esclava vestida con unos ropajes que no la pertenecían, podía temerse el engaño, la hipocresía; podía temerse que los pueblos creyesen verdadera libertad lo que era la tiranía ataviada con ropaje que no la correspondía y que había usurpado. Pero no por nuestro esfuerzo, sino por el esfuerzo mismo de nuestros adversarios, ellos han rasgado esas vestiduras, apareciendo, como ahora en Francia, sólo la sierva, sólo la esclava, y demostrando al mundo que aun aquella libertad que nosotros no queremos aceptar y que consiste en la igualdad del bien y del mal, que reparte en dos campos el palenque entre los individuos que combaten en nombre de las afirmaciones cristianas, y los que lo hacen en nombre de la duda y de la negación revolucionaria, ésa también era mentira. Ellos nos lo han demostrado desde las alturas del Poder, probándonos que, en nombre de la libertad de cultos, persiguen el culto cristiano; en nombre

de la libertad de asociación, persiguen a las Asociaciones cristianas; y en nombre de la libertad de enseñanza, atentan contra la enseñanza cristiana.

La mentira se ha mentido a sí misma y se ha mostrado a la multitud en todos los pueblos, y singularmente en los catalanes, con sus colores, con su fisonomía natural; y ahora ya nadie puede engañarse, porque a nadie es lícito creer, en la hora presente, que en el liberalismo está la libertad, no; en el liberalismo está la tiranía, la hipocresía; nosotros hemos rescatado esa libertad, nos hemos levantado y somos los que hemos de dar el grito enfrente de los tiranos. Cuando óigase gritar en las calles ¡viva la libertad!, decid: ese es nuestro lema que nuestros adversarios nos habían quitado y que hemos rescatado *(Aplausos)*.

. . . .

Contradicciones de la libertad liberal

Nosotros, amantes de la libertad, amantes entusiastas de las libertades regionales, venimos

hoy, en nombre de la gran unidad de la fe católica, a protestar contra uno de los más terribles atentados que se hayan podido fraguar contra la libertad común, contra la libertad religiosa, contra toda libertad corporativa. Increíble parece, señores, si no estuviéramos en una época de decadencia mental, a pesar de tantos alardes de progreso, que está más en los labios que en el corazón y en la mente, y que continuamente lo tienen en las palabras y tan poco en las obras *(Aplausos)*; increíble, increíble parece que un partido que se llama liberal, que gentes que se llaman de continuo liberales y que invocan de continuo la libertad, como la hoja de parra que cubre todas sus impurezas *(Bien, aplausos)*; que esos mismos que la invocan, fragüen contra la libertad un proyecto tan inicuo, tan tiránico como el proyecto de ley de Asociaciones *(Aplausos)*.

En nombre de la libertad de asociación, y, por lo tanto, en nombre de todos los derechos naturales del hombre y, por ende, innatos, que sin el de asociación son vanos e ilusorios, hay que protestar contra semejante proyecto. ¿Para qué nos serviría nuestro derecho a la vida,

hasta el derecho de dignidad personal y el de independencia relativa que tienen los hombres, si no existiese el derecho de asociación? ¿Y en qué se funda el derecho de asociación como uno de los derechos personales e innatos, en qué se funda sino en la condición finita de nuestra naturaleza? Somos limitados, somos finitos, y por esto necesitamos el concurso y auxilio de los demás; por esto necesitamos juntar nuestras fuerzas con las de los demás; que si los hombres se bastaran a sí mismos, la sociedad no sería más que un artículo de lujo. Como no se bastan a sí mismos, necesitan el concurso de los demás, y necesitan los demás el propio por ley de cooperación universal y propio auxilio, en virtud del cual existen todas las sociedades humanas; y el Estado, que podrá ser una de las más extensas, pero que no cambia la extensión ni la naturaleza de las cosas, el Estado no se funda tampoco en otra ley, y esta ley universal quiere hacerla manifestación o concreción suya, y olvida, señores, que tal pretensión es como si un cuerpo cualquiera de la naturaleza inorgánica se sublevase contra la ley de su condición, o como si

un astro quisiera levantarse contra la ley astronómica que le fija su órbita sideral, en la cual gira, y decir: «Esta ley debo alterarla, yo no estoy sujeto a ella; son las leyes las que están sujetas a mi albedrío *(Aplausos)*.

(Del discurso pronunciado en Barcelona, el 20 de enero de 1907, sobre el proyecto de ley de Asociaciones).

LIBREPENSAMIENTO

LIBREPENSAMIENTO

Los librepensadores

¿Qué pretenden esos insensatos que tratan de derribar las órdenes religiosas, que son la vanguardia más firme y decidida de las ideas católicas, el paladín más incansable de la Iglesia? ¿Qué quieren? ¿Adónde van? ¿Pretenden, por ventura, alguna finalidad que tenga consecuencias buenas y útiles para los fines sociales; algo, en fin, que represente una idea noble y elevada que tenga finalidad alguna y fin práctico?

Destruid la jerarquía eclesiástica; negad, si queréis, toda o parte de la Revelación; incendiad templos, quemad cruces, convertid, en fin, en escombro todas las ideas religiosas; haced que desaparezca en un instante la gigantesca empresa que la tradición y el progreso han ido formando en la labor incesante y perenne de los

siglos; formad de todo ese manantial inagotable de sentimientos un osario del mundo, donde se encuentren reunidos la intransigencia doctrinal verdadera y la fluctuante condescendencia sectaria; enterrad, en un momento, en esa sepulcral losa todas las ideas, todas las instituciones y todos los principios, y aun surgirá radiante la verdad católica, como iris de paz y de ventura, que resucite los campos formados de nuestra patria, el alma genuinamente tradicional, como manifestación esplendente de nuestra vida *(Estrepitosos aplausos interrumpen al orador por varios minutos, y, restablecido el silencio, continúa)*.

Los dioses no se van; el ateísmo no conseguirá nunca desterrar del corazón humano ese sentimiento indeleble que palpita en el fondo de su ser, pues, a una nueva concepción teísta que destruya, surgirá potente otra nueva que todo lo avasalle y que tenga firmes y perpetuos adoradores.

Para el ateísmo no hay templos en los que rindan su inteligencia y voluntad los hombres ante esas manifestaciones que van dirigidas a

los sentimientos creyentes, ni cielo que esperar, sino que, tras las miserias de la vida, no se vislumbrará en lo futuro más que un ateísmo inconsciente, una negación anacrónica, sin un más allá que nos abra sus brazos presentándonos a un Sér omnipotente y justiciero que premie las acciones buenas, castigue el vicio y dé cumplidas pruebas de justicia.

Todo eso es para ellos una tontería; más aún, es un ridículo, una cosa que el hombre no puede comprender, una afirmación tan radical y franca para los ateos, que creen no puede ser demostrada por nadie *(Ovación)*.

Yo había de preguntar a ese ateo, que está sentado sobre los escombros de ese osario inmenso, que ha destruído, después que no tiene nada que derrumbar, ni dogales para su pensamiento: ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Quién eres? Triunfaste por completo. Todas tus aspiraciones se ven ya cumplidas; ya no tienes Dios; y bien: o eres una determinación, o una parte, o una evolución de la materia y del movimiento.

Si eres una parte de ese Sér supremo que todo

lo preside, eres tú un Dios; y si negaste a Dios, ¿cómo quieres convertirte en un sér infinito, siendo así que lo infinito no lo admites, antes bien, con todas las fuerzas lo rechazas?

Yo afirmo lo que tú niegas; mis sentimientos y mis ideas no son tus ideas ni mis sentimientos; mi conciencia no es la tuya, ni los deberes que tengo los que a ti te ligan.

¿Cómo crees formar parte de ese Sér universal, siendo así que la idea de ese Sér no te consta, según tu conciencia?

Si nadie puede negar su personalidad ni su individualidad, ¿cómo afirmar ese panteísmo y teísmo monista según el que Dios es todo y todo es Dios?

El panteísmo no puede explicar la multiplicidad de los seres, porque esto sería imposible referirlo a una causa única en que ellos mismos se crearan y desenvolvieran.

(Del discurso pronunciado en el Frontón Euskalduna y publicado en *El Correo Español* el 26 de octubre de 1903).

MARRUECOS

MARRUECOS

I

Análisis del tratado Franco-Marroquí

¿Merece el nombre de protectorado esa zona de influencia en que no tenemos soberanía ninguna ni derecho efectivo de ninguna especie? ¿Es igual al que Francia ejerce en su zona? El señor ministro de Estado, la otra tarde, contendiendo con el señor Rodés, y el señor Presidente del Consejo al discutir con el señor Maura, decían que eran idénticos nuestros derechos en la zona española, y los derechos que tiene Francia en la suya. Es más, el señor Presidente del Consejo llegó a decir, discutiendo con el señor Maura, que el jalifa era nuestro Sultán; no dijo que era el Sultán en la zona, sino el Sultán de nuestra zona, que es cosa muy diferente. Eso no es exacto. Y

basta leer el Tratado franco-marroquí, que debió haber venido al Parlamento al discutirse el Tratado de 1912, y que no se ha publicado todavía en los boletines del Ministerio de Estado, y que conocen pocos, para que se vea la inmensa, la enorme diferencia que hay entre la soberanía que ejerce Francia en su zona y el fantasma de soberanía que ejercemos nosotros en la nuestra. En este Tratado, que es de 30 de marzo de 1912, y que Francia hizo durante la negociación con nosotros, y que yo sé que al conocerlo produjo honda preocupación en los que negociaban el de 1912, comprendiendo que esto no era más que un anillo de una cadena formada por los anteriores que ellos no podían romper, aparte de lo que se refiere a la religión musulmana, y de las reformas administrativas financieras, judiciales, docentes y militares, y de la protección que se le dispensará al Sultán y a su familia, quiero señalar nada más que dos artículos (El Tratado es breve, no contiene más que ocho), leyéndoos nada más que las frases principales, para que veáis en el artículo V y en el artículo VIII el concepto que tiene Francia de la soberanía del

Sultán. Dice el artículo V: «El residente general será el único intermediario del Sultán cerca de los representantes extranjeros y en los asuntos que dichos representantes tengan con el Gobierno marroquí». Esto es la soberanía diplomática. Pero en seguida veréis cómo se despoja al Sultán de toda función legislativa en la segunda parte de este artículo que dice así: «También estará encargado de todas las cuestiones que interesen a los extranjeros en el imperio Xerifiano». Además fijaos, señores, en lo que sigue: «Tendrá el poder de aprobar y promulgar, en nombre del Gobierno francés, todos los decretos que dé el Sultán».

He tenido el gusto de leer en el boletín de la zona francesa, que por un descuido no he traído aquí, y que ha llegado hace pocos días a Madrid, el número de leyes, de decretos y de disposiciones que han dado los franceses en un año allí y que llega a cerca de mil. No se han descuidado, y naturalmente, también en nombre del Sultán, hechas por aquel alto comisario, que ejerce en su nombre toda potestad legislativa.

Dice el artículo VIII, y aquí entra la soberanía

económica más completa: «El Sultán no tendrá la facultad de contratar en lo por venir, ni directa ni indirectamente (es decir, ni por medio de un delegado, como el jalifa nuestro), empréstito público o privado de alguno, ni acordar en ninguna forma concesiones de ninguna clase sin autorización del Gobierno francés».

Para Francia, el Sultán de Marruecos es menos que un Sultán constitucional

Y como en otro artículo dice que Francia podrá establecer toda clase de organismos administrativos, económicos, docentes y judiciales y de toda suerte que considere útiles, y podrá ocupar todo el territorio cuando lo considere necesario, resulta que el Sultán de Marruecos, por el Tratado franco-marroquí de 30 de marzo, queda reducido a menos que un Sultán constitucional. Quitadle a un soberano la función diplomática, quitadle íntegra la función legislativa, quitadle entera la función económica para poder concertar tratados con otra nación, y decidme qué queda de esa

soberanía. Sin la potestad legislativa, sin la potestad diplomática, sin poder concertar ni siquiera un empréstito privado, ¿qué es ese soberano, si por añadidura tiene que permitir que, siempre que el poder extraño, que se ejerce en su nombre, quiera, pueda ocupar militarmente sus Estados? Un Sultán constitucional tendría siquiera el derecho de designar al Gabinete responsable, de nombrar libremente sus Ministros, y aun de imponerles en algunos casos condiciones; pero este Sultán no tiene ni siquiera ese derecho, porque el Gobierno, que debiera ser el responsable, es el que le designa y el que le impone todas las condiciones. Y así resulta que el Sultán francés, que no tiene potestad legislativa, ni potestad diplomática; que no puede concertar empréstitos, que no tiene función económica ni militar alguna, es, en todas las lenguas, no un soberano, sino un súbdito, y el que es soberano es quien en su nombre ejerce la función diplomática, la función legislativa, la función económica y militar, es decir, el Gobierno francés; así resulta que Francia, por medio de la hipocresía diplomática, con eso que llama protectorado, es la que en realidad

ejerce la soberanía, no siendo el Sultán más que un súbdito suyo.

Lo que es el jalifa. El Subprotectorado

Pero ¿es así nuestro jalifa? No. Nuestro jalifa es un delegado de ese Sultán. Nuestro jalifa ha sido designado en una carta muy curiosa por el Sultán, carta que tampoco se ha publicado en nuestros boletines diplomáticos; y que es muy interesante, porque en ella dice el Sultán, al designarle, que lo hace para que ejerza los asuntos (ésta es prosa del Sultán) *(Risas)* en forma que aumente con ellos nuestra soberanía (la del Sultán) y nuestra influencia en las regiones de nuestro imperio jerifiano, en el que es nuestro delegado.

¿Cuáles son nuestros derechos con relación al jalifa? Nosotros tenemos el derecho de presentar al Sultán, sometido a Francia, naturalmente, una terna de dos, y el Sultán elige uno y lo elige en forma estable, y sin nuestro consentimiento no lo puede despojar de sus funciones; y nosotros tenemos un gran derecho: el de pres-

tarle asentimiento a las funciones de este jalifa. Esto parece un gran derecho, pero, como resulta que esa asistencia está constituída por una multitud de cargas que pesan sobre nosotros, esa cooperación, esa asistencia, que según el tratado nos toca a nosotros (hasta han empleado un verbo muy curioso para expresar el pensamiento), esa función es una nueva carga que pesa sobre el presupuesto español, porque me he olvidado de decir que todo impuesto, todo producto, todo cuanto salga de la zona, tiene que gastarse en la zona y ser adscrito a ella, y los gastos militares que nosotros hagamos en ella, tienen que corresponder al presupuesto de la Península, no a lo que pudiera producir (es una fantasía), no a lo que pudiera producir algún día la zona.

Resulta, por consiguiente, que nosotros intervenimos las funciones de un delegado del Sultán; que el jalifa es delegado del Sultán para ensanchar, como dice la carta, su soberanía; pero el Sultán es un súbdito de Francia, está sometido a su potestad. Y si el jalifa es súbdito del Sultán, y el Sultán es súbdito de Francia, ¿en dónde está nuestro protectorado? Será a lo menos un sub-

protectorado, será una especie de sucursal y de dependencia francesas, pero no será un protectorado. Y no existe, además, porque una de las cosas con las cuales habían contado, seguramente con muy buen deseo y muy buena intención, los negociadores del Tratado, era con la soberanía religiosa que había de ejercer el jalifa en nuestra zona; pero no se contó con que en el cesarismo musulmán son intransferibles los derechos religiosos, porque está indentificada la soberanía religiosa con la soberanía civil y del Sultán; y por eso, como no contábamos tampoco con algunos de esos prestigiosos morabitos que se reúnen agrupando las cabilas alrededor del sepulcro de un santón y, en forma casi herética, dentro del Islam ejercen un predominio religioso que muchas veces imita el del Sultán; como nosotros no contábamos en la zona con un morabito de esa naturaleza, y como es intransferible la soberanía religiosa del Sultán, resulta lo que, ocasionando la risa y siendo más bien para ocasionar la tristeza, dijo aquí la otra tarde el señor conde de Romanones: que llegó el jalifa a Tetuán y se dirigió a todas las cabilas, y las cabilas

no se dignaron ni siquiera contestarle. ¿Por qué? porque ese jalifa, como decía muy elocuentemente el señor Maura, que se nos está marchitando en Tetuán, se nos está marchitando como un lirio arrancado de una maceta; porque ese jalifa, que los moros de la zona llaman jalifa nazareno, yo lo califiqué aquí proféticamente, al discutirse el tratado, diciendo que no era más que un ente de razón.

El fracaso del jalifa lleva aparejada la denuncia del Tratado

¿Ha fracasado el jalifa? Pues ha fracasado el Tratado; porque ¿sabéis, señores, lo que queda en pie de él, después de negarnos todos los derechos, el diplomático, el territorial y el económico? Queda el terrible, el imperioso, el durísimo de velar por la paz y mantener el orden en la zona. Pero ¿es que nosotros nos habíamos comprometido a mantener el orden en la zona exclusivamente con nuestros medios y nuestros aprestos militares? No; habíamos contado principalmente con el jalifa, que iba a ser el intermedia-

rio de que hablaba el señor Maura, por medio del cual íbamos a ejercer nuestra acción en las tribus, contando con que él iba a ser en nuestra zona una reproducción del Soberano absoluto y pontífice de su religión, es decir, del Sultán. Contábamos con que ese prestigio y autoridad religiosa, al autorizar los decretos del alto comisario, ejercería allí un poder amplísimo y pacificador; pero ha fracasado el jalifa; y ahora, ¿es que nos toca a nosotros solos, y sin tener ningún derecho, el único deber que queda como residuo de ese Tratado de 1912? Teníamos un instrumento, el jalifa; ese instrumento falta, ese instrumento se ha roto, y ahora queda sobre España el deber terrible de mantener la tranquilidad. ¿Para qué? ¿En servicio de España? ¿Para utilidad de España? ¿No somos iguales a los extranjeros para todo lo que se refiere a obras públicas? ¿No es verdad que no tenemos verdadera soberanía económica en la zona? Entonces ¿en favor de quién? En favor de todos y no sólo de los españoles. ¿Y para eso tiene que haber en el presupuesto, y sólo para los gastos militares, ciento cuatro millones de pesetas este año?

¡Ah, señores! Fijaos en que, al quebrantarse el jalifato, al desaparecer todos los derechos y no quedar más que un penosísimo deber, está muerto el Tratado de 1912, y ese Tratado muerto tiene que ser denunciado ante Francia. En este punto coincido yo, por camino diferente, con el señor Rodés, y pido que se denuncie; y está en el Tratado mismo reconocido ese derecho, en el artículo 27, cuando creemos que nos perjudica notoriamente, a denunciarlo; aunque no era necesario que lo dijese ese artículo, pues todo Tratado lleva aparejada la cláusula directa o expresa para hacerlo, pues no hay Tratado perpetuo, incondicional y que no se pueda denunciar nunca.

Esta es la consecuencia necesaria. El Tratado no sirve, es una carga, un peso para España. España puede presentarse ante Francia primero y ante Europa después con una balanza en la mano. En un platillo de la balanza puede ofrecer toda la sangre derramada, todo el heroísmo acumulado, todos los millones gastados; en el otro un platillo vacío de derechos, y donde sólo existe un triste y penoso deber; y España puede decir: En un platillo pongo la sangre de mis hijos,

el déficit de mis presupuestos; pongo el porvenir entero de mi pueblo y de mi raza; en el otro no encuentro más que un deber enojosísimo, ejercido por igual para los españoles y para los extranjeros.

Señores, yo soy de los que han combatido aquella afirmación de Costa, de que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Yo hubiera querido que el Cid hubiera salido del sepulcro, aunque es verdad que, si se encontraba solo, puede que se hubiera vuelto a él *(Risas)*; pero de lo que yo no soy partidario, ni creo que lo será nadie, es de que saquemos del sepulcro el Babieca en que cabalgaba y para que cabalgue sobre nosotros *(Risas)*.

No se nos diga: tenemos compromisos internacionales; es un pacto de honor; ¿qué dirán de nosotros las naciones extranjeras si denunciamos este Tratado? Si hemos extraviado el camino, si hemos ido por una senda que nos conducía a un pantano, ¿el honor exige que continuemos en el pantano y que sigamos avanzando hasta hundirnos? No; el honor no está en contradicción con el instinto de conservación y con el sen-

tido común, y ése exige que salgamos a la orilla a asirnos de los arbustos, que desandemos el mal camino y emprendamos una nueva vida.

Hasta aquí iba yo de acuerdo, aunque por argumentos diferentes, con el señor Rodés. Aquí me separo del señor Rodés.

¿Es que yo pido que abandonemos la zona de Marruecos, que regrese todo el Ejército a la Península y que ante el mundo internacional declaremos, no ya nuestra impotencia material, sino más aún, nuestra impotencia intelectual al mantener o al romper semejantes compromisos? No; yo quiero que el Ejército regrese en parte y se reconcentre en lo demás, esperando la hora de una decisión que no habíamos de tomar nosotros solos.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el 28 de mayo de 1914).

II

Los dos Gibraltares. — El testamento de Isabel la Católica.

El testamento de la gran Reina bien puede considerarse como la voz de la raza, formulada en el momento más alto de la Historia de España, porque la grandeza posterior no fué más que un desarrollo de aquella grandeza.

En ese testamento parece que se condensan los sentimientos y las aspiraciones de España, el más ardiente fervor religioso, una idea de justicia que no ha brillado con más pureza jamás en el mundo; el deber de la autoridad con los súbditos, llevado por la caridad hasta una conmovedora ternura; los grandes ideales de la Patria, afirmados con tanta entereza como previsión profética.

Nada se olvida allí; hasta lo que llamamos ahora consumos y subsistencias merecen una atención extremada a la Reina moribunda, que

quiere que la moral más estricta impida que se menoscabe en lo más mínimo el sustento de sus súbditos con impuestos que puedan ser gravosos. Y el recuerdo amoroso de los indios, y el encargo de que sean amparados y tratados con dulzura, que llevó a un político americano que visitaba nuestros archivos, a besar, llorando, el testamento de la gran Reina.

Ella fué la que daba su hijo a Portugal para preparar la Federación sin la violencia, y la que, con franciscanos y dominicos, protegió de tal manera a Colón, que bien puede decirse que comparte con él la gloria del descubrimiento. Así lo reconoce el glorioso almirante, cuando, en la cristiana y hermosa carta dirigida a la Reina, le dice, refiriéndose a los políticos a quienes comunicó su proyecto: «Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa la negaron burlando... en sólo Vuestra Alteza quedó la fe y la constancia».

Y ella ofreció sus joyas, que no fué necesario aceptar, porque adelantó lo necesario para el viaje el contador aragonés Santángel, como si representase con D. Fernando los otros reinos, para

que la obra resultase gloria común de todos.

La que atendía a la federación interior de los pueblos peninsulares y daba impulso y velaba por la conquista y civilización de América, no podía olvidar el Estrecho de Gibraltar, clave de nuestra política internacional, fundamento geográfico de nuestra influencia en Africa, que desarrollaron Cisneros y Carlos V.

Con aquella clarividencia prodigiosa que admiraba en una brillante página un aragonés como Costa, y que casi supera al elogio de Clemencín, Isabel la Católica se fija especialmente en el Estrecho; y cuando iba a abandonar la España que tanto amó, no quiere dejarla sin que sus palabras, como un mandato que expresa y refrenda el de la Geografía y el de la Historia, se graben en el alma y estén presentes siempre en la memoria de los verdaderos españoles, diciéndoles: «No olvidéis nunca a Gibraltar».

Hoy que se quiere levantar otro Gibraltar frente a nuestras costas, conviene reproducir esta parte del testamento de Isabel la Católica, que es el testamento de la antigua España.

Dice así:

«Iten, por quanto el dicho Rey Don Enrique mi hermano a causa de las dichas sus necesidades hvbo fecho merced a Don Enrique de Guzmán, Duque de Medina Sidonia, defunto, de la cibdad de Gibraltar, con su fortaleza, e vasallos, e jurisdición, e tierra, e terminos, e rrentas, e cechos, e derechos, e con todo lo otro que le pertenece; e Nos veyendo el mucho daño, e de tormento que de la dicha merced redundaba a la Corona, e Patrimonio Real de los dichos mis Reynos, e que la dicha merced non hubo lugar, ni se pudo facer de derecho, por ser como es la dicha cibdad, de la dicha Corona Real, e uno de los títulos de los Reyes destos mis Reynos, hvbimos revocado la dicha merced, e tornado, e restituido e reincorporado la dicha cibdad Gibraltar con su fortaleza...; por ende mando a la dicha Princesa mi Hija, e al dicho Príncipe su marido, e a los Reyes que después della sucederán en estos mis Reynos, que siempre tengan en la Corona e Patrimonio Real dellos a la dicha cibdad de Gilbraltar, con todo lo que le pertenece, e non la den, ni ajenen, ni consientan dar, ni enajenar, ni cosa alguna della.»

La Corona significaba entonces el Estado; y la gran Reina, sintiéndose testamentaria de España, manda a sus hijos y a todos los que le sucedan en el Trono, que jamás salga de la soberanía del Poder público la plaza de Gibraltar y sus jurisdicciones, ni consientan en darla ni enajenarla.

Inglaterra, como se sabe, en una guerra de

sucesión al trono de España, que aun decadente tenía bastante importancia para que fuese guerra europea, vulneró el testamento de Isabel la Católica y la integridad del territorio español; y para sostener el mandato de la Reina, que era el mandato de España, se sostuvieron varias guerras contra la Gran Bretaña, y se celebraron pactos de familia, enderezados contra ella.

Circunstancias adversas y torpezas diplomáticas impidieron recobrar la plaza.

Y lo peor no fué esto, sino que una política internacional insensata consintió que no se fortificasen nuestras costas, y que perdiésemos nuestra influencia legítima y necesaria en el Estrecho.

Hoy Gibraltar quedaría reducido a una factoría inglesa sin gran importancia, aunque no fortificásemos a Sierra Carbonera ni a Sierra Arca, a Punta Carnero y los Adalides. Bastaba que en el punto más corto del Estrecho, en Tarifa y Punta Ciris, emplazásemos baterías modernas e hiciésemos en un punto próximo, y que parece dispuesto para el objeto, una base de submarinos, para que, militarmente, el Peñón de Gibraltar quedase inutilizado y la puerta y la llave del Mediterráneo

volviese a nuestras manos, no para interrumpir el comercio de nadie, sino para defendernos en caso necesario, y pesar, con lo que llamó Donoso Cortés nuestra omnipotencia geográfica, en la política internacional de los demás pueblos.

Ahora trata de levantarse otro Gibraltar más temible en la costa africana: Tánger.

Una vez ocupado por una nación rival y que quiere dominar en el Estrecho, fácil será extenderse hacia Ceuta, dilatarse por la parte mediterránea, y, cuando lo considere conveniente, llegar, con la artillería moderna, a bombardear nuestra propia costa.

El Estrecho es el foso que defiende la entrada de nuestra fortaleza.

Quien domine la muralla africana, dominará la española, que, además, otra nación se encarga de que quede indefensa.

El mandato de la gran Reina, cuando no existían los medios de combate actuales para conservar siempre a Gibraltar defendiendo el Estrecho, ¡cómo se formularía hoy ante una amenaza que lo enajenaría para siempre de España!

El campo de Tánger es base de operaciones

y abastecimientos de las jarcas enemigas; y, cerrada la áspera zona española por el Norte y por el Sur, quedaría prisionera, y, con la costa meridional de España indefensa y la Norte marroquí fortificada contra nosotros, España seguiría la suerte de su zona, y quedaría también prisionera.

Triste, muy triste es ver cómo los Estados que, gracias a un río de subsistencias y de minerales españoles, ganaron la guerra, nos den como recompensa la muerte de nuestra independencia.

Pero todavía es más triste ver a los que, con noble patriotismo — somos nosotros los primeros en conocerlo, — tienen que ir a implorar la misericordia de los que, no se sabe por qué, se han llamado representantes de la civilización y de la justicia.

Por eso creemos que en estos momentos críticos se debe recordar el testamento de Isabel la Católica, que, por una coincidencia providencial, fué fechado en Medina del Campo el día 12 de octubre de 1504, como si también en eso quisiera profetizar la Fiesta de la Raza.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español,* el 18 de octubre de 1919).

III

RESUMEN DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. — HABLEMOS PRECISO Y CLARO.

Por el Tratado franco-marroquí, el Sultán queda sometido incondicionalmente a Francia, por estos aspectos:

En lo militar, en lo diplomático, en lo económico y en todo lo jurídico, porque no puede legislar ni hacer nada sin el previo refrendo del alto comisario francés. Resultado: el Sultán es un empleado de Francia, cautivo en su protectorado.

¿Cuáles son nuestros derechos en la zona española?

Gracias al prodigioso Tratado del Sr. García Prieto, tenemos todas las obligaciones militares para defender la zona y garantizar el orden a todos los europeos; pero no tenemos ningún derecho en que no seamos iguales a las demás potencias signatarias del Acta de Algeciras.

Para hacer un camino vecinal, o un tranvía, es preciso sacarle a subasta, y se lo llevará el mejor postor, español o extranjero.

¿Y nuestro jalifa? Es elegido en terna, como los canónigos, y, o no es nada, o es un apéndice del Sultán francés; y con éste no podemos tratar directamente, más que por medio de su gran protector. Pero pagamos al jalifa, por dos conceptos diferentes, diez millones de pesetas.

Nadie tiene los derechos históricos y geográficos que España en Marruecos.

Su costa Norte es nuestra frontera natural. Quien la domine, nos domina. Ya Cánovas decía que esa verdad era lección de la antigua Roma. Y también nos la explicó durante siglos la invasión musulmana, y la recordó, para que no la olvidásemos, el testamento de la gran Isabel; pero esa lección no ha podido penetrar en los partidos liberales.

Por el Tratado franco-inglés, Inglaterra y Francia nos prohiben fortificar la costa Norte de Marruecos y aun parte de la atlántica, hasta la desembocadura del Sebú. Nos toleran en la zona más áspera e indómita, pero nos quitan la mu-

ralla que debía defender el foso de nuestro alcázar.

En el Tratado del 12 se aceptó condición tan oprobiosa.

Durante la guerra europea, España tuvo el tiempo y las manos libres para obrar en Marruecos, con la atracción o con la fuerza, sobre las cabilas rifeñas. Contaba para ello con dos cosas: con un ejército valeroso y entusiasta y con la presión que políticos medianamente hábiles hubieran logrado ejercer sobre los beligerantes.

España podía haber arrancado concesiones que hoy serían un hecho inexpugnable.

Sin disparar un tiro, con poner una aduana firme en la frontera pirenaica impidiendo la salida de las subsistencias y cerrando la exportación de la pirita de cobre y del hierro a Inglaterra, sin invocar más derecho que el de mantener la neutralidad sin contrabando, y de respetar el bloqueo de todos y no el de uno solo, los que la humillaron y la humillan se hubieran humillado ante ella, si no querían bajar la cabeza ante la espada de sus contrarios.

¿Qué hicieron nuestros políticos? Tolerar y

organizar el contrabando, dar a nuestros enemigos el arma que teníamos contra sus ambiciones.

¿Cuál ha sido el resultado? Una muestra de gratitud que se resume en una aspiración concreta: «Ocupar a Tánger, es decir, levantar en la costa marroquí otro Gibraltar».

Teníamos, geográfica e históricamente, en el Estrecho la puerta del Mediterráneo. Nos han arrancado la llave, y ahora derriban la puerta. En vez de las columnas de Hércules, soporte del escudo español, habrá dos centinelas, uno inglés y otro francés, a la entrada de nuestra casa. Es decir, que seremos prisioneros, y la independencia nacional será arrestada. Con Tánger, Gibraltar francés, en una costa donde no podemos levantar un reducto, y con la zona francesa como una prolongación de Argelia hasta el Atlántico, ¿cuál sería nuestra situación? Poco importa que generales, oficiales y soldados prodigasen inteligencia y heroísmo, ni que cayesen en sus manos el Raisuni y todos los jefes de harcas y cabilas rebeldes, o que después de caer vencidos se abrazasen sinceramente a nuestra bandera; todos ellos, rifeños y españoles, quedarían prisioneros.

Las luchas de unos con otros serían semejantes a las de los reclusos en una cárcel. Podrían destrozarse y hasta emplear como arma las esposas y los grilletes, pero dentro de unos muros custodiados por los enemigos convertidos en carceleros.

Sin el granero y las minas de España, la guerra europea hubiera terminado de otra manera. Los que nos deben esa victoria, que no esperaban, y que «ganaron las subsistencias», nos han pedido después dinero, y como interés moral y material nos dicen ahora: «¡Gracias por todo! Pero dejadnos a Marruecos y la llave y la entrada libre en vuestra casa».

Tánger es más importante para España que Fiume para Italia. Si un ministro italiano hubiese dicho de la ciudad adriática lo que un presidente del Consejo español ha manifestado a un periodista francés de la ciudad mediterránea no estaría una hora en el Gobierno.

Y si el pueblo permitía que continuase en el Poder, esperando la rectificación; al conocerla en una nota oficiosa llena de cortesía y de zozobras, donde no se desautoriza al periodista, sino

que se confirman sus palabras al venir a decir en sustancia que no eran para publicadas, la indignación estallaría sin conceder nueva tregua.

Y esas palabras reservadas flotan ahora juntamente con las de Bourgeois, pronunciadas sin reserva, sobre esas tierras rifeñas, empapadas en sangre española, y donde hemos gastado 2,400 millones de pesetas.

Y los que han afirmado su derecho con oro y sangre, y han prodigado a los enemigos créditos y favores, van a oficiar de postulantes implorando la misericordia de los que no quieren oir la voz de la justicia.

(Artículo publicado en *El Pensamiento Español,* el 10 de octubre de 1919).

MÁRTIRES

MARTIRES

El general «No importa»

Es la perseverancia la virtud del héroe, y la resignación en el infortunio la del mártir.

Constancia en el combate para no rendirse, y sublime paciencia en la desgracia para no ir por el camino de la desesperación a la locura o a la vileza, son grandezas del alma que brotan del sacrificio, fuente inexhausta de las bellezas morales. Y el sacrificio supone el imperio de la voluntad sobre las solicitaciones de la concupiscencia y la idea luminosa del deber sojuzgando al entendimiento, y las dos cosas juntas una energía irresistible que hace de la vida un dilema entre el honor o la muerte.

La Iglesia con la Cruz, y la Monarquía con la Corona, grabaron en el alma de España ese altivo concepto de la vida a que sirvió de firme apoyo la fortaleza nativa de la raza.

Por eso lo que en la historia de las otras naciones es hermosa excepción, es el rasgo común de la nuestra, que no tiene más que dos páginas: Heroísmo y martirio.

Ni la victoria colma nuestros anhelos, ni la desgracia rinde con la postración del desastre nuestras fuerzas. Hay una *vis* curativa en el organismo nacional que le hace salir ileso de los brazos mismos de la muerte. La fe, que por la creencia misma es la base de los caracteres varoniles, infundió en las generaciones creyentes este soplo inmortal que aún se descubre en las decrépitas, cuando la fiebre revolucionaria pasa y las falsas opiniones superpuestas artificialmente dejan, en los momentos de crisis, el carácter español con sus rasgos indelebles y castizos. En medio de la opulenta riqueza de variedades nacionales, el carácter común, sello persistente, formado en lucha secular con la Historia, brilla como la interna lazada espiritual que mantiene la solidaridad de los miembros de la Patria y de aquella soberana unidad que se manifiesta en los actos solemnes de su vida.

Guadaletes y Covadongas, Alarcos y las Na-

vas, Lepantos y Trafalgares, resplandores del Tabor y tinieblas del Calvario, heroísmos sin término y martirios sin medida, constituyen la trama de una historia que parece guirnalda maravillosa, formada por el tiempo para ornar las sienes de esta matrona augusta que se llama España, y que, aun postrada en míseras pajas, puede mostrar a los pueblos engreídos que un día fueron feudo suyo, en las cicatrices de su rostro, las señales que conserva de la cimitarra de los bárbaros y del sable de los pretorianos, pero no la marca afrentosa de los esclavos; que, paladín armado del derecho, ha salvado en una Cruzada, siete veces secular, la civilización universal del simoun de los desiertos africanos; y en las contiendas de este siglo, luchando cuerpo a cuerpo con la revolución, ha demostrado que será, en la nueva edad que ya comienza, la Covadonga de Europa.

Las naciones que marchan con rapidez por el plano inclinado de la desventura para dar en la catástrofe, restauran sus fuerzas lentamente, y sólo después de larga convalecencia y continuada quietud recobran la salud perdida. España, con sus inquebrantables energías, parece eximirse de

esa ley que pesa sobre los destinos de los demás pueblos. Del abismo de la desgracia se alza súbitamente hasta alcanzar las cumbres del más excelso poderío.

La misma generación mísera y abatida en Enrique IV, triunfa y resplandece como el primer pueblo de la tierra con Isabel la Católica; Carlos II y Valenzuela son el prólogo de Felipe V y Alberoni; Carlos IV y Godoy preceden a la guerra de la Independencia; los pronunciamientos pretorianos que precipitan la pérdida de América, a las guerras heroicas, en que la antigua España azota el rostro de la revolución con las mismas cadenas que había puesto a traición en sus brazos vigorosos. Diríase que nuestro pueblo hace de la desgracia el escabel de la fortuna, y de la derrota el pedestal de la victoria.

Por eso, al conmemorar a nuestros mártires y a nuestros héroes, sería la mayor de las injusticias no celebrar la memoria del más grande de los héroes y los mártires, del que resume y condensa así toda nuestra historia y compendia en su nombre, que significa la firmeza del triunfo y el desprecio de la muerte, todos los rasgos de nues-

tro carácter, el sublime general NO IMPORTA, emblema de nuestra raza.

El joven Príncipe que después se llamó Carlos V, oponiendo a Napoleón, en el castillo de Marrac, el *non possumus* del honor en medio de la debilidad y vileza de Carlos IV y Fernando VII, se yergue, al lado de los que cayeron en el Parque y entre los escombros de Zaragoza, como una de las figuras más hermosas, que el odio político ha tratado de cubrir con el velo del silencio, en ese cuadro portentoso que iluminan las descargas del 2 de mayo, las bombas de Gerona y las estrellas arrancadas al cielo de la victoria en Arapiles y Bailén.

Este noble caudillo, Godofredo de la moderna Cruzada dirigida por los nietos de San Luis contra los nuevos musulmanes, y sus sucesores el Conde de Montemolín y Carlos VII, forman, en este siglo de caracteres rebajados y voluntades enfermas, la escolta de honor del general NO IMPORTA.

Desde el héroe de Arquijas hasta los mártires de Abanto, en las ondas de ese río de sangre generosa que socava los muros del agrietado alcá-

zar revolucionario, se oye, como un murmullo solemne que parece la voz de la Patria, el perpetuo NO IMPORTA español que nos recuerda el deber de no rendirnos nunca al infortunio y alzar altivos la frente en las horas de las grandes tristezas nacionales, recordando las magnificencias del pasado, para salir de las desgracias del presente, fijos siempre los ojos en aquella Bandera que ondeara con su lema glorioso, cifra de nuestros amores y nuestras esperanzas, sobre los trofeos de la victoria el día en que, aplacada la justicia de Dios con la penitencia, podamos recoger el galardón de tantos sacrificios como aun en este siglo ha ofrecido el gran héroe y el gran mártir, el general NO IMPORTA, oponiendo su pecho a la metralla para que no llegara hasta el altar.

(Artículo publicado en *El Correo Español*, el 10 de marzo de 1905).

MODAS SOCIALES

MODAS SOCIALES

I

La moda externa. — El carnaval de los siglos. — Los límites de la moda.

¿Qué cosa puede haber, al parecer, que interese más a la mujer, y que nos interese, por lo tanto, a los hombres que la moda?

¡La moda! A primera vista me pareció un asunto frívolo, baladí; pero, cuando empecé a pensar en la moda, y me encontré con que, evocando cuadros, estatuas, libros y museos, aparecía ante mi espíritu toda la historia de la indumentaria, y recordaba desde el tocado egipcio, la túnica griega y romana, hasta las amplias vestiduras de la Edad Media, y las multicolores del Renacimiento, y llegaba a la Revolución, al Directorio, al Imperio y la Restauración franceses, y recordaba aquellas modas que llegaron hasta

los trajes de gasa llamados cristianos, y después recordaba el lujo extraño del período romántico, en nuestros abuelos, y el de la generación pasada y la actual, puedo deciros que me sonreía pensando en el miriñaque, en la larga cola, en el polisón y en las faldas abiertas, y en las cortas, y en las cortísimas *(Risas y aplausos)*. Supongo que ese aplauso será a las faldas, y no a lo que digo, porque no había concretado aún mi pensamiento *(Risas y aplausos)*.

Deducía yo de todo este desfile de indumentarias de distintas épocas y períodos tan diferentes, que un hecho universal como la moda no se podría explicar por una causa particular ni por un estado patológico, y que debía tener alguna causa universal; y entonces empecé a investigar la psicología de la moda, y ya en la vanidad, en la movilidad y en el deseo de novedades que produce, en el afán de agradar, la aspiración al buen tono y el miedo al ridículo, y en aquellas leyes de la imitación, que Tarde ha estudiado tan diligentemente como hecho general, aunque prescindiendo de su origen primero y del de la invención que le hubiera llevado a una filosofía que es

la refutación de la suya, encontré la raíz de este hecho universal. Cuando quise evocar a un tiempo todo lo que mi memoria recordaba de los libros de historia y de bellas artes que había leído, me parecía el mundo un gran carnaval, porque, si se pudieran encontrar reunidos y vestidos todos los trajes, todas las indumentarias de los siglos, no habría, indudablemente, carnaval comparable al del linaje humano. Y cuando después suponía que se barajaban y alteraban las épocas, haciendo penetrar en unas las indumentarias de las otras, observaba que unos siglos se reían de otros siglos, unas épocas de otras épocas, y que, por ejemplo, si con una falda de las actuales, de esas que hace un instante os inspiraban las risas, apareciese una de nuestras jóvenes ante nuestras graves abuelas, el diálogo sería mucho más vivo que el de cierta dolora campoamoriana; y si un hombre apareciese ahora en la calle con una casaca de tiempos de Carlos IV, indudablemente parecería un fugitivo de alguna ópera; y así la burla y la risa de un siglo con relación a otro sería grande; no lo seríamos menos si pusiésemos frente a frente las generaciones y los tiempos

no por centurias ni por decenios o quinquenios, sino por trimestres.

Eso ¿qué significaría? Si quisiéramos resumir la consecuencia, habría que apelar a aquellos dos axiomas, uno contradictorio de todos los libros de estética que se han publicado, y el otro más exacto, según los cuales, «sobre gustos no hay nada escrito», y también «hay gustos que merecen palos». *(Aplausos)*.

Pero, recordando yo que Tarde decía que la moda empezaba por dentro, y no por fuera, advertí que no sólo se viste el cuerpo, sino también el entendimiento y la voluntad, y que había figurines intelectuales y había inteligencias que mudaban de ideas y sistemas con mayor facilidad que mudáis vosotras de sombreros. Y entonces dije: hay también una moda interna que debe tener la misma raíz que la externa, y deben entrar la vanidad, el afán de novedades y la imitación como causas de ellas, y que deben tener limitaciones análogas a las que descubría en la externa. ¿Y cuáles eran esas limitaciones? Una era la frontera del pudor, porque el pudor y el honor son dos flores gemelas, que, cuando se marchi-

tan, indican que no corre la savia por el tronco social, y que éste queda seco y puede ser pasto de las llamas; otra, la originalidad nacional, regional y personal, que no debe ser extinguida por la uniformidad monótona decretada por un modisto contra las costumbres de la raza; la económica, para que la variedad constante, y la imposibilidad, bien calculada por los tiranos que la imponen, de que los modelos no puedan ser arreglados y reproducidos y produzcan enormes gastos en las clases altas y en las inferiores que las copian; y, por último, la verdadera elegancia, basada en la distinción, que no se posee sin distinguirse y diferenciarse de cierta clase que quiere acercarse a vosotras, aunque no sea más que en lo exterior, para ir formando ante las que los observan las diferencias que el pudor señala entre las que le han perdido y las que todavía le conservan. *(Muy bien)*.

II

LA MODA INTERNA. — INDUMENTARIA INTELECTUAL. — FIGURINES FILOSÓFICOS.

Al estudiar la moda interna, comprendí que era verdad la sentencia de Tarde, y que, antes de llegar a lo exterior, la moda había empezado por lo interior, porque también se visten las almas. Y entonces recordaba en la generación anterior, no tomándolo de más lejos, cómo aquí hubo entendimientos que eran un día kantianos, y otro positivistas, y que más tarde iban a recorrer todas las etapas de un fenomenismo vacuo y etéreo, y que yo mismo había conocido hombres que, como Kant, dividían la realidad en tres mundos: el de las cosas en sí, el de los fenómenos y el de las categorías, y que, después de haber pasado por ese período, aceptaban otra trilogía ontológica opuesta, la de los tres infinitos del krausismo; y, cuando creían que había pasado la moda de lo que consideraron última forma científica, aunque apenas se usase más que aquí y en Bélgica, acep-

taban un positivismo estático que no era más que una absurda mutilación del método, pues no admitían más que una parte suya, la experimental, y aun negando la principal y sin la cual la otra no existe, la interna, como en Comte; y después aceptaban otra moda, la de un positivismo dinámico que no podía observar los orígenes de su propia ley fundamental, la de la evolución, enroscada a la ciencia como la serpiente paradisíaca al árbol de la vida, y que consideraban como un río sin fuente ni desagüe, y en sus ondas se lanzaban. Y cuando parecía que ya descendía el nivel intelectual de aquella moda científica que había cautivado su espíritu, se arrojaban en la serie fenomenista, negando el propio yo o admitiendo aquellos dos, artificial, externo, verbal el uno, y el otro profundo del bergsonismo, aunque ninguno de los dos tuviese substancialidad alguna y no fuesen más que soluciones fenoménicas, sin enlace, que dispersaban toda la realidad, la del sujeto y la del objeto. Y yo pensaba: si hubiera Kant publicado en Valdepeñas o Guadalajara la «Crítica de la razón pura» o hubiesen visto la luz aquí los «Primeros principios» (de Spen-

cer) o la «Evolución creatriz» (de Bergson), ¿estos españoles tan cautivados por las categorías y los fenómenos o las series de los fenómenos hubieran pensado así? No; probablemente Kant y los maestros positivistas y agnósticos hubieran muerto ignorados. Pero cuando en otro pueblo, que se reconoce superior, se publica un libro, se formula una teoría o un sistema, aquellos entendimientos que son copias y que viven de no inventar, son enemigos de la originalidad propia porque no la tienen, y son serviles como lo que toman como moda científica, aunque sea a veces muy atrasada; pues les sucede con las modas internas lo que con la externa del vestido, que, cuando llega a los últimos pueblos, se reciben con mucho retraso y ya no se usan en los centros urbanos.

III

LAS MODAS SOCIALES. — ESTÍMULOS PARA TRATAR COMO ASUNTO PREFERENTE DE LA CUESTIÓN SOCIAL.

Pues bien; esas modas no son sólo filosóficas, sino también sociales; y yo veía que las modas sociales eran todavía más perturbadoras que las filosóficas, porque están comprendidas en ellas y de ellas salen, abandonando la región abstracta, como el rayo la nube, para producir después, por una serie de consecuencias prácticas, los trastornos y las revoluciones de que estaba llena la teoría.

Pero estas revoluciones sociales, enlazadas con principios filosóficos, suelen correr por el mundo con caracteres sangrientos, ya que no son meras especulaciones, pues se convierten en hechos, y a veces la moda es el hecho mismo, el que circula y produce el contagio de la imitación. Y cuando yo miraba a la sociedad que nos rodea y veía cómo la cuestión social, cada vez más pa-

vorosa, estalla en todas partes, decía: Esta sí que es una moda terrible y siniestra. Las teorías para explicar sus causas, las teorías para formular sus remedios, los sistemas que se difunden por el mundo, son también copias que sacan las almas de originales que están en el extranjero. Esas ideas han tomado carne en la realidad, se han convertido en la propaganda por el hecho, que se difunde de tal manera, que hoy todos los pueblos cultos se pueden dividir en ciertas categorías y en ciertas escuelas cuando el dominio de la confusión no se ha establecido entre ellas, sembrando en las cabezas la anarquía, lo que sucede con tanta frecuencia.

Oía yo entonces las conferencias sociales que aquí pronunciaban oradores tan elocuentes como los señores Ossorio y Goicoechea, y después me bastaba leer el periódico de la noche o de la mañana para saber qué nuevos cataclismos habían estallado en España o en otras partes, y todo me obligaba a preguntarme: ¿No sería una irreverencia tratar otros temas que no se refieran a la cuestión social? Esa es la moda siniestra y terrible que se impone en estos momentos. Y si aun

tuviese yo indecisión para tratar el tema, me bastaba recordar, o más bien observar, porque era un hecho presente, lo que pasa por cierto Congreso de radicalismos que se está celebrando en estos días *(Risas)*. El hecho se impone, la situación lo demanda en lo presente, y obliga a tratar de la cuestión social. Yo la traté, aunque indirectamente, pero abarcando en una síntesis los grandes principios en un discurso pronunciado en el Teatro del Centro el año pasado; allí sembré algunas ideas y bosquejé un sistema. Ese sistema bosquejado en aquel discurso llegó a América, a esa América tan amante de España, donde se prolonga nuestra raza que revive manteniendo el espíritu de los gloriosos aventureros y descubridores, la que encierra nuestro porvenir, la que cantaba con frases tan sentidas y elocuentes, la otra tarde, el señor Francos Rodríguez; y un grupo de universitarios de Chile, queriendo formar un Centro de estudios, me hizo el altísimo honor de tomar como una norma de estos estudios el bosquejo de sistema que yo traté de formular en el discurso del Centro. Ellos me requieren también a que de nuevo insista sobre ese

tema y sobre esos puntos; y yo lo hubiera hecho esta noche por completo, en vez de hacerlo abarcando algún punto, si no fuese porque creo que no es posible en el marco estrecho de una sola conferencia encerrar todo el caudal de demostraciones por muy correcta y muy concisamente que se expongan, porque abarca esta cuestión todos los vínculos sociales, y no se refiere sólo al económico. El solo intento de exponerla y resolverla en una sola conferencia parecería locura si se descendiera a todos los pormenores y a todas las consecuencias, o siquiera a las principales; pero sí se pueden formular las líneas generales del conjunto, hacer la crítica del sistema contrario, desentrañando sus orígenes, y diseñar el opuesto, aquel en que se cree que puede estar el remedio, teniendo en cuenta que no se destruye bien más que lo que se substituye, y no basta la mera crítica negativa, sino que es necesario oponer doctrina a doctrina, sistemas a sistemas.

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Princesa, el 14 de abril de 1921).

MONARQUÍA

MONARQUÍA

I

La monarquía tradicional

Uno de los axiomas de la escuela liberal constantemente repetido por los escritores que le rinden homenaje, es el desprecio a la tradición, a la cual consideran opuesta al progreso; siendo estos dos términos una antítesis permanente que ellos tratan de evitar concertándolos y combinándolos con amalgamas y mixtificaciones eclécticas.

Desde luego se advierte que tal supuesto se funda en una falsa idea del progreso y de la tradición; pues, bien entendidos los términos, lejos de haber entre ellos lucha y oposición, existe la más perfecta armonía, como quiera que no son conceptos antagónicos, sino más bien factores y elementos de una misma cosa, pues la tradición,

que representa el caudal que nos legaron los siglos, supone el progreso, que es, con relación a esa riqueza secular, lo que el trabajo respecto al producto.

Pero la tradición, como caudal de ideas, sentimientos e instituciones que unas generaciones reciben de las anteriores, y a su vez transmiten a las siguientes, supone, como toda obra, la unidad del intento y del plan, y el vigor y la energía suficientes en la voluntad para producirla y conservarla. Y por eso, si las tradiciones reducen a la unidad superior la variedad de las generaciones, ligándolas con vínculos comunes y haciéndolas en cierto modo solidarias por reflejar en ellas unas mismas ideas y encender unos mismos amores, y juntarlas en un abrazo fraternal alrededor de unas mismas instituciones consagradas por la mano de los siglos, es porque todas esas unidades descansan sobre otra superior, la unidad de las creencias, que, por dar un objetivo permanente al entendimiento y a la voluntad, produce la unión moral de las almas, que es el pedestal sobre el cual se levantan toda serie de comunidades sociales que tengan consistencia y

duración, y no sean meros agregados causados y mantenidos por la fuerza.

De aquí que sea la Iglesia la gran maestra de la tradición social, porque con su autoridad infalible mantiene la unidad de doctrina y de costumbres en los pueblos, y desde la familia a la nación todos los organismos reciben de ella su savia y se alimentan de su espíritu, y en el fondo de toda la variedad social siempre se encuentran unos mismos principios sirviendo de cimiento a todas las perfecciones y engrandecimientos de la comunidad cristiana.

Despójese a las naciones de ese elemento esencial, que es lo que constituye principalmente el espíritu que les da ser de tales, y se verá que quedan reducidas a cadáveres que sólo ofrecen elementos inorgánicos en descomposición, porque con la unidad de creencias y de autoridad habrían perdido el alma que les informaba.

Y esto es precisamente lo que está sucediendo en los pueblos modernos desde la protesta luterana y desde su efecto social, la revolución francesa.

Por eso se van descomponiendo en sectas,

escuelas y partidos, que, en su incesante lucha y oleaje, hacen naufragar toda la unidad y concordia.

Las tradiciones nacionales y las instituciones que las representan, faltas de base, se derrumban a los golpes de la piqueta revolucionaria. Pero entre los escombros y ruinas del antiguo edificio quedan en pie estas dos afirmaciones victoriosas: sin tradición no hay progreso, y sin la Iglesia no hay verdadera unidad, ni tradición social, ni por lo tanto naciones.

La antigüedad no conoció más que una nación: el pueblo hebreo. Todas las naciones modernas nacieron a la sombra de la Cruz.

Y no podía ser de otra manera, porque el espíritu nacional es el que constituye y diferencia las naciones; y sin unidad de creencias no hay espíritu nacional, y sin Iglesia no hay unidad de creencia.

El principio de la independencia racionalista que sirve de fundamento a todo liberalismo es el que lucha contra la unidad de creencia, y, por por lo tanto, contra las tradiciones que en ella se levantan.

La tradición supone el hábito, y éste despierta y ejercita la actividad, dándole más eficacia y llegando a ser como una segunda naturaleza. Por esto se opone a la autonomía racionalista, que no admite más norma que la de la propia razón individual; y de aquí que toda tradición, por lo que encierra de permanente, está en oposición con el liberalismo y es a la postre combatida por él.

Así la Monarquía hereditaria lleva ya en el principio de la herencia la oposición con el liberalismo, que, por la fuerza de la lógica, tiende a combatir todos los poderes que no reconozcan su origen en la soberanía individual y no sean revocables por la voluntad colectiva.

De aquí se deduce que toda Monarquía que se asocia con el liberalismo, y busca en los partidos liberales y en las Constituciones que ellos tejen y destejen su apoyo, se suicida, porque a sí misma se condena a muerte irremediable, solicitando fuerzas de sus adversarios y fundamentos en principios que le son contradictorios.

La Monarquía queda reducida a mera ficción y simbolismo, por añadidura inútil y costoso, si

deja de ser tradicional, es decir, si no se apoya en la tradición y en la unidad de creencias de que ésta se levanta.

(Artículo publicado en *El Correo Español*, el 27 de mayo de 1890).

II

La Monarquía del pueblo

Que la Monarquía tradicional es la verdaderamente popular y la única que con su autoridad soberana no desmembrada ni sometida a extrañas tutelas, aunque limitada por contenciones sociales, tiene fuerza y prestigio para encender la llama de ardientes amores en el corazón de las muchedumbres que ven en ella la imagen viva de la patria, y le prestan llenas de entusiasmo el homenaje de sus sacrificios y el tributo de sus esfuerzos, es una verdad que los hechos se han encargado de demostrar con elocuencia tan abrumadora que hasta sus mismos adversarios se ven forzados a reconocerlo y proclamarlo.

Así el señor Sánchez de Toca, en el discurso

de recepción en la Academia de Ciencias morales y políticas, tratando de demostrar la necesidad del poder real para la existencia del régimen parlamentario, ha venido a decir, en resumidas cuentas, que sin la Monarquía las masas populares no prestarían obediencia a las leyes ni sufrirían el sistema parlamentario, y que, sin la creencia engañosa de que el rey liberal es monarca a la antigua usanza, el pueblo se divorciaría completamente de un régimen que ni comprende ni ama.

No crea el lector que exageramos las afirmaciones del señor Sánchez de Toca atribuyéndole conceptos que rechaza.

Sus mismas palabras serán testimonio de lo que decimos.

«Sin el rey nuestras clases populares y nuestra clase gobernante no llegarán nunca a entenderse dentro de este régimen de gobierno. El Parlamento, como la realeza, habla también por medio de distintos instrumentos de expresión, según la clase a que se dirige; tiene lenguaje doble, doble simbólica, y hasta dogmática, y ficciones jurídicas dobles. Para los unos recurre a la ficción de que el régimen parlamentario representa a todas las clases y es régimen representativo, y que por ellos la Monarquía actúa con naturaleza

de rey parlamentario. Para otros invoca la ficción del antiguo régimen de que es el Rey el que gobierna por sí, y es régimen de realeza pura, y para ellos la Monarquía actúa con naturaleza de rey constitucional.

»De la primera ficción se vale ante todo para regir a los partidos y a las clases parlamentarias; pero con la segunda es con la que principalmente se enseñorea de las masas. Estas, con efecto, podrán entrever vagamente que además del rey hay otras influencias poderosas regidoras del Estado; pero el poder real es el que más claramente perciben y comprenden todos, y el cetro y la corona son para la clase popular el símbolo único capaz de descubrirle la esencia del principio de autoridad y despertar en ella los acatamientos debidos a la soberanía. Acata al Parlamento ante todo porque figura como Consejo que sirve al rey, exponiéndole las necesidades de los pueblos. No obedece a los ministros sino porque le mandan a nombre del rey.»

¿Se quiere la cosa más clara? Pues aun añade el señor Sánchez de Toca:

«Si mediante el sufragio universal se hicieran oír de verdad las voces de nuestras masas ante los clamores unísonos de inmensas muchedumbres, quedaría muy eclipsado el rey parlamentario, brillando sólo las reverberaciones del rey constitucional, reinando y gobernando a la manera que el pueblo entiende las grandes operaciones del Gobierno.»

Es decir, que, si se consultara con imparcialidad al sufragio universal y se dejara oír la voz

del pueblo, la institución aclamada por él no sería la Monarquía parlamentaria ni ninguna otra forma exótica de gobierno, sino la genuinamente española, la castiza y tradicional que nosotros defendemos. Esto dice con franqueza digna de nuestro agradecimiento el señor Sánchez de Toca.

Según se ve por los párrafos transcritos, y se puede observar más atentamente leyendo todo su discurso, el nuevo académico reconoce que el régimen monárquico parlamentario vive de ficciones, apariencias y alfabetos simbólicos, como dice pudorosamente el señor Sánchez de Toca; o de farsa, como decimos nosotros con más franqueza.

Y no de farsas y apariencias sencillas, sino de farsas y apariencias dobles, como quiera que unas sirven, como advierte el mismo señor Sánchez de Toca, para el cortísimo número de iniciados en las sutilezas y prácticas del sistema, y otras para la muchedumbre popular.

Si en un momento se despojase a la Monarquía parlamentaria de esas falaces apariencias y engaños, y se presentase tal como es a los ojos

de los iniciados y por iniciar, no hay que decir lo que pasaría aquí.

Por de pronto, bueno es oír de labios de un conservador liberal que la Monarquía representativa tradicional, que nosotros defendemos, tiene tan poderosas raíces en el pueblo español que, gracias a ella, cubriéndose con una parte de su manto y disfrazándose con sus apariencias, puede ir trampeando la parlamentaria hasta que se descubra el juego.

Esto parecerá duro a los partidarios del actual orden o desorden político; pero adviertan que no lo dice por cuenta propia ningún tradicionalista, sino que quien lo afirma es el distinguido conservador señor Sánchez de Toca, el cual ya expuso el mismo concepto en su libro sobre *El sufragio universal y el régimen parlamentario.*

Mientras no examinemos otros puntos del discurso del nuevo académico, concluímos por hoy repitiéndole las gracias por el valor con que ha confesado la verdad de nuestras ideas y la enfermedad y el engaño de las que sostienen sus amigos.

(Artículo publicado en *El Correo Español,* el 24 de mayo de 1890).

MUNICIPIO

MUNICIPIO

ADMIRABLE LECCIÓN

Yo soy partidario de una reivindicación municipal que empiece por considerar al Municipio, no como una creación legal, no como una creación artificiosa, del Poder, que identifica la administración pública con el Poder ejecutivo, dividido, según todos los tratadistas de la centralización y según las leyes que padecemos, en tres partes: una, la administración general; otra, la administración provincial; y otra, la administración municipal. No; yo reconozco que el Municipio es el primer grado de lo que llamo soberanía social; es la primera escuela de la ciudadanía que nace espontáneamente de la congregación de familias que sienten necesidades múltiples y comunes, que ellas solas no pueden satisfacer aisladamente y que las obliga a juntarse y pro-

ducir una representación común, que es sociedad natural. Emerge, no desciende, ni sale de abajo, ni viene de arriba; es aquella imagen con que yo representaba hace tiempo a la soberanía democrática y falsamente popular, según la cual esa soberanía sale de la supuesta voluntad colectiva, llega a las cumbres del Estado, y después desciende en forma de cascadas de empleados y llega a caer mandando sobre el mismo punto donde se supone que salió obedeciendo.

Al principio, realmente asciende, y después desciende en forma de tiranía; en el anverso parece libertad y en el reverso despotismo. Esa es una teoría absurda, la teoría sobre la cual está fundado todo el derecho político y administrativo, por no haber sabido distinguir aquellas dos soberanías que muchas veces he expuesto aquí con la brevedad que requieren las discusiones parlamentarias: la soberanía social por un lado, y la soberanía política por otro. La soberanía social nace de la familia, brota de ese manantial. Las familias, por necesidades múltiples, que ninguna puede satisfacer, se congregan en el Muni-

cipio y forman con él una sociedad complementaria; y los Municipios, congregados por hermandad natural y obedeciendo a la misma ley en las comarcas, forman una congregación más alta que después se dilata en la región; y como las regiones no pueden dilucidar en caso de lucha sus contiendas, y las que tienen en las clases, como un elemento directivo común, surge la soberanía política, en la que realmente se concreta el Estado. Pero esa soberanía política de orden y de dirección no surge ni nace del mismo origen ni de la misma fuente y manantial de aquella soberanía social que tiene en el Municipio la primera escuela de ciudadanía, sino como una necesidad y complemento de ella.

El Municipio es la Universidad de la ciudadanía, en aquel punto en que termina la vida doméstica interior de la familia, y el hombre se lanza, por decirlo así, a la vida pública. De ahí la necesidad extraordinaria de su emancipación; de ahí la necesidad de acabar con el régimen oprobioso, tiránico y centralizador que padecemos. Hoy no existe autonomía de Municipio; el Municipio no es más que una creación legal, no

es más que una sección, una parte del Poder ejecutivo en funciones.

Cuando en el Municipio se trata de unirse a otro o segregarse, no le basta la voluntad de los vecinos, es necesario que el Poder central la ratifique; cuando se trata de funcionar, el alcalde tiene dos delegaciones: una, la delegación política en que se hace dependiente inmediato del Gobernador, que a su vez es amovible y responsable ante el señor Ministro de la Gobernación; y otra, la delegación administrativa que queda absorbida por la delegación política. La centralización se completa con el nombramiento de los alcaldes de Real Orden, el escándalo de los concejales y alcaldes interinos que vienen a destruir arbitrariamente la obra de los propietarios, y hasta el nombramiento de aquellos funcionarios técnicos asalariados por el Municipio, y que él sólo no puede establecer sin la aquiescencia de sus superiores jerárquicos; no hay autonomía en el presupuesto municipal, porque depende, o de la Diputación o del Gobernador; y todo se cercena, y el Ayuntamiento se convierte en una rueda administrativa. Si la comisión provincial, for-

mada de acuerdo con los caciques, llega a ser lo suficientemente poderosa, por motivos y pretextos que todos conocemos y que se filtran al través de los artículos de la ley municipal, las elecciones se anulan y los Ayuntamientos, en forma interina, se establecen, y entonces el cacique cuenta con todos los medios para oprimir a los electores, para vejarles y para falsificar la verdadera voluntad electora.

¡Ay! Yo en ese punto soy partidario, y quiero que se establezca aquel Ayuntamiento y aquel Municipio que sea, no una creación arbitraria de la ley, sino el reconocimiento de una personalidad natural, formada por la agrupación de familias para defender sus mutuos intereses; que no exista la doble representación, y que si existe, y mientras no se separen, pueda fijarse, en caso de conflicto, la política, hasta en el Juez municipal, pero que no se despoje al alcalde de aquella propia representación que tiene como delegado del Municipio; quiero que exista la representación permanente y la representación variable; quiero que tenga el Municipio el derecho a formar libremente hermandad con los demás Mu-

nicipios; quiero que se arregle y se establezca la verdadera Hacienda municipal, no con ese indigno y ridículo prorrateo entre el Estado y el Municipio, en que se merman mutuamente unos mismos tributos; sino que cobre la Hacienda municipal lo que resta de los bienes comunales y de los propios, y, reintegrándole de las enormes cantidades que le detenta el Estado (más de 300 millones), recobre el Municipio sus facultades y se establezca de una vez la órbita en donde los tributos municipales se recauden, sin tener la intromisión vergonzosa del Estado que los limita y los cercena; quiero que el Municipio en toda la esfera administrativa sea absolutamente independiente y que sobre él no se levanten más que superiores jerárquicos en su aspecto externo, pero que no toquen a su vida interna.

Cuando eso suceda, cuando teniendo en cuenta, por un lado, la tradición nacional, y, por otro, las necesidades grandes, después que la Revolución ha dejado pasar su rasero sobre todos los organismos administrativos y locales desde hace un siglo, se podrán establecer los cimientos de una verdadera organización regional; mientras

eso no suceda, en vano será otorgar Mancomunidades ni delegaciones, porque únicamente sobre los Municipios libres se podrán establecer las regiones autónomas e independientes dentro de su propia esfera.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el 30 de junio de 1916).

ÍNDICE

ÍNDICE

FRANCISCANISMO

IGLESIA

INTEGRALISMO

INTERNACIONALISMO

JACOBINISMO

JUDAISMO

JURISDICCIONES

LATINISMO

LIBERALISMO

LIBERTAD

LIBREPENSAMIENTO

MARRUECOS

MÁRTIRES

MODAS SOCIALES

MONARQUÍA

MUNICIPIO

LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTA OBRA
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
«TALLERES SUBIRANA»
EL DÍA 16 DE JULIO DEL
AÑO DE N. S. J. C.
DE MCMXXXI